



PREMIO SOR JUANA
INÉS DE LA CRUZ
2016

TODAVÍA ESTARÁS EN EL CIRCO
CUANDO REIRÉ EN MI TUMBA

*El elefante que
sonreía*

GUSTAVO VÁZQUEZ LOZANO

El elefante que sonreía

Gustavo Vázquez Lozano

Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2016

Edición kindle, 2019
Libros de México

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio sin permiso por escrito del autor.

CONTENTS

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[1. 1969](#)

[2. Ceci Dos Caras](#)

[3. La mujer elefante](#)

[4. El Hombre Bestia](#)

[5. El mago Sigandrello](#)

[6. El payaso Jack](#)

[7. El maestro de ceremonias](#)

[8. El lanzador de cuchillos](#)

[9. El Hombre Águila](#)

[10. La Virgen de Jalapilla](#)

[11. La Virgen de Jalapilla II](#)

[12. Timoteo el Chiquilín](#)

[13. Una medalla de oro y una cruz de palo](#)

[14. El corazón I](#)

[15. El corazón II](#)

[16. Margarita la contorsionista](#)

[17. Galvancito](#)

[18. Dieser husten](#)

[19. Hans Kirchgatter](#)

[20. Ceci](#)

[21. La mujer gorda del circo](#)

[22. El desfile triste](#)

Todavía estarás en el circo
cuando reiré, reiré en mi tumba.

Memo From Turner (1969)

Missy Bimbo, la mujer gorda del circo, encendió una veladora por los muertos. Por Zulma, la Mujer Elefante, que al final ya no podía mover la cabeza, de tan pesada y deforme. Se había envenenado. Por Apolo, el Hombre Águila, que se había abierto el cráneo en un Viernes Santo. Desde entonces ella había empezado a engordar mórbidamente; llevaban apenas dos años de casados. Talló otro cerillo por el hombre de dos caras, al que sólo le funcionaba bien la del frente, pero la de atrás a veces lloraba. Por él prendió dos veladoras, por si acaso. Siempre que caía la noche era igual: el circo se sumía en una oscuridad depresiva. La recibían barritos, gruñidos y ladridos, como imploraciones de presos cuando el guardia baja con las llaves. Las carpas se estaban partiendo con la lluvia.

—Gabino —dijo el mago Sigandrello observando una filtración en la carpa. Las gotitas caían justo entre los dos. Estaban jugando cartas y el agua acababa de hacer un charquito en la mesa—. El barco empezó a hacer agua y las ratas salen corriendo.

—Vamos a moverla —refunfuñó el señor Galván, el dueño del circo, dejando caer la ceniza sobre su barriga. Los dos amigos arrastraron el mueble, que casi se desvencijaba—. Ya se jodió el juego —protestó Galván viendo que las barajas se desperdigaban—. Maldita lluvia.

—Amigo, éste es un aguacero de verano. La tormenta viene por otro lado.

—¿Eso qué significa? —levantó los ojos y miró al mago, tamborileando los dedos.

El hombre delgado y alto, digno con su saco negro a pesar de las circunstancias, se encogió de hombros y suspiró.

—Yo no sé si es la televisión o simplemente a la gente ya no le gusta el circo. A veces no viene nadie. ¿Cuántos artistas hemos perdido? Las muchachas buscan quién las embarace en los pueblos para que se las lleven. Los dos malabaristas jóvenes, ¿te acuerdas? ¿No se fueron a Puebla? Y los otros, ya sabes.

—¿Qué? —gruñó Galván sobándose la espalda.

—Se fueron a mejor vida. Se nos ahogó el muchacho de dos cabezas, y lo peor es que le prometiste a sus padres regresarlo en septiembre con quinientos pesos. Y también se nos murió...

—No necesitas nombrármelos a todos.

—Iba a decir Tito, el hipopótamo. Pobre animal, ya no podía pararse.

—Pero qué buen negocio hicimos con las fritangas —exclamó el empresario clavando las patas de la mesa a buen resguardo y acomodando otra vez las fichas—. Vamos a seguir jugando —dijo y chupó su cigarro.

—No, no —protestó su amigo alzando el dedo—, a mí no me metas en eso de las fritangas. Y lo que yo digo es que me preocupa es que nos quedemos sin gente. ¿Cuándo se fue la hija de la mujer gorda? Era la mejor acróbata que teníamos.

—Curioso. Una flaca y otra gorda. Seguro era adoptada.

—El papá era...

—Reperte... —apremió Galván, haciéndose el sordo.

—Los animales se están muriendo de viejos, Gabino, y la gente de hambre. Todos quieren ganar

más. Déjame volver a hacer el teatro de horror —dijo el mago alzando los ojos de una manera que asustó a su amigo.

—No quiero a la policía —tragó saliva—. ¿Vas a repartir las cartas o no?

Como si alguien hubiera cerrado la llave de una regadera, de pronto cesó el aguacero. A lo lejos la mujer gorda terminó de prender sus velas y salió de su cámper. Pesadamente, primero una pierna, luego la otra, se paró en las escaleras y aspiró diez litros de aire saturado de gotitas. Se echó un chal sobre los hombros y se puso a zigzaguear sobre la tierra llena de charcos. Estaban a 35 grados. Vio pasar al mago dando brinquitos para no mojarse los zapatos, la vio de pies a cabeza pero no la saludó. Unos metros adelante se encontró al maestro de ceremonias tirado boca arriba sobre un charco de sudor.

—¿Qué les pasa a los animales?

El señor Galván alzó la cabeza, aguzó la vista y reconoció aquella sombra circular parada frente a los carros. Era Missy Bimbo, la mujer de 250 kilos. El dueño se puso de pie y lanzó la mirada hacia el zoológico. Los leones estaban dando vueltas en círculos con gruñidos largos y angustiados. Se unió al concierto un rinoceronte ya medio ciego. Junto a los puestos de palomitas, los monos araña sacaron los colmillos y se rascaron el cuello. Era como un árbol de Navidad sonoro. Galván maldijo por lo bajo sintiendo que el miedo le clavaba los dientes en la espalda.

—¿Eres tú, Bimbo? —se adelantó.

¿Quién más iba a ser, con semejante redondez? Pero el patriarca ya tenía rato creyendo ver sombras entre las tiendas.

—Sí —repuso la mujer secándose el sudor con el rebozo—. Quería hablar con alguien. Como que vi algo. Ya sabes lo que dicen del circo. —Miró de soslayo su casa rodante.

—Tú nada más quieres chismear. —Galván se espantó una mosca—. ¿Qué te dio miedo? ¿Que este circo ya no dé para comer?

—¿Estás de malas? —dijo frunciendo las cejas—. Vi un ánima.

—No hay ningún animal —repuso Galván acostándose de nuevo, pero se mordió los labios.

—Ánima —corrigió la mujer—. No animal. ¿También viste algo? ¿Crees que es una aparición? ¿El chan del agua? —El señor Galván se le quedó viendo con cara de no entender—. Tú lo sabes, yo tengo presagios. Y los animales sienten. Son las tres de la mañana.

—¿Ya son las tres? —exclamó arqueando las cejas.

—Sí, la hora de las ánimas.

—Será de los relámpagos —respondió la figura menuda tratando de disimular el temor que tenía aprisionada su garganta. Una centella tras otra, saltando de nube en nube, daba a los movimientos de Missy Bimbo una cualidad robótica—. Los rayos hacen sombras, y cuando caen dos juntos dan la sensación de que... —Un trueno silenció el final de su oración—. ¡Orizaba de mierda! ¡Maldita la hora en que nos instalamos aquí!

—¿Qué te pasa? —gritó la mujer gorda, igual de asustada.

—No deja de llover. Y no hemos tenido gente. Nomás los dos vagos que Leopoldo dejó quedarse a dormir en la carpa.

Missy Bimbo avanzó hacia la noche y se puso la mano sobre las cejas. Ella también estaba afligida. ¿Qué iba a hacer si se acababa el circo? ¿Qué harían con los animales? ¿Qué era esa cosa blanca que se acababa de mover entre la lluvia?

—¿Viste eso? —saltó Galván.

—¡Sí! ¿Tú también?

—Es lo que trataba de decirle al mago. Primero se vio atrás de aquella tienda; luego se metió a

aquel carro.

—¿Será un chaneque? —tembló la voz de Missy Bimbo y se cruzó de brazos—. Es en venganza por los muertos. Son muchos, Galván. Y tú...

—Shh —ordenó el hombre llevándose el dedo a los labios.

Bimbo acercó un banco demasiado enclenque para ella y se sentó con prodigiosa dificultad. Ya no aguantaba estar mucho de pie. Una de las bestias aulló y el concierto aumentó otra vez de intensidad. En uno de los carros se encendió una bombilla. Tres relámpagos cruzaron el cielo en rápida sucesión y al fondo el león abrió el hocico. A la luz de la descarga, Missy Bimbo y el señor Galván vieron que la figura avanzaba brincando hacia ellos.

—Ave María —musitó Bimbo, se santiguó y todo su cuerpo agarró un blanco enfermizo.

—¿Qué es eso? —exhaló débilmente el maestro de ceremonias, y sin pensar se puso atrás de los 250 kilos de grasa.

¿Aquello era una hada, un demonio o un fantasma con pelo de paja? Le vieron la cara blanca, llorando lodo. En un segundo estaba enfrente de ellos. La aparición se tropezó en el lodazal y Galván exhaló, aliviado. Los espectros no se caen, ni se limpian la frente. Distinguió la blusa gris, deshilachada, la falda larga que debía de tener años sin lavarse y unos zapatos baratos que luchaban por despegarse del barro, que parecía chicle.

—¿Y tú quién eres?

Frente a los dos estaba parada una muchacha que parecía una muñeca sacada de la basura.

—Cecilia Batín —dijo. El lodo le escurría por los ojos.

Por un momento hubo un silencio pesado, perplejo. Sólo se escuchaba el ruido blanco de la lluvia. La muchacha se abrazó a sí misma para ver si conseguía que alguno de los dos la estrechara. Missy Bimbo meneó la cabeza para sacudirse el agua; Galván se quedó boquiabierto. Al fin la mujer gorda le abrió los brazos.

—¡Cecilia! —exclamó—. Perdóname, no te reconocí. ¡Estás muy cambiada! Pero bonita —aclaró, carraspeando, porque parecía un gato atropellado—. Vienes escurriendo hasta las pestañas —dijo acercándole el pulgar y casi le sacó un ojo.

La muchacha se limpió y asintió con la cabeza. De pronto saltó y se aferró a la cadera de la mujer.

—¡Ésta no es Cecilia Batín! —explotó el maestro de ceremonias y se rio con mal disimulada afectación. Dio un paso adelante y la examinó con una sonrisa invertida. Le clavó la mirada, escrutó su boca, las piernas perfectas a fuerza de colgar del trapecio: no se parecía a la de su memoria, pero *era ella*. Mucho mayor de como la recordaba. Habían pasado casi cuatro años. Hizo cuentas mentalmente. Ahora tendría veintiuno.

—¡Ayúdame! ¿Por qué te quedas tieso? —gritó Antonia Reyna, la mujer redonda—. Viene cayéndose. ¿No piensas recibirla? —Missy Bimbo perforó a Galván con los ojillos apenas visibles entre las mejillas rebosantes—. Sigue siendo familia, ¿o no?

—Te está engañando. Sí es una aparición.

Missy Bimbo se rio con toda la fuerza de sus pulmones.

—Aparición o no, el que entra al circo jamás deja de ser familia. Vamos a secarte, niña. Tengo un camastro... ¿Dónde estuviste todo este tiempo? —preguntó volteando hacia aquella melena empapada que no alzaba la vista del suelo—. ¿Y qué horas son éstas de hacer visitas? —dijo palmeándole la espalda.

Los labios de Bimbo formaron un feliz semicírculo. Galván se quedó de pie observando a las dos mujeres, apretando la boca, hasta que no pudo contenerse. Había pasado los últimos años con la

seguridad de que nunca más tendría que ver nada con Cecilia Batín. Empuñó una varilla de fierro y avanzó dando zancadas.

—¡Largo de aquí! —chilló agitando el arma hasta casi hacerla caer. Sabía que si no lo detenían iba a ceder a sus impulsos—. ¿Quién eres? ¿Qué quieres en mi circo?

—¡Galván! —gritó la Missy como ventarrón. Junto al dueño, la gorda parecía Goliath—. ¿Estás loco? ¿Por qué te portas así después de lo que hizo por tu negocio? ¡Mira cómo viene! Está más flaca que yo gorda. Y tiene los labios morados —observó acariciándoselos con el pulgar.

—Estoy bien, doña Toña... sólo cansada. —Cecilia suspiró.

Sus modales eran mundanos, como las de una gata acostumbrada a recibir puntapiés, pero para beneplácito de la mujer, la que fuera niña trapecista no había perdido su rara belleza. Por un segundo se acordó de aquel pasado seguro y sencillo. Por fin la noche empezó a refrescar.

—Ven conmigo, niña. —Missy Bimbo la jaló hacia su casa, el carro más espacioso—. Vamos a dormirnos y mañana me cuentas. ¿Vas a quedarte? ¿Verdad que sí? No hay mucho qué ofrecer en este circo pulguiento, pero llegas en muy buena hora —dijo echándole un brazo a la espalda. Doña Toña estaba más animada.

—¡Antonia! —corrió Galván frente a ellas y extendió los brazos—. Aquí no es hotel, y mucho menos un putero.

—Después hablamos, ¿quieres? —gruñó la mole entornando los ojos—. Deja que se quede esta noche.

Los zapatos de Cecilia se hundían en el lodo. Bimbo tenía prisa por llegar a su carro, sentía la mirada hostil de su jefe. Estaba sorprendida de que hubiera llegado al extremo de amenazarla con un fierro, pero se acordó de que en ese circo pasaban cosas peores. Ya casi llegaba a la puerta de su casa, pero sus piernas parecían también de lodo. Miró las manos agrietadas de Cecilia; ya no eran los dedos blancos y finos de la trapecista que recordaba. Cuatro años antes esa muchacha se había ido sin despedirse. Había dejado su carro vacío, su ropa en orden, los frascos de maquillaje intactos sobre el tocador. Ahora era 1969 y desde hacía tiempo el público se había alejado porque faltaba la niña Dos Caras. Los recuerdos dieron vueltas en su cabeza, y de pronto comprendió. Suspiró toneladas de aire con olor a estiércol y pastura, y una sonrisa tosca, formidable, se plantó en su cara: ése era su presagio, y era bueno. Cecilia, la niña que aterrorizaba a la gente, acababa de regresar al circo.

Ceci Dos Caras

Aplastada en su doble colchón Queen, sobre una base de madera sin patas, Missy Bimbo aspiraba rítmicamente la oscuridad que bajaba como una hoja en otoño. La recién llegada de veintiún años dormía profundamente; la señora de cincuenta y cuatro seguía en vigilia. A pesar de la poca luz distinguía las sonrisas de los retratos que tenía sobre el tocador. Todos eran jóvenes y ella todavía tenía cuerpo de mujer, no aquella acumulación de sentimientos de culpa y soledad convertidos en grasa. El Hombre Águila la miraba de pie sobre una plataforma con las alas extendidas y su sonrisa de mazorca, congelada desde hacía veinte años. Missy Bimbo barajaba recuerdos. De pronto estaba parada junto al mástil del circo, mirando hacia arriba con ojos suplicantes.

—Por favor, Agustín —murmuró bañada en lágrimas y gritó con rabia—. No tan alto.

El Hombre Águila extendió los brazos llenos de plumas de cuervo pegadas a su traje, y los movió en círculos carcajeándose.

—Toñita, no pasa nada. La bajada va a ser más larga, pero son las mismas vueltas. —El pájaro humano prendió su traje al gancho que penduleaba al lado—. Toña, no pasa nada. Mírame volar y llegar a la fama.

En su cama, Missy Bimbo, con doscientos kilos extra y treinta y cuatro años más, metió las manos al estanque de su memoria para disipar la imagen. Se concentró en Cecilia, que no había conocido aquel circo lleno de jóvenes que querían hacer buches con el océano. Cuando la niña había llegado ya no estaba Agustín, ni los alambristas checoslovacos, y la mujer elefante estaba tan vieja que ya no se podía levantar. Ceci había crecido bajo la mirada protectora de los payasos. Su madre era una alcohólica ojerosa apenas unos quince años mayor que ella; en cuanto se metía el sol la llevaba, embarraba su manita en la de Toña y se iba a trabajar. Al dueño del circo le pedía que la pusiera a limpiar los corrales y que le diera algunos pesos a cambio. Un sábado de diciembre, ya no regresó.

Cecilia, la niña quebradiza y mal alimentada, empezó a aprender suertes como buscando la aprobación de unos nuevos padres. Con intranquilas ganas pasó noches completas arrojando mazas, pelotas y hasta cuchillos.

—Tú —le dijo el Hombre Bestia, con pelos hasta en los párpados— eres fea y estás sola como todos nosotros. Vas a pasar tu vida en un circo. Mírate. —Y le acercaba un espejo en forma de concha para que viera su defecto: un ojo azul y otro café. Tenía heterocromía completa—. Es por todo el alcohol y el cigarro que se metió tu madre. El destino de los hijos de las balas perdidas como ella, es ser atracciones de circo.

Y Cecilia ponía la boca como arco volteado hacia abajo; las comisuras de los labios casi se le salían de la cara y le escurría una lágrima. Missy Bimbo se acercaba, la abrazaba y la besaba y le daba un espectacular manotazo al peludo.

—No le hagas caso, nena. Él es el feo y ni cómo remediarlo. Algunos disimulan con maquillaje, él no puede. Yo me gusto así como soy. Ponerte a ti sería un pecado porque eres una niña muy bonita. Y no es malo vivir en un circo, todos tenemos alma de payaso. ¡Qué miedo que nos tomen en serio!

A pesar de las palabras de consuelo, Cecilia se dejó crecer el pelo y a los pocos meses andaba todo el día con un mechón tapándole el ojo izquierdo. Aunque pasaba las horas recogiendo

excrementos de caballo y arrancando garrapatas a los perritos, creció hermosa, suave y nocturna como un hada. Se comunicaba bien con los animales; Bimbo sabía que esas cosas no se les daban a todos. Era un talento en vías de extinción. Hasta los doce años Cecilia pasó las funciones en las gradas, en la primera fila, como la hija predilecta de los payasos, admirando con su único ojo azul las acrobacias de Zambini el Volador, que daba brincos amarrado de un cable.

La niña se carcajeaba desde el estómago cuando salía la mujer gorda: Missy Bimbo caminaba por un túnel adornado con lunas y estrellas, se contoneaba al son de una alegre mazurka y se sentaba en una silla que se desmoronaba bajo su peso. Cuando salía el tragafuegos la niña se mordía los labios y se arrancaba las uñas. El peligro era real. En aquel circo ése había sido el motivo de su fama y su desgracia. Bimbo parpadeó y se agitó en la cama.

A los trece años, Cecilia entró al circo montada en un elefante. Le iba acariciando la calva y el elefante suspiraba de gusto. A los quince empezó a ensayar con los acróbatas un número llamado el Cuarteto Adagio, a escondidas. Una tarde entró Galván, la vio con signos de pesos en los ojos y dijo:

—Ya es tiempo de que hagas más que limpiar corrales.

A los dieciséis, un dos de mayo, se unió oficialmente a la compañía. En eso Bimbo no podía equivocarse, tenía la fecha esculpida en el corazón. Ese día su hija Matilda, dos años mayor que Cecilia, dejó una nota y el circo para irse a seguir otro sueño, que no era estar colgada boca abajo en calzones y mallas. Bimbo cerró los ojos y sintió otra vez sus pérdidas y el sentimiento de culpa. La ciudad, sucia y seductora, le había quitado una hija, pero le había prestado otra.

La mujer gorda cambió de lado en la cama con trabajos y vio a su derecha cómo su hija adoptiva dormía serenamente. Otra vez desenfocó la mirada para verla con los ojos de la memoria. El cuarteto adagio. El director quiso saber si usaría o no maquillaje.

—Algunos se sienten más cómodos si se cubren con pintura blanca y algunos chapetes. ¿Tú? ¿Te sientes bien con tu defecto?

—Yo soy exactamente como debo ser —dijo alzando el mentón y se alejó apretando los dientes.

Cecilia Batín clavó las uñas en el leotardo con lentejuelas de colores, la falda de tul y las medias negras con zapatillas de tela. Se metió al vestidor y se miró en el espejo. Era como una imagen en negativo de Bimbo: pequeña, delgada, blanca. El Hombre Bestia se acercó en calzones por detrás, caminado como charro. Siempre andaba en traje de Tarzán por todo el circo. Su cuerpo era peludo desde la punta de los pies hasta la frente.

—¡La gata de Bimbo! —dijo sin separar los dientes—. Fea como yo, pero con buen cuerpo —y se llevó las manos a las ingles para que viera que traía una erección.

—No tengo tiempo para pelear —dijo Cecilia apretando los puños—. Seré un monstruo, pero hoy voy a hacer algo que tú ni en sueños. Tu nada más das asco.

Salió de prisa y se paró atrás del telón. Galván le apretó el brazo y le dio instrucciones. Cecilia ya era más alta que él y el maestro de ceremonias se tuvo que poner de puntitas; le susurró algo al oído y le dio un empujoncito en la parte baja de la espalda. Dos cilindros de luz cayeron sobre ella. Alrededor la vigilaban cientos de ojos. Se le figuró que eran millones de lechuzas. Aspiró y soltó el aire despacio, había practicado tanto que le parecía que iba a ser tan natural como bailar. Missy Bimbo, sentada tras bastidores, entrelazó sus dedotes y empezó a llevar el ritmo con un pie. Cecilia se lanzó a la arena ejecutando ruedas de carro, apretando los labios. Hizo tres caravanas y extendió los brazos mientras el maestro de ceremonias anunciaba por el sonido:

—Misteriosa como la noche, ligera como un ángel, la hermosa Cecilia Dos Caras hará el *Cuarteto adagio*, impresionante acrobacia que el Circo Americano de México se complace en presentar por primera vez en su historia.

La joven enrojeció al oír el alias, Cecilia Dos Caras. Ni siquiera le habían preguntado si le gustaba. El batir de cuatrocientas palmas la devolvió a la pista. El señor Galván con ademanes exagerados indicó a los músicos que comenzaran su parte. El adagio requería tres hombres forzudos. Aunque Timmy el Chiquilín no era mucho mayor que Cecilia, era veinte centímetros más alto y parecía una masa de músculos sobre más músculos. “Si se le antojara, podría partirla en dos”, sonrió Galván, y se deleitó en aquel pensamiento. Cecilia se extendió sobre la arena. Timoteo y otro gimnasta la tomaron de manos y pies y empezaron a mecerla como una cuerda de saltar. Al fondo se oía *Sobre las olas*, que un conductor de orquesta, jorobado y de orejas puntiagudas, iba acelerando maliciosamente. De no ser porque los jóvenes eran experimentados, ella habría quedado como una trenza humana.

Un niño con peluca rizada color naranja comenzó a dar brinco sobre la mujer cuerda. *Sobre las olas* parecía ahora un disco a 78 revoluciones por minuto. La gente empezó a carcajearse. Hubo aplausos en varios lunares de las gradas. Eran un aire fresco en la noche estival. Galván sonrió y se frotó las manos.

Los jóvenes hicieron una caravana y en la distancia una tarola de plata marcó un redoble. Formaron un círculo y los hombres unieron las manos al centro. Cecilia trepó y se posó sobre los treinta dedos como una gaviota de 165 centímetros de altura. Sintió las miradas del público manoseándole las piernas, presionándole el estómago. En seguida los tres pares de brazos se tensaron y salió disparada hacia arriba. Siempre le había seducido el acto de volar, pero esa noche, con su vestido de gala y la música, era como si estuviera viviendo un sueño. “Soy Dos Caras, pero vuelo”, pensó y sonrió. “Qué me importa el insulto. Ese panzón nunca va a despegar los pies del suelo”.

—¡Y ahora un *home run*! —La animada voz del maestro de ceremonias llenó el recinto, pero Cecilia oía las palabras como un idioma extranjero a través de un túnel.

—Cecilia, saca el aire. ¡Concéntrate! —farfulló Tim.

—Estoy concentrada —reclamó y alzó los ojos.

De nuevo salió como un fuego artificial. El peludo tampoco había volado, jamás. Dio un giro completo en el aire y cayó sin hacerse pinole los tobillos.

—¡Cuidado con el techo! —exclamó Galván alzando los brazos y enseñando los dientes, pero los dedos de sus pies estaban engarrotados dentro de sus botas. Cecilia dio dos giros ocho metros encima del suelo y volvió a caer en el centro del círculo.

Ahora el público aplaudía sin necesidad de que se lo pidieran. Al sentir las seis manos bajo sus pies tomando impulso, Cecilia se dio cuenta de que la orquesta callaba. En las gradas, unas gemelas se taparon los cuatro ojos al mismo tiempo. La joven subió y subió... “Algo está mal”, pensó Tim. Ceci no bajaba. El Chiquilín estaba tan concentrado que había olvidado voltear hacia arriba. La música ya debía haber marcado el final, pero los filarmónicos también tenían las narices levantadas. El violinista de orejas puntiagudas abrió la boca. Cecilia colgaba boca abajo, agarrada con la corva de las rodillas de uno de los trapecios, con la expresión de un diablo que se acaba de escapar del infierno. Galván no supo qué hacer. Todos los ojos se posaron en los diez larguísimos dedos que se extendieron como banderas de victoria.

—¡Música, música! —rugió el director, pero la orquesta no reaccionó. Cecilia se paró en el columpio, cerró los ojos y se dejó caer hacia delante como si se hubiera desmayado. Un rayo de miedo recorrió el circo. Los que no gritaron se llevaron una mano al pecho. Cecilia no se precipitó al suelo; se agarró con los puros pies del trapecio y soltó la carcajada. Cuando ya no aguantó, soltó lo que traía dentro.

—¡Tengo dos caras y siete vidas! ¡Muéranse todos! —gritó eufórica, pero con los aplausos, nadie la oyó.

Excepto uno. Un caballero vestido de negro que sabía leer los labios. Los ojos de Sigandrello el mago se abrieron como dos ventanas por donde no había entrado el sol en mucho tiempo. “Sorprendente”, pensó alisándose la barbilla y abriendo los ojos desmesuradamente. “¡Qué muchacha tan arriesgada! Yo también quiero dejar de limpiar corrales y empezar a espantar. ¿Quién quiere ver ventrílocuos estos días?”.

La mujer elefante

El mago Sigandrello levantó a la niña de seis años y la subió a su escritorio.

—Ceci —le dijo quitándole suavemente la historieta que tenía en las manos—, la magia es real. Yo lo he comprobado en el circo. ¿Sabías que mi abuelo fue el mago más grande que haya existido?

—¿Era muy alto? —preguntó la chiquilla sin interés, siguiendo la revista con los ojos.

—No. Era grande porque podía desaparecer cualquier cosa. Se llamaba el mago *Desaparecelotodo*. —La niña por fin puso atención al oír el nombre y se carcajeó como un canario—. Era capaz de hacerse incorpóreo.

—¿In qué?

—In-cor-pó-reo.

—¿Qué es eso? —dijo mostrando claramente los dos iris dispares.

—Significa desaparecer y aparecer en otro lado. Así, donde nadie lo espera. Imagínate que ahorita desaparezco y ves una nubecita, y en un chispazo estoy atrás de ti y te toco el hombro. —La niña fingió un escalofrío—. Yo me acuerdo de que una vez mi abuelo se encerró en un baúl y lo echaron al agua. ¡De cabeza! —suspiró el mago—. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —repitió Cecilia llevándose las diez uñas a la boca.

—Cuando sacaron el baúl del agua, estaba vacío. Y después... esto no lo vas a creer, lo vi entre el montón de gente que inspeccionaba la caja. Yo también puedo hacer ese truco, pero el mío no es real.

—¿Qué es real?

El hombre le quitó de nuevo la historieta.

—Es algo que pasa. —Se dio la vuelta y le puso un chal en los hombros—: Esto te quita el frío, es real. Mi abuelo desaparecía. Lo mío es truco —dijo agachando la cabeza—. El gran *Desaparecelotodo* podía dividir su cuerpo en miles de átomos que volaban por el espacio y se volvían a unir en otro sitio. Además podía saber cuándo se iba a morir uno de los animales, o si un trapecista se iba a tropezar y...

Sigandrello azotó la mano derecha contra la izquierda.

—¿Qué?

—Pues nada. Adiós. Secaban el charco de sangre con un trapito.

La niña hizo un gesto de asco.

—Si sabía que se iba a caer, ¿por qué no lo decía? —preguntó Cecilia.

—Ay, querida niña. Las cosas deben pasar. Si el Hombre Águila no se hubiera muerto, Missy Bimbo no se hubiera hecho amiga del papá de Mady, y Mady no hubiera nacido y tú no tendrías amiga. ¿Entiendes? ¿Para qué evitar la muerte? Que venga cuando tenga que llegar. Si puedes convertir cada día en un momento único... —siguió la perorata de Sigandrello, pero la niña ya estaba bostezando.

—Sicandrelo, quiero ver magia. Quiero que aparezcas algo o que me hagas volar. Tú dijiste que podías hacer hablar a los animales. ¿Qué tal a Concho? Es mi perro favorito.

—¿Quieres eso, eh? —El mago le revolvió el pelo a la niña—. Bueno, no es difícil para alguien

como yo, que domina la naturaleza. Pero mejor mañana.

En seguida acercó la mano al oído de Ceci y sacó unos cacahuates detrás de su oreja. La niña abrió tanto la boca que casi babeaba. Se palpó la cabeza buscando alguna cavidad.

—¿De dónde salieron?

—Es magia, niña. Cómetelos.

—Bueno —replicó tronando las cáscaras y echándoselos a la boca—, ahora quiero volar.

El mago suspiró y alzó los ojos.

—Pero es que esto no es un programa de magia. No se trata de empezar a manotear y subir volando. Necesitas estar en buenos términos con los espíritus del aire, porque si no, como a Simón Mago, los poderes de los cielos pueden humillarte —respondió Sigandrello.

La niña hizo los ojos más chiquitos.

—No conozco a ningún mago Simón.

—Simón Mago, un encantador terrible. Un estafador. Quiso adquirir poderes a cambio de dinero. Luchó contra San Pedro en el aire, pero los otros apóstoles se hincaron, se pusieron a rezar y ni siquiera los demonios pudieron evitar que se cayera y reventara en el suelo.

—¡Epa! —gritó Cecilia.

—Sí, como te lo cuento. Y salió humo verde con olor a azufre. Hay una iglesia en Europa donde está marcado el lugar exacto donde se abrió, todavía con la mancha de sangre. Eso le pasó por charlatán. Yo, Cecilia —murmuró acercando la punta de su nariz a la de la niña—, yo sí soy un mago de verdad.

—Bueno —bostezó ella—, saca un conejo de tu sombrero.

—No, ahorita no hay conejos en el universo oculto que existe en mi sombrero. Mejor otra cosa, una sorpresa. Espera —dijo Sigandrello incorporándose, y retrocedió con pasos lentos sin dejar de verla a la cara. Sonrió como gato y le brillaron los ojos—. Ya van a dar las nueve, afuera hay tormenta y los conejos... los conejitos también se esconden. Están dormidos, y tú deberías estar ahora en tu cama.

—¿Me puedo quedar a dormir en el circo?

Sigandrello parpadeó varias veces.

—No. Tienes que irte con tu mamá. Ya debe de estar por llegar. —Ceci no le quitaba los ojos al mago. Un poco apenado, el cirquero se puso a dar vueltas por la habitación—. Vamos a ver qué nos puede regalar este sombrero.

—Quiero algo feo —dijo Cecilia levantando la mirada del sombrero a los ojos del mago—. Aparece un monstruo.

En seguida cruzó los brazos y se mordisqueó los labios. Tenía miedo de que Sigandrello creara una llamarada en el aire y en medio apareciera un ser lleno de lenguas y ojos. La luna se alzó por la ventana y convirtió al ilusionista en una silueta.

—¿Y si nos come? —preguntó con voz grave.

—¿Puedes o no?

Al mago se le nubló la vista. Se le acababa de ocurrir una barbaridad.

—¿De verdad quieres ver un monstruo?

—¡Sí! —gritó Ceci.

El mago la miró con los ojos fuera de sus órbitas.

—Pero esto no se lo puedes decir a nadie. Nunca. Ven.

Leopoldo Sigala asomó su nariz puntiaguda por la puerta del carro, sacó los brazos para abrir el paraguas fuera de su casa y con el brazo libre cargó a la niña. Las dos piernas largas con forma de

espagueti iban esquivando los charcos más hondos. Afuera estaba desierto. Se detuvo frente a un camión oxidado con macetas vacías en las ventanas.

—Aquí es. No te vayas a asustar.

Cecilia abrió más los ojos y clavó las uñas en el brazo del mago. Adentro olía a alcohol, a perfume de rosas y a viejo.

—¿Rosita? —susurró el mago en la oscuridad. Se escuchó una voz parecida a un gruñido, más animal que humano—. ¿Puedo prender la lámpara? Quiero que conozcas a Cici.

De nuevo la pareja escuchó un ruido ininteligible, pero ahora más animado. Sigandrello casi detectó una gota de alegría en aquel ronquido. Dejó a la niña en el suelo y encendió la lámpara. Le hizo señas para que lo siguiera y se acercaron a un bulto acostado en una cama con barrotes, que se inflaba de manera dispareja cada vez que respiraba.

Sobre la sábana desgastada estaba una mujer con un vestido sucio y pasado de moda. El mago tuvo dificultad para reconocer la forma de una cara. ¿Aquello era un ojo o sólo otro pliegue más entre mil protuberancias? La boca estaba llena de tumores. Instintivamente se hizo hacia atrás y extendió un brazo para proteger a Cecilia. La cabeza de la mujer se movió un poco, pero no pudo levantarla. No era redonda. Parecía una bolsa de manteca aplastada, y era más grande que una sandía.

—¿Quién es Rosita? —preguntó la niña dando un pasito hacia adelante y quitándose el brazo del mago de enfrente.

—Es la mujer elefante, pero ya no se puede levantar; está muy vieja. ¡No la toques!

Cecilia se acercó y le acarició el pelo con suavidad infinita.

—Me gusta. Rosita. Su casa huele a rosas. Le queda bien el nombre. Es bonita.

La mujer elefante quiso hablar. No pudo, pero movió el brazo y le agarró una manita a Cecilia. El mago levantó las cejas, sorprendido. Acababa de verla sonreír por primera vez en su vida. Dejó que la nena le siguiera acariciando el pelo durante unos segundos más. Aquello le parecía tan inusual, tan chocante.

—Cecilia, vamos a dejar que Rosa se duerma —carraspeó.

Todavía no soportaba ver a la mujer elefante durante mucho tiempo, nunca lo haría. Cecilia hizo un puchero.

—¿Por qué me interrumpes? Ya se estaba durmiendo —le reclamó quedito.

—¿No te dio miedo? —le preguntó el mago cuando iban de vuelta a su carro.

—No. Mira, me regaló su crucecita —respondió enseñándole un pendiente de oro.

La noche se había puesto fresca y agradable. Entraron al comedor donde estaban cenando algunos payasos.

—¿Dónde estabas? —preguntó Hans, el lanzador de cuchillos sin alzar la vista, concentrado en su plato de arroz con pollo—. ¿Practicando truquitos con las barajas?

—Y paseando con la pequeña peste —añadió otro y una risita recorrió la mesa.

Sigandrello alzó el mentón y le señaló un banco a la niña.

—Siéntate ahí hasta que llegue tu mamá.

—Ya llegó —contestó el payaso más gordo, el que se había desmaquillado a medias y todavía traía una malla en el pelo—. Está en el carro de Juanito.

Otra risita. Sigandrello se puso de pie.

—Caballeros, no hace falta...

Rendido, tomó a la niña de la mano y abrió la puerta del comedor.

—Vente, vamos a buscarla.

—Tápale los ojos —gritó el lanzador de cuchillos comiendo y fumando a la vez.

El mago suspiró profundamente. Hans era el actor mejor pagado del circo, y a muchos no les simpatizaba por eso. Leopoldo tenía hambre pero no podía sentarse si traía aquel encargo pegado a su saco. Cuando bajaron las escaleras vio a una mujer de 24 años que caminaba haciendo eses. Cecilia se puso tensa y apretó la mano de Sigandrello.

—No quiero —chilló la niña.

—Viejo idiota, ¿qué le hiciste? —La madre se la arrebató.

Leopoldo se puso la mano en la nariz para aminorar el intenso olor a alcohol que salía de la boca de aquella muchacha, tan estropeada que parecía una bruja.

—Con su permiso, "madame".

—¿Qué es esto? —gritó la mujer y jaloneó a la niña—. ¿Quién le dio esta crucecita?

—Mamá, no me la quites —lloró Cecilia. Por suerte la mujer estaba más ocupada peleándose con el mago.

—Charlatán de feria. ¿Por qué viene asustada? ¿La estuviste espantando con cuentos de monstruos?

—No hace falta, señora —replicó Leopoldo meneando la cabeza.

El mago se llevó dos dedos al sombrero tratando de no mostrar ni una emoción y se alejó. Cuando llegó a su carro vio el chal de la niña en el suelo. "Pues sí vimos al monstruo, niña, pero no era el que yo creía", pensó. Disgustado, se dio cuenta de que ya no tenía hambre. Aquella mujercita borracha lo había llamado charlatán de feria. "¿Qué sentido tiene ser educado si las brujas salen ganando?", se fustigó. Había que hacer callar a los monstruos y acariciar el pelo a los ángeles. Sacó un cigarro largo y de pronto una sonrisa se formó en sus labios.

El Hombre Bestia

Ya habían pasado dos días y nadie hablaba de otra cosa: Cecilia Batín, la que hacía el Cuarteto Adagio, había regresado al circo. Timmy el Chiquilín volteó a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie lo hubiera seguido. Se acomodó el pelo, se puso en cuclillas y se apostó detrás de un camión. Ahí se sentía seguro. A los 24 años seguía haciendo suertes en un circo en lugar de estar boxeando. Sus brazos y sus piernas seguían siendo unos dínamos, pero no estaba seguro de cuánto tiempo duraría aquello. Su adorada ya tenía 21. Aquella era una buena mañana para raptarla, subirse a un autobús y que nadie volviera a saber de ellos. Se chupó los labios como si fuera un gato esperando a que saliera el ratón. En cuanto terminó aquel pensamiento se dio un manotazo en la frente. Suspiró.

Cuando le dijeron que ella había vuelto un rayo le cruzó el corazón, pero casi en seguida se había vuelto a encostrar. Todo el lunes había estado lleno de dudas. Furioso, le había pegado toda la noche a un costal que colgaba del techo de su casa. Ese martes, en cuanto terminó el ensayo se había ido a rondar por el carro de Missy Bimbo. Aquello era indigno.

—¿Vas a quedarte ahí echo bolita como una rata a la que le dieron un escobazo?

Tim respingó. Atrás de él lo observaba una bola de pelos con un solo ojo. Un globo blanco con un punto negro en el centro asomaba de un hoyo mal recortado. El otro lo traía tapado para aumentar el efecto dramático. Era el Hombre Bestia. Detrás de esa cara saturada de vellos cafés y gruesos había un hombre de metro y medio afectado por un fuerte caso de hipertrichosis. Su nombre era Saúl Remedios, pero no le molestaba que le dijeran bestia. De hecho, se sentía orgulloso cada vez que Galván lo anunciaba; le daba permiso para comportarse como un animal.

—Saulito, ¿crees que sea ella? —Tim lanzó de nuevo su mirada hacia la puerta del carro, adornada con una caricatura obscena de Missy Bimbo.

—Yo qué sé. ¿Para qué iba a volver a este chinchero?

—Tal vez anda de paso. Galván dice que no es Cecilia, Bimbo dice que sí. ¿A quién le creo?

—Si no te acercas y la ves tú mismo, nunca te enterarás, mi hermano. Mira todos esos músculos. Si no son capaces de hacerte mover las piernas, entonces voy a creer que eso de “chiquilín” se refiere a...

—¡Cállate! —atajó Tim—, sí voy a hablarle. Sólo voy a esperar a que baje.

—A que baje, ¿a dónde? —dijo el Hombre Bestia viéndose los calzones.

—No seas patán. A que despierte, y salga.

—Yo sé qué es lo que quieres de ella, pero no te lo va a dar —sonrió enseñándole los dientes más amarillos de toda la compañía—. Es muy presumida.

—Las presumidas también necesitan eso —dijo Tim tirándole un manotazo.

—¿Sí sabías que su mamá era...?

—¡Que te calles! —gritó Timmy, y con un movimiento felino aprisionó la garganta de la bestia humana. En seguida el aire dejó de entrar a sus pulmones. La bola de pelos empezó a boquear como pescado.

Los dos vieron que se abría la puerta del carro y Tim aflojó los dedos. En seguida asomaron unas

piernas largas y torneadas y dos codos se apoyaron en sendas rodillas. Cecilia se sentó en el primer escalón. Timmy volteó a ver a la bestia humana, que gruñó como un tigre y tiró unos zarpazos al aire.

—¡Ve, Chiquilín!

El joven fue trastabillando entre pedazos de fierro oxidado y pacas de yerba. Haciendo una mueca de asco, le dio la vuelta a un depósito lleno de moscas donde había pedazos de perros callejeros para los leones. Cecilia estaba tomando el sol con la cabeza apoyada en las rodillas. Tim carraspeó. La actriz levantó un ojo azul, completamente limpio. El otro lo traía tapado con su melena café.

—Buenas... —Tim examinó la piel de sus brazos, blanca como papel, su boca de gato, su nariz

—. Eres... Cecilia. —carraspeó.

—¡Timo!

La joven le echó los brazos al cuello. Él apenas tuvo tiempo de reaccionar, notó lo estrecho del abrazo y sintió calor. Instintivamente bajó la cabeza para darle un beso en la frente.

—Cuando me dijeron no lo creía —dijo Timoteo, le puso las manos en los hombros y la alejó para verla bien. Dio un paso hacia atrás y contempló su cara descubierta. Cecilia bajó rápido la mirada y cruzó las manos sobre su entrepierna—. ¿En serio eres tú?

—¿Por qué lo dudas?

—Cecilia, veme a mí. Quiero ver tus ojos.

La chica enrojeció. Como no alzaba la cara, el joven le levantó el mentón con un pulgar y la examinó. Unos centímetros abajo de él le devolvieron la mirada dos iris de tonalidades distintas. Cecilia lo empujó con tal fuerza que casi lo hizo caer.

—¿Por qué me ves así? Pensé que eras distinto, pero eres igual a los otros. ¿Te da morbo? ¿Y tu amigo el peludo?

—Yo sólo quería...

—Descuida —dijo levantándose para volver al carro, pero él la detuvo del brazo.

—¿Dónde estuviste?

Cecilia bajó otra vez la mirada. Se quedó muda y aplastó una araña patona con la punta de la zapatilla. Respiró profundamente y alzó los ojos.

—No sé.

—¿Qué?

—No me acuerdo.

—¿En serio no te acuerdas dónde estuviste? —Timoteo frunció el ceño.

—No. Tengo amnesia. No sé qué me pasó. Se borraron mis recuerdos.

—¿Quieres dejar de aplastar insectos?

Timoteo se acercó y la llevó a otro lado con las pinzas de sus manos.

—No puedo —Cecilia se le quedó viendo abriendo mucho los ojos. No había anticipado aquel movimiento—. ¿Qué pasó con tu carrera de boxeador?

Tim se puso rojo.

—¿Todavía te acuerdas?

—Te la pasabas entrenando, pegándole a todo lo que se dejara. Entrenabas con la espalda de Sansón. A él no le dolía.

—Hasta que un día le rompí una costilla —interrumpió Tim—, y me hizo esto.

Sonrió y Cecilia vio que le faltaban dos dientes del lado derecho. Pensó que si no fuera por ese detalle, Tim sería perfecto.

—¿Y tú por qué sigues aquí? ¿Por qué sigues volando alrededor del mismo árbol?

—¿Y tú? —replicó Timoteo.

Cecilia sintió que aquello no era una pregunta, sino otro empujón.

—Oye, tenemos trabajo —respondió ella señalando con la cabeza.

Galván acababa de prender el foco amarillo, la señal de que todos debían alistarse.

—¿Vas a entrar? —preguntó Tim.

—Galván me puso a prueba. Llevo dos días practicando. No tengo a dónde ir.

—Pero eso de la amnesia...

—Amnesia —corrigió Cecilia torciendo los ojos.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—De ti. Y del mago—carraspeó.

—De eso tenemos que hablar —dijo apuntándola con el índice, cuando repicó una campana. Por primera vez Tim sonrió con naturalidad, aunque no podía dejar de verla a los ojos. Era lo único que lo conectaba con el recuerdo. Y seguía indeciso si aquellos iris le daban miedo o le parecían increíblemente atractivos—. ¿Qué vas a hacer en la función?

—Ya verás.

Cecilia se volvió a echar el mechón de pelo sobre el ojo café, giró sobre sus talones y se alejó meneándose hacia el carro de Bimbo. Tim sintió que sus piernas flaqueaban. El cuerpo de su adorada era incluso más apetecible que antes.

Cecilia asomó su único ojo azul entre las cortinas sin lavar y contempló las gradas semivacías. Galván había echado la casa por la ventana para el nuevo programa. Ceci llevaba un traje muy ceñido que le había confeccionado Missy Bimbo. Estaba peinada y maquillada como en los viejos tiempos. Zambini el Volador, Sansón el hombre fuerte, ahora con algo de canas, y el resto del elenco estaban entusiasmados por ver el primer rostro nuevo después de tanto tiempo. Se volvió a acomodar el leotardo rojo preguntándose si no revelaba demasiado, y se paró de puntitas.

Los elefantes entraron a la pista. Estaban vestidos con antifaces y tapetes con patrones árabes. En seguida hicieron su arribo los payasos y unos ponis que tiraban del Hombre Bestia en su jaula, olfateando palomitas de maíz. Del público emanó una exclamación cuando éste enseñó los dientes y tiró unos zarpazos al aire. Luego se dio la vuelta y les enseñó medio trasero, igual de peludo. La gente soltó una carcajada. Algunas señoras le taparon los ojos a sus niños. Llegó el turno de Cecilia y se apagaron las luces, excepto la del reflector principal, que proyectaba una sólida columna de luz hacia la entrada. Ahí estaba de pie, como una bailarina de cajita de música. Danzó sobre la arena mientras los payasos fingían caer a su paso derribados por sus brazos que daban vueltas como hélice. Tres minutos después, sola en medio de la arena, se agachó para recibir con el cuerpo dos aros gigantes que arrojaron desde la plataforma.

Comenzó a girar, enganchando con su cuerpo más de diez anillos que fueron a orbitar alrededor de sus piernas, su cintura y cuello con precisión planetaria. Unos minutos más tarde estaba envuelta por aros de colores, desde los muslos hasta el cuello. En la cima del remolino aparecieron sus manos, y del entramado del techo descendió como araña uno de los voladores. Era Zambini, que estiró las agujas de sus dedos para prensarla. Los dedos del viejo y la bailarina se tocaron y se enroscaron amorosamente. Tan rápido como un alma raptada al cielo, Ceci ascendió entre nubes de vapor morado. Los aros se desperdigaron, uno de ellos fue a dar a las gradas y un hombre lo levantó triunfante con el puño.

La poca gente que había comprado boleto despertó de su letargo. Los aplausos llenaron la carpa con un entusiasmo que no se había oído en años. Unas lámparas con focos azules apuntaron hacia la red de seguridad. El público, babeando, buscaba en vano a la bailarina que había sido raptada al

cielo tan rápido que daba la impresión de que nunca había dejado de subir. Probablemente, pensaron algunos niños, ya andaba por las nubes. Un murmullo de admiración recorrió la gradería pero no duró mucho, porque abajo ya marchaban Sansón, el hombre fuerte, vestido con una piel de leopardo, seguido por un elefante bebé y pachorrudo y el resto de la compañía, anunciando el intermedio.

El mago Sigandrello caminó como pato para que sus zapatos de charol no se hundieran en el lodo. Hizo un gesto de asco. Acababa de pisar excremento de... podía ser cualquier cosa. Él no era veterinario. No estaba para agacharse a examinarlo. Lo único que sabía es que olía asqueroso y que iba a tener que cepillar la suela a mano. Entró por un corredor a oscuras y vio claridad al fondo. La luz salía como una bailarina raquítica por un hoyo en la cortina. Caminaba sigilosamente pero no a propósito, por eso los descubrió. Apartó la cortina de rayas y vio al Chiquilín encima de Cecilia, sobre una mesa cuyas patas estaban a punto de romperse. El muchachote se frotaba vigorosamente en las piernas de la bailarina y le había metido la lengua casi hasta el esófago. Sigandrello tosió pero ninguno le puso atención. Tim luchaba por meter su manota entre las estilizadas piernas, pero no había logrado rasgar las medias. Menos mal. Aquello hubiera sido una desgracia, considerando cómo estaba la situación económica. No había dinero para comprar medias.

El caballero raquítrico y picudo, vestido con un frac bien planchado, se mordió los labios y decidió retirarse, pero en seguida lo recorrió un rayo de indignación.

—Si gustan pueden seguir hasta hacer gemelos, yo no tengo prisa. —Los dos jóvenes brincaron con tal rapidez que en un parpadeo estaban al fondo del camerino, separados por tres metros—. ¿Ese número también lo van a presentar en el circo? —preguntó el mago arqueando las cejas.

La bailarina se acomodó el pelo y trató de pasar a toda velocidad junto a Sigandrello. El mago la tomó del brazo.

—¡Déjame! No estábamos haciendo nada.

Los músculos de Timoteo se tensaron al máximo y sus pupilas se clavaron en el mentón del anciano. Pero necesitaba aquel trabajo tanto como el oxígeno que respiraba. Se acordó del montón de medicinas que requería su madre y se quedó en su sitio. El ilusionista tenía suficiente influencia sobre Galván como para echarlo a la calle.

—Que le abras las piernas a este patán, nunca lo voy a entender. Como tampoco voy a entender cómo es que regresaste —dijo con los ojos convertidos en dos rayas horizontales.

Timoteo enrojeció y pasó como un rinoceronte junto al hombre de traje negro. Si se quedaba un segundo más iba a convertirlo en una papilla con frac.

—Pues no vine para que me figoneen —dijo Cecilia enrojeciendo.

—Que eso no te angustie, Cici. A todas vienen a figonearlas y a desvestirlas con los ojos, incluso a la mujer gorda. Los leones se comen todo lo que les arrojen —dijo alzando los hombros.

—No le digas nada al señor Galván. Necesito el trabajo —dijo Cecilia frunciendo los labios y el mago se tranquilizó. Algo en su persona daba la sensación de estar hecho de cristal

—¿Cómo voy a hacer algo así? Es la mejor escena que he visto en mucho tiempo. No, no pienses mal. No me refiero a Timoteo probando la resistencia de tus medias con el dedo. Yo digo lo que hiciste allá adentro con los aros. Maravilloso. Pero tú puedes más que eso, ¿no?

—¿Más? ¿Qué quieres que haga?

—Cici —el mago acercó su cara—, yo estoy pensando en antes. ¿Te acuerdas o no? Mesmerismo, trucos sangrientos.

La mujer palideció.

—Más o menos —tragó saliva—. Tengo una laguna...

—Y yo puedo ayudarte, lo sabes bien. Cooperera conmigo y olvidaré este incidente. Hasta puedo

ver si te pagan más. ¿Cuánto te ofreció el señor Galván? ¿Has pensado en tu futuro?

—No pienso en el futuro. Me interesa más el pasado —dijo Cecilia bloqueando la salida.

Sigandrello se puso color paja. Se llevó una mano a la boca y la dejó ahí unos segundos. Pronto recuperó la compostura.

—El pasado es un niño fantasioso que nos cuenta patrañas. Y a esos muchachos uno les ordena que se callen la boca y que hablen nada más cuando uno les pregunte.

—Tú me puedes ayudar, Siga —dijo dando unos pasitos hacia él. Para el gusto del mago, se estaba contoneando demasiado.

—¿A qué? —Dio un paso atrás.

—A que se me abra la cabeza, a sacarme las nubes. Tú sabías cómo hacer que la gente recordara cosas de cuando eran niños.

—¿Entonces te acuerdas de eso? ¿De los hipnotismos? —El mago titubeó—. ¿Te acuerdas de la mujer elefante? —quiso sondear primero.

—Rosita... claro —repuso Cecilia con media sonrisa.

—¿Y de lo otro? —preguntó Sigandrello. La chica se le quedó viendo silenciosamente—. Es que a mí me interesa un numerito que hicimos hace mucho con una cuerda... aunque Galván ya no está muy de acuerdo. —La voz del mago se fue haciendo un hilito. Se acomodó las canas sin saber si debía seguir aquella conversación—. Bueno, asómate para que veas lo que voy a hacer hoy. Y otra cosa —añadió girando sobre sus talones—, para haber mantenido tu condición y hasta haber mejorado tus acrobacias, yo diría que estuviste trabajando. ¿Quién te estuvo entrenado?

—No me acuerdo —contestó sin expresión.

—¿No te acuerdas o eres una mentirosa?

—Quiero acordarme si soy una mentirosa.

—Lo mismo digo. ¿Qué es lo último que recuerdas? Antes de...

—Algo raro. Ir caminando bajo la lluvia, de noche, lejos del circo, mucho lodo. Después nada. No sé a dónde fui ni de qué viví.

Sigandrello levantó el mentón de Cecilia para examinarla, como si fuera una piedra de colores. Imposible repetir aquellos ojos dispares. Ella no mentía.

Cecilia dio un paso hacia atrás y estiró los brazos.

—No me toques.

—Yo creía —susurró el mago, acariciándose la piocha y entornando los ojos— que nunca volvería a verte. No me lo explico.

—¿Qué no te explicas? —dijo parpadeando tres veces.

—¿Pensaste que iba a acabar como su madre, tirada en un callejón?

Los dos voltearon a la puerta como felinos. En la entrada estaba parado Timoteo con el pecho inflado. La mirada del mago y Cecilia le hicieron entender que aquella interrupción no era apreciada. A lo lejos en la pista, las primeras notas de *La marcha de los gladiadores* indicaron que iniciaba el segundo tiempo.

Timoteo y el mago se alejaron discutiendo con las manos en alto. Cecilia suspiró ruidosamente y dejó caer los brazos. Nadie le decía nada. Se arrancó las cintas del pelo, las aventó y se echó a llorar de vergüenza y frustración.

—¿Estás bien? —dijo una voz femenina.

Sintió una mano suave sobre su cabeza. Era Missy Bimbo. Cecilia se puso de pie y la abrazó, sin abarcarla.

—Doña Toña, ¿alguna vez ha sentido como si viviera dentro de una burbuja?

La mujer gorda soltó una carcajada que se oyó hasta afuera.

—Siempre.

Cecilia enterró la cara en su pecho y sollozó para soltar la tensión. Pero no por mucho tiempo. En el telón negro de sus ojos cerrados apareció el mago Sigandrello con su bastón y su piedra transparente en la punta. Eso había sido hacía siglos, cuando ella tenía diecisiete años. Dejaba que don Leopoldo practicara con ella sus técnicas de hipnotismo a cambio de algo. Una vez por un espejo de nácar que tenía entre sus baratijas, otro día por un rebozo de Santa María. Ese tiempo en el que Sigandrello empezó a interesarse en manejar voluntades, y ella se dio cuenta de que se sentía tan enojada y desvalida como su madre.

El mago Sigandrello

Leopoldo Sigala había oído por primera vez de las alucinaciones en masa en 1962. Dos años más tarde tuvo una crisis vocacional y se marchó del circo para decidir qué quería hacer con su vida, con el frac y el sombrero de copa. Dejarlos como recuerdo de una etapa miserable o convertirlos en el traje de una leyenda. Durante sus vacaciones pasó por Catemaco, Veracruz, lugar de brujos y santeros, para visitar a un amigo. El mago Sigandrello estaba tomándose un café junto a la laguna con su compañero, y al caer la tarde los mosquitos se convirtieron en nubes encima de sus cabezas.

—No tengo ganas de jugar más —dijo con voz apagada y empujó su juego al centro de la mesa.

—Vamos a ver a los brujos —respondió su amigo Hilario, enseñándole los dientes quebrados de tantas veces que se había peleado.

—Ya son muchos curanderos por esta semana, creo que he visto suficiente.

Su amigo se inclinó hacia adelante y tiró accidentalmente su cerveza con el codo.

—Hay de brujos a brujos. Los que te engañan y los que son de familia. Lo que vas a ver, no lo vas a creer. Pero no te vayas a asustar. Si te portas amable, quizá pueda conseguir que hables con uno de ellos. Yo conozco bien al hermano de éste que vamos a ver.

Se subieron a una Chevrolet que rechinaba en cada juntura y llegaron a un barrio de las afueras. Junto a una miscelánea estaba un grupo de gente sentada en círculo alrededor de un mulato con pies aplastados, del tamaño de un libro. Había de todo: niños retorcidos por la tuberculosis, mujeres con las piernas moradas por la diabetes y señoras de rebozo apretando el brazo de sus maridos alcohólicos, para que no se les escaparan.

—¿Aquí vamos a sentarnos? —dijo Sigandrello alzando las cejas exageradamente, como si estuviera acostumbrado a mejores lugares.

—Trata de no llamar la atención. No les gusta mucho la gente que no trae algo torcido.

—Yo sólo quiero llevar algo nuevo al circo.

—Ya va a empezar el ritual.

El círculo se ensanchó ligeramente cuando un curandero negro soltó su rosario y alzó la cabeza. Paseó la mirada por el público y arrancó una exclamación de asombro y allá un llorido. De afuera de la rueda le pasaron un canasto de mimbre que puso en medio con mucha ceremonia. En seguida hizo señales para que le hicieran llegar una cuerda, que estaba tan gruesa como las amarras de un barco. Caminó directamente a Leopoldo y se la puso en las manos.

—¿Qué es esto? —le dijo con voz grave. El brujo traía moscas en el pelo.

Leopoldo la acarició con las manos y se la devolvió.

—Es un mecate.

—¿Es de verdad?

—Es una cuerda ordinaria, sí —repuso encogiéndose de hombros.

—Pásasela a la señora.

A su lado había una mujer sin una pierna, apoyada en unas muletas sin pintar. Leopoldo le pasó la punta, que se empezó a extender de mano en mano, hasta formar un círculo. Finalmente el mulato extendió las manos y exigió con los dedos que se la entregaran. Con movimientos exagerados, la

empezó a meter en el canasto; Leopoldo pensó que era una enorme foca comiéndose un espagueti. Finalmente, el cabo cayó pesadamente en el interior.

El brujo extendió los brazos, soltó un alarido que se convirtió en una nota que fue subiendo erráticamente en la escala hasta detenerse más o menos una octava más arriba. Caminó hacia una cubeta que estaba boca abajo en el suelo, se sentó al lado y empezó a sacarle un ritmo hipnótico con las manos. Leopoldo se talló los ojos. De la boca del cesto asomó la punta de la cuerda.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —cuchicheó en la oreja de su amigo.

—Observa —respondió el otro, haciéndole señas de que no abriera el pico.

—Esto lo aprendí durante un viaje a la India —gritó el mulato.

—Apuesto a que no ha salido de Veracruz —farfulló Leopoldo con una sonrisa falsa.

—¡Pido la ayuda del señor Jesucristo! —clamó el brujo levantando los brazos.

Casi todos los que formaban la rueda se santiguaron. El negro reanudó sus tamborazos con la cubeta; sus manos se movían tan rápida y eficazmente que la gente empezó a mover la cabeza, atrapados ya todos por la telaraña. Ahora la cuerda estaba rígida hasta un metro encima de la boca del cesto. El mago Sigandrello era el único que tenía la boca totalmente abierta.

Al final el cabo de la soga estaba ya tan arriba que no se veía en la oscuridad.

—¡Cómo quisiera tener una cámara! —musitó el mago, sintiéndose un principiante.

El negro metió un pie al cesto y luego el otro, y santiguándose, empezó a escalar ágilmente. En menos de un minuto estaba arriba. Leopoldo se sentó y se limpió el sudor de la frente. Su pecho se inflaba y desinflaba con rapidez y vio que le temblaban los dedos. Cuando alzó la vista vio que el brujo había desaparecido como si hubiera pasado, allá arriba, a otra dimensión. Pero ahí seguía, todos podían oír su voz curiosamente distorsionada, como saliendo de un altavoz.

—Ahora ya no me pueden ver. Estoy con Jesucristo.

La gente aplaudió sin alegría. Algunos se arrodillaron.

Al otro instante empezó a descender. Primero se vieron sus pies aplastados y luego las piernas. Cuando terminó su descenso, se fue a sentar a la esquina sobre una piedra. Una larga fila de gente deforme y doliente se formó de inmediato para hablar con él.

—Vámonos.

Hilario soltó una carcajada que llamó la atención de los últimos de la fila.

—¿Ta dio miedo, compadre? Van a pensar que eres un cobarde.

—Nosotros dominamos a las fieras, no tenemos miedo de las personas. Eso nos decía el señor Carothers, el que empezó el circo —sonrió Leopoldo viendo hacia adentro.

—Pero si nos vamos antes de la colecta van a pensar mal.

—No importa, quiero verlo mañana. Tú sabrás cómo, pero vas a llevarme con él —dijo con firmeza, y después añadió, alzando ligeramente el mentón—: Yo también puedo enseñarle algunas cosas.

—Llévale de comer, llévale mezcal, dale cosas para su querida, y hasta te regala su cuerda mágica.

—No es mágica. Es un truco.

—¿No viste cómo se trepó como chango?

—Escuché la música, vi que el hombre subió la cuerda, vi que al llegar a la punta algo lo escondió. Vimos algo que no puedo explicar. Pero no me cabe duda de que si le preguntamos a cada uno qué sucedió aquí, todos nos darían una respuesta distinta. Recoge tus cosas, mañana tenemos que pasar al mercado.

Leopoldo Sigala regresó al circo seis meses después como un hombre nuevo. Traía en la maleta

un frac nuevo que compró en la capital al que le mandó bordar su nombre artístico con letras de oro, Sigandrello, una anagrama de su apellido y el nombre de su héroe, Mandrake el mago. En sus silenciosas vacaciones se había interesado por la sugestión colectiva, el hipnotismo y los viajes astrales. Ahora, pensó, el circo Galván sería el más famoso del orbe. Sin perder el tiempo, se puso manos a la obra. Intentó hipnotizar a Jackwisp, el payaso, pero éste se levantó y le dio un puñetazo en cuanto sintió que perdía el control. Luego engatusó a Missy Bimbo, a la cual sólo pudo poner a roncar como un serrucho. Pero con Timoteo logró su primer trance exitoso. Lo hizo bailar, dar de maromas y hasta subirse a la cuerda floja, algo que el muchacho dominaba a medias. Después se encerró con Cecilia. Galván era supersticioso. No le gustaba mucho que se hicieran esas cosas del diablo en su circo, así que Sigala tuvo que practicar sin llamar la atención. Todo lo consiguió con tiempo y paciencia. La niña flaca y flexible con el ojo azul era la persona ideal para planear su gran regreso. La sumió en trance y le ordenó tocar instrumentos inexistentes, moverse en cuatro patas como gata y hablar al revés. Leopoldo estaba ansioso por llegar a su meta: provocar una alucinación colectiva. Pero primero tenía que convencer a Galván de que eso atraería más niños, vendería más boletos y le metería más dinero a la bolsa.

—Esta noche —Sigandrello murmuró un mes después, con la boca pegada al micrófono—, necesito un voluntario del público.

El mago se quedó inmóvil bajo el chorro de luz plateada, delgadísimo en su frac, sombrero de copa y bastón con una piedra en la punta. Un murmullo de protesta recorrió las gradas de izquierda a derecha.

—Queremos elefantes, acróbatas —gritó un señor a sus espaldas.

—No trucos con barajas —remató el compadre, al lado, y los dos se estrecharon la mano riendo—. Sigandrello rechinó los dientes, giró sobre sus talones y perforó a los quejosos con la mirada. El más gordo agachó la cabeza y el otro se puso colorado. El primero traía un sombrero caro y un cinto con una hebilla de plata.

—Buen hombre, le ruego que sea usted mi ayudante, le doy mi palabra que vale la pena. Por mi madre, le garantizo que no son trucos con barajas. Pase, se lo ruego. —El hombre se sobó la panza y se carcajeó. Entonces Sigandrello tuvo una idea genial—. ¿O le da miedo? —le dijo acercándose el micrófono a la boca

Se oyó una ligera rechifla para el gordo de la hebilla. De inmediato se puso de pie, se limpió la camisa con las manos y caminó hacia el mago como si fuera a el campeón nacional de peso pluma.

—¿Cuál miedo? Usted dirá.

—Le ruego tomar asiento. —Sigandrello sonrió con todos los dientes y le acercó una silla—. A los demás, les pido absoluto silencio. Ahora, caballero, levante los brazos... si es que no le ha dado miedo aún. Pero usted no tiene nada que temer. —Y luego secreteándolo en la oreja, añadió—: Sólo las personas estúpidas no pueden hacer lo que le voy a pedir.

Se oyó una risita nerviosa.

El mago extendió su mano flaca hasta unos centímetros de las cejas del invitado, sin dejar de verlo a los ojos. Ahí la tuvo ahí hasta que vio que los brazos del gordo, todavía en el aire, empezaban a escurrirse.

—Ya puede bajar los brazos, amigo —le dijo. De inmediato el señor catapultó las manos hacia suelo y se quedó como dormido.

—Quiero ver a los leones —gritó un niño. Varias voces de aprobación lo respaldaron.

—Ya, ya llegan los animales —exclamó el mago, y otra vez mostró su dentadura perfecta—. ¿Alguien quiere decirme a qué se dedica este caballero? Se me olvidó preguntarle.

—Es el cacique —denunció una voz anónima.

Justo lo que el mago esperaba oír.

—¡Gallina! —gritó en el micrófono.

En seguida el hombre dio un brinco de la silla, inclinó el torso hacia adelante y se puso las manos en el trasero. Al principio no hizo nada. El mago abrió mucho los ojos. El cacique extendió los dedos para simular unas plumas que le salían del trasero, empezó a correr con los muslos pegados, moviendo sólo la parte inferior de las piernas, y se puso a hacer “clo clo” por todo el circo.

La carcajada general hizo tanto ruido que cimbró la gradería.

—¡Marrano! —le gritó una mujer.

—Está bien —intervino Sigandrello—, pero sólo me hará caso a mí. Caballero, la señora dijo “marrano”.

El voluntario giró la cabeza para ver a su amo, se fue dando brincos de gallina aporreada hasta un lugar encharcado, y empezó a revolcar la espalda en el lodo, dando gruñidos de placer.

El público tenía ganas de levantar a Sigandrello en hombros y darle la vuelta al circo.

Al día siguiente fue más gente; a los dos días hubo lleno total. A Cecilia le gustaba mucho cuando Leopoldo hacía bajar a diez o quince hombres y mujeres del público, a cada uno le decía el nombre de un instrumento y los convertía en una orquesta de gargantas humanas. Envalentonado por su poder, un día convirtió a dos vecinas enemistadas en perros de pelea. Ante su asombro, empezaron a morderse.

—Se acabaron tus numeritos —lo enfrentó Galván al final de la función.

—Estoy realmente apenado, nunca pensé que le arrancarías una oreja —se disculpó el mago.

—Vuelve a tus trucos con barajas.

—No seas terco, amigo. No te quejaste cuando ibas a depositar el dinero de la taquilla al banco, ¿verdad? Déjame seguir con lo mío, y te prometo que continuará la buena racha. No volveré a usar gente del público.

A partir de entonces, el elenco del “Momento de lo oculto” se reduciría a dos colaboradores que siempre se habían tenido una química especial: Sigandrello y Cecilia, que ya iba a cumplir 18 años. Mantuvieron los ensayos en secreto; solamente cuando lograron lo que querían llamaron a Timoteo el Chiquilín para que presenciara la sorpresa que tenían para el público. Timmy se sentó cerca de la puerta y se llevó una mano a la boca. Afuera se veían las sombras de los tres a través de la lona, uno mirando el número y los otros dos ejecutándolo. Del interior salió un alarido de terror y Timmy salió corriendo. A duras penas Sigandrello lo convenció a gritos de que volviera.

—Tonto, es un truco.

Timmy estaba vomitando detrás de un arbusto.

No fue una decisión fácil para Sigandrello, porque quería entrañablemente a los niños que iban al circo, y también a Cecilia. Para sacarla a la pista escogió una música árabe que la banda del circo no quiso tocar. “Ojalá que el disco no esté rayado”, el mago cruzó los dedos. Nuevamente pidió al público una rutina de gimnasia con los brazos, pero ahora todos la hacían de buena gana. Una muchacha trajo el canasto y puso la aguja del tocadiscos en el vinil. Empezó a sonar un nadaswaram, monótono, irritante, como un enorme mosco. La cuerda empezó a subir. Cuando llegó a la parte más alta de la carpa, donde se juntaban las poleas, empezó a desvanecerse.

Un “ahh” de incredulidad y temor brotó de las sillas, más fuerte en las gradas superiores, donde las entradas eran más baratas, y más cuchicheado en los palcos, donde estaban los de dinero. Cecilia

apareció con dos trenzas y un leotardo negro con medias rojas. Después de tres caravanas metió las piernas al cesto y empezó a escalar. Los músculos de sus piernas se adhirieron a la cuerda, rígida como palo. Mientras lo hacía, echaba hacia atrás la cabeza, abriendo despacio la boca. Parecía que eran sus muslos enroscados los que deslizaban la cuerda hacia abajo con cada tirón. Se estaba divirtiendo. Los señores babearon. Las piernas de algunos se pusieron inquietas y muchas esposas les dieron codazos en las costillas.

En vez de verla llegar a la cima, los espectadores notaron que su cuerpo empezaba a borrarse por partes, como si estuviera hundiéndose en una piscina invertida. Primero desapareció la cabeza. Ahí se dio la vuelta y un torso sin cabeza saludó alegremente con el brazo. Algunos se atragantaron, otros resistieron. Una mujer con el bulto de su bebé en el rebozo se santiguó. Cecilia subió unos centímetros más. Ahora era medio torso, y con otro impulso de sus piernas, se fue hasta la cintura. Al final sólo vieron unos pies enredados en la cuerda. Cuando la canción hindú llegó a su fin, la acróbata tomó un último impulso y desapareció.

Un aplauso atronador ahogó las palabras de Sigandrello, a pesar del micrófono —...no apto para los débiles de corazón —se alcanzó a oír—. Los niños y los que estén enfermos del corazón, pueden salir si lo desean.

La mitad de los chicos se inclinaron exageradamente hacia adelante. La mujer con el bebé en el rebozo se paró y se salió, otra vez santiguándose.

Las luces disminuyeron al mínimo, el aire se tiñó de vapor color rojo y sonó una tarola escandalosa. Después, silencio total. El mago levantó los brazos con su báculo, asegurándose de que su capa se moviera exageradamente, como un mar de petróleo. La gente vio caer una pierna a lo largo de la cuerda. Sólo la pierna, manchada de rojo alrededor de la ingle. Cuatrocientos ojos se abrieron para comprobar lo que estaban viendo. Algunas mujeres gritaron y se pusieron de pie, pero Sigandrello se dio la vuelta y rugió:

—Que nadie se mueva. Todos a sus asientos, o cosas peores pueden suceder. Aún tengo tiempo para revivir a esta niña.

Sigandrello hizo otro movimiento con su bastón acompañado de la metralla de la tarola. Con el mismo peso muerto, cayó sobre la tierra un brazo amputado. Las luces cambiaron de tonalidad. Como granizo sangrante empezaron a despeñarse las otras extremidades, menos el torso. Finalmente la cabeza, con idénticas trenzas, rebotó en la red de seguridad y fue a caer al pasillo, cerca de los pies del mago. Era la cara de Cecilia.

—¡Esta es la noche de lo imposible! —exclamó Sigandrello abriendo los brazos, y en eso el circo se sumió en un apagón. El conjunto de gargantas pidió auxilio al mismo tiempo y se escuchó el ruido de pies buscando la salida. Pero no fue mucho tiempo; sólo pareció eterno porque el miedo se había enseñoreado de la situación.

—¡Enciendan la luz, ya! —corrió Galván y se tropezó con un cable.

La claridad se hizo presente en el circo como una madre en la habitación del niño que tuvo una pesadilla. Cecilia estaba completa, de pie junto al mago, saludando con un brazo en alto. Ya no estaban los miembros cercenados, aunque aún tenía las manchas de sangre en la ingle y las axilas. A pesar de la música, nadie movió ni un músculo. Ni un aplauso. Ni un viva. Sigandrello tragó saliva y se inclinó despacio. El público estaba apabullado, pero en cuanto la primera alma salió del sopor, el resto estalló en aplausos. Fuertes. Reverentes. El cuerpo de Leopoldo Sigala se relajó y sonrió al fin. “Todo ha sido una broma”, tenía ganas de decir al micrófono. Cecilia se escabulló; la gloria debía ser para el mago. Sigandrello notó que traía el pelo suelto y mallas de otro color. “¿Por qué se habrá cambiado?”, pensó. “La gente va a pensar que realmente matamos a alguien”.

El payaso Jack

Jackwisp el payaso agitó el brazo derecho, se puso la mano izquierda sobre la barriga y se rió como un resorte para despedirse, polveado y adolorido. Ya había terminado su número con los perritos. El sombrerito de colores no se quedaba quieto en su cabeza picuda y semicalva. Suspiró y se alejó meneando las caderas, sacando el trasero como una dama. Cerca de la salida providencial, por ir cerrando los ojos pisó mierda de caballo y perdió el equilibrio. Empezó a aletear con los dos brazos y lanzó un grito de pánico. Cayó de espaldas y lo primero que pensó fue en su cadera. “Que no se rompa”. La gente se carcajeó. El hombre detrás del maquillaje miró desconcertado hacia el público. Era la primera vez que se reían, ahora que había hecho el ridículo en serio. Volteó hacia abajo, vio su idiota babero rojo con bolitas blancas y sintió ganas de llorar. Pero él era un payaso, no un bebé, y los de su especie tenían que reírse incluso fofos y anticuados.

Como pudo se levantó quejándose exageradamente, a ver si oía de nuevo las dulcísimas risas de los niños; se sacudió el pantalón y estiró los brazos enseñando las palmas. Siempre que sonreía con la boca abierta tenía que meter los labios, porque de otra forma sobresalían sus dos generosos incisivos. Pero ya nadie le estaba poniendo atención. Todos los ojos estaban con Sansón, que jalaba varios caballos con una mano. “Primero tengo que pisar su mierda, y luego me arrebatan el show”, pensó.

Cuatro horas después, Fred Warren seguía dando vueltas en su cama. La estructura era hermosa, un armazón dorado hecho en Chicago que su madre le había enviado por tren hacía treinta y cinco años. Estaba sudando a chorros y su ventilador giraba perezosamente. Se acordó de su mamá y su casita en un pueblo llamado Aurora, junto al río Ohio. Cuando se subió al tren rumbo a México ya usaba el sobrenombre de Jackwisp. La primera parte, en honor a su tío Jack, que había muerto en la cárcel acusado de robarse un caballo. Falsamente, creía Fred. A propósito de caballos. De su pecho brotó una risa triste. Y *Wisp*, porque su madre siempre se la pasaba hablando de su rapidez e ingenio para improvisar y disipar la tensión en una situación incómoda. La gran depresión de 1929 había latigueado duramente a Aurora. Redituaba más ponerse a comer de la basura que intentar ganarse la vida como payaso. Y muchos lo estaban haciendo en aquellos días. Hubiera figoneado basureros, pero estaba aquel asunto con Ethel, su novia, que vendía rosas, campanitas, dalias y girasoles en cubetas, con sus trenzas largas, rojas, ojos grandes almendrados y boca de azúcar.

Jackwisp recordó que alguna vez había sentido cosas de hombre. Por ella, Fred se había pintado la cara con maquillaje blanco, ceñido una malla en la cabeza que remató con un sombrerito picudo y olanes alrededor del cuello. Ethel, una luterana templada, no le veía mucho sentido al propósito de un payaso. Bajo la luna de Aurora muchas veces le dijo: “Es mejor el llanto que la risa, porque la tristeza tiende a pulirnos”. Sin embargo, a ella le gustaban las flores, lo mismo venderlas que recibirlas cuando Fred las cortaba en los arroyos de las afueras del pueblo. Ahí sucedió todo. Una mañana Ethel apareció junto al río hecha una masa de carne roja; viva, pero en estado de shock. Cuando pudo hablar, dijo que la había violado el payaso. Por suerte Dorothy, la mejor amiga de ambos, advirtió a Fred a tiempo. Con la impotencia y el miedo clavados en la garganta, el muchacho

tomó su maleta y corrió a la estación del tren. Qué ruín, el tal Henry Ryan, haber usado su maquillaje para arrebatárle la virtud a la pelirroja menudita que él tanto había cuidado. Su mismo nombre sonaba a navaja: Henry Ryan; como a ropa desgarrándose. Ry Ry.

Fred sintió que le temblaba el párpado. Se sentó en la cama, levantó los brazos y se despojó de la camiseta para ver si el fresco de la noche le soplaba en la espalda. Se echó boca abajo y dejó colgar un brazo hasta arañar el suelo, oyendo la atmósfera saturada de grillos. Vio su peluca color zanahoria, la nariz morada en forma de maní y más allá las cejas falsas, como gusanos babeando el suelo. Jackwisp, poco dado a juegos mentales, se volteó boca arriba y abrió los brazos para que la noche se convirtiera en su amante. Pero aquella madrugada de agosto, su colección de recuerdos no iba a dejar que lo arrullara el sueño. Se puso a hacer cuentas. Aunque no pareciera, un día él había sido importante. Tres circos se lo habían peleado y en alguna ocasión había estado en la radio, en la Ciudad de México. Después le vino la diabetes, los dolores en las piernas, su problema de impotencia. “Castigo autoinfligido”, le susurró una voz que conocía de sobra. “Por no haber sido suficientemente hombre para Ethel”.

Con más ganas imploró poder quedarse dormido. Pero en lugar del desfile de imágenes descabelladas que aparecen justo antes del sueño, en el escondite de sus párpados se vio a sí mismo con aquel traje que hacía ruiditos y le ceñía las piernas. Ya a los cincuenta era torpe para caminar. Y cuando Gabino, el hijo del don Francisco Galván se hizo cargo del circo, Jackwisp fue el primero en la mira. Gabino le dijo que su estilo era anticuado, que necesitaba modernizarse, ser más mexicano. ¿Cómo demonios se era más mexicano? Los niños de Veracruz y Puebla no entendían sus referencias a Humpy Dumpty ni a Davy Crockett. Pero en 1953 ya tenía mucha carga en el corazón para ponerse a inventar novedades. Pensó en regresar a Aurora, redimirse, explicarle a Ethel lo que había pasado, pero el proyecto siempre quedaba en “para el siguiente año”. Se limitó a repetir su número, temporada tras temporada. “Quizá los payasos están pasados de moda”, se dijo una mañana mientras amaestraba a sus aflojerados perros, que bostezaban con ojos temblorosos implorando un descanso. Entonces ocurrió un pequeño milagro. Alguien le prestó una revista de gran formato y vio la foto de un payaso que estaba causando sensación en su tierra. Bozo. Era un nombre idiota. El suyo era mejor, más chispeante, pero sintió un empujón en el ánimo. Iba a modernizar su maquillaje, tomaría prestado un poco de Bozo. Aquella sonrisa color rojo sangre le recordaba el gesto idiota de Henry Ryan. Y la virginidad violentada de Ethel. Unos cambios estratégicos, para parecer más grotesco que imbécil, y ya. Cejas peludas en vez de arcos dibujados con lápiz para darle una mirada siniestra. Galván junior quería un payaso más mexicano. Hablaría como lo hacían los pachucos; se burlaría de su acompañante, otro comediante más joven. Y como acto final, pensó frotándose las manos, subiría por las escaleras de los trapecistas, y fingiría que se había vuelto loco y que iba a suicidarse. Eso haría morir de terror a más de un niño.

A la mañana siguiente, Fred Warren desayunó con más apetito de lo normal y se recostó bajo una sombra; durmió y roncó hasta que fue demasiado tarde y no hubo manera de ensayar su rutina. Missy Bimbo lo despertó violentamente. En su habitación, el lápiz delineador temblaba bajo sus dedos y el sudor en sus sienes dificultaba la correcta adhesión de la grasa blanca, negra, roja. Faltaba apenas una hora para que empezara su turno y no había tenido tiempo de practicar frente al espejo. Los trapecistas ya estaban en lo suyo, demasiado ocupados para informarles que iba a subirse en sus escaleras. Para colmo de males, su acompañante estaba borracho en su carro. Iba a ser él solo contra el público.

Estaba junto a la pista cuando oyó como una condena la voz de Galván: “Ahora el inigualable Jackwisp, nuestra caja de risas”. Se frotó las rodillas porque sentía que el suelo se movía. En un

segundo estaba ahí, de pie, rodeado de un público sin rostro. Cuando la banda dejó de tocar se sintió solo. Volteó a ver al anciano encorvado de la pianola y creyó ver que se reía. Hizo una reverencia exagerada, hasta casi tocar el suelo con la nariz, aunque era difícil debido a su creciente barriga. Respiró profundamente, sonrió y se dirigió hacia donde la masa del público era más densa y gris. “Porque hay más ojos atentos”, se dijo.

—¡Hooola! —gritó y sacudió un brazo frente a la fiera de mil rostros, y la fiera permaneció silenciosa. —¡Hola! —insistió dando un giro de noventa grados, agitando la mano con el guante de diez dedos.

Una risita de un niño, pero en general, silencio. Vio las escaleras donde pensaba terminar su rutina. Después, Dios sabe qué pasaría. Un pensamiento atolondrado cruzó su cabeza. ¿Y si se echaba un clavado al suelo y terminaba todo ahí, como Ethel, hecho una masa de carne roja? Su corazón latió más despacio.

—¡Hooola! —saludó por tercera vez hacia la última sección del público, mostrando su mano con diez dedos y mirándola estúpidamente, como preguntándose qué hacían tantos dedos juntos. Sólo silencio. Escuchó la risa muy suave del mismo niño, o niña, y sintió que iba a desmayarse. Sus piernas se pusieron duras y su cuello dejó de obedecer. Todavía le quedaban las escaleras. Aturdido, se dirigió como pudo hacia los peldaños, seguido por la mirada de la fiera aburrída. Los perritos lo miraban ansiosos detrás del corralito, pero Jackwisp no dio la orden de dejarlos salir. Primero las escaleras, la demencia. El hombre detrás de la lámpara principal bañó la arena de claridad.

En ese instante Fred Warren escuchó un grito estridente, puntiagudo, que salía de algún lugar del público. Era irritante y terco, como el de un gato a punto de ser despellejado. ¿Ethel? No. Debía de ser simplemente un chiquillo con algún problema bastante gordo. Pero no, el silbido se aproximaba; en una fracción de segundo estaba sobre su cuello, encaramado en sus hombros. Alzó los brazos para protegerse pero el cuerpo pequeño y duro ya estaba pegado en su espalda. Los demás podían verlo porque la pista rebosaba de luz, pero él no. Lo estaban atacando por atrás. De su garganta brotó un grito de horror auténtico y tropezó de nuevo, sin control. Olió las flores del río. Pero recuperó la compostura. Bozo lo había logrado. ¿Por qué no Jackwisp? Frente a él estaba en el suelo la niña, Cecilia Batín, con el pelo erizado. Agresiva como pantera, llena de polvo, le enseñó lascivamente la lengua y se rio. Todavía aturdido por el ataque, se puso de pie como un oso torpe y la miró embobado, sin saber qué estaba pasado. Entonces empezó a escuchar la carcajada, uniforme, gorda, del público. Venía de todos lados. El vampiro de la pianola tuvo la inteligencia de empezar a tocar. Se puso a improvisar el tema de *Cantando bajo la lluvia*. La gente se desternilló de la risa. Cecilia empezó a brincar con los brazos en alto.

—¡Hooola! —gritó con todas sus fuerzas, como si quisiera que la oyeran en el pueblo vecino. Luego se volvió a Jackwisp—: ¡Dijiste “hola” tres veces! ¡Tonto, bobo, estúpido, burro! ¿Crees que estamos sordos?

Aunque Jackwisp traía la cara cubierta de grasa blanca, Cecilia casi pudo ver cómo enrojecía de ira.

—¿Qué te has creído, mocosa? —estalló como un ventarrón—. ¡Malcriada, insolente!

Y se lanzó sobre ella con los brazos estirados como patas de águila, cada uno con su guante de diez dedos; estaba dispuesto a retorcerle el pescuezo. Como Henry Ryan a Ethel. Pero Cecilia se escabulló con una agilidad sensacional y Jackwisp terminó con la nariz embarrada en el suelo. El público se paró como resorte de su lugar y tronó de nuevo en aplausos. La carcajada sonó más fuerte. Ceci caminó con donaire alrededor del payaso que seguía sentado en la arena, sacudiéndose el polvo, mientras la niña imitaba con sorna su forma de caminar. Como pudo, Jackwisp se estiró para

atraparla de los tobillos, otra vez con los mismos resultados.

—¡Tienes cara de marmota! —lo apuntó Cecilia y enseñó los dientes de arriba—. ¡Marmota, marmota, marmota!

—¿Cara de qué? —explotó Jackwisp y rechinó los dientes. Aunque empezó a darse cuenta del éxito de aquella improvisación—. Voy a decirte lo que esta cara de marmota va a hacerte —replicó alejándose.

Ceci lo siguió de puntitas como una sombra, alzando las rodillas lo más que pudo. En el desorden, uno de los perros se escapó y se puso a dar vueltas alrededor de las piernas de la niña, ladrando. La momentánea distracción dio tiempo al payaso de regresar con una cubeta de agua que arrojó, de nuevo con mal cálculo, sobre Cecilia. Le alcanzó a mojar las piernas, pero el perro quedó empapado. El animal, en vez de atolondrarse, consideró aquello como un ataque contra él y la niña. De un brinco salió disparado sobre el pantalón de Jackwisp y le declaró la guerra con tajantes gruñidos. Detrás del cercado que rodeaba la pista, incluso Galván reía con la cabeza echada hacia atrás. Dándose cuenta de que la improvisación había llegado a su momento de gloria, se introdujo para pedir porras a todo pulmón para “el inigualable Jackwisp”. Pero el animal se había posesionado de la arena, y ahora el maestro de ceremonias no era para él sino un nuevo intruso. Galván, dando brincos, a merced de las dentelladas, pidió socorro a Ceci con la mirada para que alejara a aquella fierecita. Los dos adultos emprendieron la retirada dando brincos envueltos en uno de los aplausos más nutridos que hubiera recibido Jackwisp en muchas, muchas temporadas. Fred Warren creyó oír también la risita de Ethel, navegando suavemente entre el confeti como la pluma de un petirrojo.

El maestro de ceremonias

—Un día estaba viendo el fondo de mi piedra, y me di cuenta de que podía hacer cualquier cosa — le dijo Sigandrello a Cecilia, alzando los ojos para estudiarla—. Ése es su poder. Hacer creer que puedes hacer lo que quieras.

El hombre estaba lleno de canas, pero su mirada seguía siendo una lupa, no suave y temblorosa, como la de un amante que suplica, sino la de un naturalista frente a un insecto.

—Siempre pensé que era un diamante —dijo Cecilia poniendo las manos sobre las rodillas, sin pararse de la silla.

—No es un diamante. Si lo fuera, ya me hubieran matado para quitármelo. —El mago frunció la mitad de la boca en una especie de sonrisa—. Es una thortveitita. Me he encargado de que todo el mundo sepa que es una piedra de río. Infinitamente más valiosa y rara que un diamante. Una en un millón.

Cecilia se encogió de hombros y levantó las manos. La chaquira de su falda brilló cien veces en la piedra del mago.

—¿Y la piedra es la que hipnotiza?

—thortveitita —insistió Sigandrello sin poner atención—. No, no te levantes. —Clavó su bastón en el suelo frente a la acróbata para que el mineral quedara frente a sus ojos—. Mi papá la tuvo años en un cajón, con las cosas de mi abuelo. Cuando se murió, la rescaté de la basura. Mírala bien. ¿Cuántas caras tiene? Ni yo sé. Cada vez que las cuento me sale un número diferente. Pero clarísimamente tiene una joroba, como un cuerno en forma de pirámide, en la cima. Es bonita, ¿no crees? Parece un rinoceronte de cristal. O un animal prehistórico.

—¿Tu abuelo dónde la obtuvo?

—En la India. En un mercado callejero. —Cecilia entornó los ojos, segura de que lo estaba inventando—. Es verdad, muchacha, mi abuelo fue a bañarse al Ganghes; aprendió a tocar el sitar y pidió que lo enterraran con un turbante. Un día iba caminando, vio esta belleza en el puesto de un beduino y la compró.

—¿Y cómo descubrió lo que podía hacer con ella?

—Él hacía otras cosas con la thortveitita.

—¿Qué cosas?

El mago se acarició el mentón y la miró de pies a cabeza.

—Esta conversación ya la habíamos tenido, ¿no?

—¿Cuándo?

—Hace como ocho años. Mucho antes de que te fueras. Cuando eras niña.

Cecilia torció los ojos.

—¿Podemos empezar, por favor?

—Ya sé, tienes la mente hecha un lodazal. Pero deberías acordarte de lo que hacíamos aquí. ¿Ya no te acuerdas de aquella noche, en la carpa?

—¿Qué pasó en la carpa? —Cecilia parpadeó varias veces.

—La cuerda se convirtió en serpiente.

—Y subí. Cuando Timmy salió corriendo, fuiste tras él.

El mago se rascó la cabeza sin entender nada. Unos días antes no había estado tan seguro de que aquella fuera la mujer que él creía. Agarró su bastón como un niño envidioso y dio unos pasos dándole la espalda.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cecilia.

—A veces no estoy seguro de querer hacer esto —confesó volteando por encima de su hombro—. ¿No es suficiente estar vivos, tener un presente? ¿Tenemos a fuerzas que alumbrar regiones que nuestra mente oscureció?

—¿Y por qué no?

—Si las cubre, es para que no nos volvamos locos.

—Yo quiero recordar —murmuró Cecilia—. Siento que le pusieron un tapón a mi cerebro. No me acuerdo de cuatro años. ¿Por qué se borraron? —alzó la voz y los brazos—. ¿Tú me pusiste el tapón?

—Tú lo hiciste —dijo Sigandrello señalándola y paseando los ojos por su pecho—. Alguna herida cicatrizada y olvidada. ¿Quieres abrirla otra vez?

—¿Voy a encontrar algo malo? —replicó subiendo la vista—. ¿Te da miedo a ti que a mí?

Otra vez el empujón. Se asomó al fondo de su piedra y vio el pasado como en una película. Cecilia estaba espléndida, como princesa oriental, montada en el lomo de un elefante. El animal parecía ir sonriendo.

Con los años, Sigandrello aprendió a hacer caer a la gente en trance con un solo movimiento de su mano. Pero duraban poco tiempo y no eran tan intensos. Las personas salían rápido y a veces se negaban a hacer las cosas. Y estaban los más profundos, que requerían más tiempo. Con esta mujer sabía lo que podía encontrar, así que debía usar métodos seguros. Se aproximó a ella bajo la anémica luz de una bombilla.

—¿Lo hacemos ahora? —preguntó el mago. Cecilia pasó saliva, pero no dijo nada—. Aquí están las respuestas, señorita Batín.

—¿Dónde? ¿Prometes a decirme todo lo que diga mientras esté dormida?

—No vas a dormirte. Tienes que contar las caras de la piedra. Yo me quedaré en silencio.

Otra vez clavó el báculo frente a ella, y como Moisés en el desierto esperó a que saliera agua de la roca.

—Contar...

—Sin hablar —murmuró el mago—. Y cuando cuentes todos los lados, busca adentro. Tienes ver el reflejo de tus ojos. Yo no he encontrado un buen método para contarlas. No puedo sugerirte uno. Y no lo hagas en voz alta. —Sigandrello hizo una pausa para que Cecilia empezara—. Imagínate que cada lado de la piedra es una nube y se la lleva el viento. Así, hasta que acabes. Tienes que soplar. Las nubes se irán sin tomar forma.

Cecilia clavó los ojos en la thortveitita. Era casi del tamaño de su puño. Al principio no hizo nada y Sigandrello se preguntó si estaba siguiendo las instrucciones. De repente empezó a respirar con la boca abierta y a soplar. Cada exhalación se fue haciendo más débil. Al final tenía la cabeza agachada y el pelo le caía a los lados. Sigandrello sonrió suavemente. Todavía era bueno. Cecilia levantó la cara. Tenía cerrado un ojo. Sólo el café. El azul lo miraba con intensidad. La mitad izquierda de su cara estaba relajada, como dormida, la otra atenta. No era un espectáculo agradable.

—A partir de ahora —se acercó susurrando, aguantando la mirada del ojo marino—, todo lo que te diga, no importa que tan absurdo sea, cualquier cosa que te diga será verdad. —El mago apretó el bastón—. Sin miedo.

Él era el que estaba sudando. Cuando hipnotizaba a Timoteo, encontraba al niño creciendo entre las gallinas, con pánico de que su padre lo golpeará, que desquitaba sus ansias dándole puñetazos a unos costales de comida para pollos. En la cocina, chamuscada por el humo de la estufa de leña, se veían los ojos de una madre cariñosa, con tanto miedo como él. Desde los once años nunca la había vuelto a ver, porque un día el señor Galván, padre, aparecía en el telón de fondo inclinándose hacia él con sus bigotes de gato, murmurando en la oreja de Timmy: “Oye, chamaco, ¿no te gustaría venirte al circo? Nuestra siguiente parada es Huamantla”.

Cuando hizo caer en trance al Hombre Bestia, el mismo Sigandrello casi se había puesto a llorar al encontrar en el subconsciente un depósito de mil burlas y frustraciones; a un cura echándole agua bendita, un padre horrorizado que lo había abandonado dos veces en la carretera y unos tíos que lo amarraban del tobillo a una argolla clavada en un naranjo. Saulito se había salvado de morir de hambre comiéndose las frutas que caían. Y el hipnotizador había oído su desesperación cuando el niño con hipertricosis sacudía el tronco y las naranjas se negaban a desprenderse de la rama. Pero el Hombre Bestia tenía un carácter alegre a pesar de todo. Y solía hacer cualquier cosa de buena gana mientras estaba dormido. Lo mismo Timo. Y Zambini, que se ponía de pie y marchaba como los soldados con pantalón de manta que habían pasado cuarenta años antes frente de su jacal, llamando a la puerta. “Madrecita, aquí tienes un costal de harina. Haznos pan”. De niño un circo se había instalado en su pueblito, y desde entonces había empezado a colgar cuerdas del techo para columpiarse de cabeza. Cada quien tenía su historia en el fondo de su baúl, y la disposición para hacer cualquier cosa que les ordenara el mago. Pero con Cecilia tenía miedo de lo que podía encontrar.

La acróbata también tenía un pasado. Una vez, siete u ocho años antes, había traspasado el límite, después de la alucinación colectiva con la cuerda. En realidad habían sido dos ocasiones. La primera vez se había alarmado un poco. Se le había ocurrido pedirle a Cecilia que hiciera algo que lo había impresionado profundamente. Gabino Galván, el maestro de ceremonias, estaba con él esa noche, en 1965. Cecilia ya tenía 17 años. El maestro de ceremonias estaba parado derecho, con las manos entrelazadas en la espalda y una ceja levantada. Pero el mago lo conocía bien: sacudía demasiado el bigote.

—Observa esto —le dijo Leopoldo Sigala—, fíjate cómo pierde no sólo toda resistencia y discernimiento, sino el miedo; incluso de aquello que le causaría aprensión estando despierta.

Sigandrello fue al fondo de la tienda, trajo una serpiente de un metro que sacó de una pecera y la puso en las piernas de Cecilia.

—Estás jugando con cosas que no deberías —dijo Galván—. ¿Qué pasa si se queda tarada?

—No entiendes nada. Esto es el futuro, no sólo de tu circo, sino de la humanidad. —El mago le quitó el reptil de los muslos—. Hace poco logré que una mujer diera a luz sin dolor. Estoy impaciente por probar una nueva idea. Cecilia, quiero que veas tus pulmones. Descríbemelos.

El dueño del circo sacudió la cabeza.

—Voy a permitir esto mientras no empieces a hacer algo diabólico. Una vez vi un hombre que hablaba con los muertos.

—Están en mi pecho —respondió Cecilia con voz delgadita—. Ocupan casi toda la parte de arriba de mi cuerpo. Son de color rojo, rosa, blandos. Mi pulmón izquierdo es un poco más pequeño que el derecho. En el espacio que sobra está mi corazón. Están encerrados en una jaula abierta por en medio, con doce varas blanquitas, como arcos. Hay un tubo que baja por mi garganta y se parte en dos. Los dos tubitos se meten en la carne rosada. Respira, está viva. Adentro tengo muchas ramitas. O miles. No puedo contarlas, se meten en todas partes de los pulmones con un millón de bolsitas de

aire.

El mago miró a su compañero y sonrió mostrando los dientes. Asintió con la cabeza y continuó. Galván estaba pasmado. Aquella muchacha a duras penas había terminado cuarto de primara, sin embargo parecía que estaba haciéndose una autopsia.

—¿Está dormida? —preguntó el dueño—. ¿Haría cualquier cosa que le pidieras?

—Cecilia —dijo el mago sonriendo sin quitarle los ojos a Galván—, levántate y haz un arco.

En seguida la muchacha saltó de la silla, avanzó de puntitas como si estuviera en el circo y se dejó caer hacia atrás. Frente a ellos formó un impecable arco con el cuerpo.

—Increíble —exclamó Galván llevándose una mano a la boca—. ¡Lo que podrías hacer con este poder!

—Tampoco significa —dijo Sigandrello levantando un dedo— que pueda meterse a un banco y decirle a la cajera que le entregue todo el dinero. El trance que aprendí —explicó— hace que la persona pueda controlar cada función de su cuerpo. Si le pido que haga disminuir su presión sanguínea, va a acabar desmayándose; si le pido que incremente su capacidad olfatoria, nos va a decir lo que comiste hoy, y si le digo que nos enseñe... —el mago carraspeó— lo que comió esta tarde, va a vomitarlo en el piso. ¿Quieres ver?

Galván hizo un gesto de asco. Sigandrello volvió con Cecilia y le pidió que describiera lo que estaba pasando en sus intestinos. Hacía varias horas que había comido, así que no tenía mucha actividad. Sin embargo su descripción fue como la de un forense frente a un cadáver abierto. Describió sus jugos gástricos amarillentos, el abundante moco que recubría el interior de la manguera, los pelitos que habían absorbido los nutrientes del pan y la salchicha de la merienda; el sistema de venas que salían a todo su cuerpo y el sobrante de la cena que iba a medio camino de su intestino grueso.

—Leopoldo, hazla callar. Esto me está dando asco —dijo Galván, pero estiró el cuello hacia adelante. Levantando el índice, Sigandrello le pidió que aguardara.

—¿Qué tomaste en la merienda? ¿Puedes mostrarme?

—Leopoldo... —brincó Galván.

—Descríbelo —corrigió el mago.

Demasiado tarde. En las piernas de Cecilia empezaron a escurrir chorros claros de orina.

—Eso tomé en la merienda —respondió.

Ninguno de los dos hombres supo cuánto tiempo se quedó de pie observándola en la silla, con la boca abierta. Cecilia estaba rígida pero con la cabeza agachada, respirando como la gente que está profundamente dormida.

—Tenemos que limpiarle las piernas antes de que despierte —observó Sigandrello.

—¿Crees que pueda decirnos cosas que no sabemos? —se animó por fin Gabino.

—¿Como qué? —volteó Sigandrello alzando las cejas.

—Ya sabes qué dice Toña.

—¿Qué dice la gorda?

—Que hay fantasmas en el circo. El de Rosita. Que nos siguen a todos lados. ¿Ella puede decirnos esas cosas?

El mago se quedó pensando y miró el pecho de Cecilia. La medallita de la Virgen que le había regalado Rosita relumbró como el oro.

—Yo pienso que Bimbo se está poniendo vieja. Eso de los fantasmas, ya sabes lo que pasó con su Agustín, son sus miedos, de que se le vaya la vida. En el fondo quiere creer que todo es como antes. No, no creo que haya fantasmas.

—Yo sí. —Leopoldo lo miró levantando una ceja—. ¿Puedes preguntarle?

—Estaba pensando en otra cosa...

—Hazlo —suplicó Galván con una mueca infantil. Parecía como si alguien hubiera arrugado su cara como bola de papel.

—Cecilia...¿quién está contigo?

—Tú, Sigandrello. Y ese panzón malvado.

El mago se encogió de hombros, pero el dueño del circo no parpadeó.

—¿Quién más? ¿Hay alguien aquí adentro, o cerca, además de nosotros? ¿Alguien que ni Gabino ni yo podamos ver?

El mago observó atentamente. Le pareció que Cecilia estaba moviendo la cabeza muy despacio. Sí, lo estaba haciendo en cámara lenta, con un movimiento hacia arriba. Leopoldo Sigala se laceró el labio superior con los dientes de abajo.

—Sí —respondió Cecilia y sonrió—. Rosita está aquí.

—¿Quién es...? —comenzó a decir Galván, poniéndose pálido, pero el mago le apretó del brazo.

—¿Puedes prestarle tu voz a Rosita? ¿Por favor? —le dijo.

Automáticamente, los dos hombres se replegaron. El mago se acercó a la oreja de Galván y movió los labios: “Zulma, la mujer elefante”.

Cuando vio que no pasaba nada, meneó la cabeza y se adelantó un poco, pero en eso Cecilia volvió a enterrar el mentón en el pecho. Los dedos le estaban temblando, como artrítica. Aunque Sigala sólo le veía la nariz y la parte superior de la frente, notó que sonreía como si hubiera visto un ángel. De la nada, Galván brincó hacia atrás. La niña había levantado la cara. Tenía los ojos abiertos, afilados como pedazos de vidrio.

—Cici, cierra los ojos —dijo el mago con suavidad—. Sólo queremos que le prestes tu voz a Rosita.

A Cecilia le tomó un par de minutos obedecer.

—Los elefantes van a morir solos, en lugares secretos.

Los dos hombres se miraron. Su voz no era la misma; hablaba más lento y le costaba respirar. Al final de su vida, la mujer elefante tenía los pulmones tan oprimidos por el peso de los tumores, que cada inhalación era un logro.

—¿Qué dices?

—Los elefantes deben morir en lugares secretos. Cuando llegan, se desprenden de su piel gris, y se convierten en nubes rosas.

—Leopoldo... —reclamó Galván—. Esto está mal.

—Es un experimento —gruñó el mago—. Está inventando las palabras. Se acuerda de Rosa. Eso es todo.

—Los elefantes no saben nada sobre las hormigas —dijo Cecilia y se rio como si tuviera cinco años. O setenta y cinco—. Ustedes son hormigas.

—Con eso es suficiente, chiquilla —dijo el mago y se acercó a su bastón.

Cecilia apretó los dientes y cerró las manos. Levantó la cabeza, volvió a abrir los ojos y los miró a ambos con las cejas inflamadas.

—Se comieron a Mogul —gritó—. ¿Por qué enseñaste mi esqueleto? Los elefantes deben morir solos.

—Esto es un insulto. No quiero oír más —dijo Galván pretendiendo dar media vuelta. El mago lo detuvo—. ¿Me está acusando?

—¿De qué? Está inventando. Ella conoció a Rosita. Dudo que de verdad esté haciendo hablar a

una muerta.

—Pero tu siempre dices que el alma de uno se puede meter en el cuerpo de otra gente. Además ella no tenía forma de saber que yo...

—Cecilia —dijo Sigandrello haciéndole a su amigo un ademán de que se callara. Fijó la mirada en la raya del pelo de la niña—, gracias por prestarle tu voz a Rosita. Es hora de despertar.

Los ojos de Leopoldo Sigala volvieron a enfocarse de nuevo en la raya del pelo de Cecilia, y luego en la thortveitita de su bastón. Habían pasado cuatro años desde aquella noche y Cecilia tenía 21.

—Amiga, quien quiera que seas —le preguntó cuando ya estaba en trance—, ¿quién es Mogul?

—No sé.

Sigandrello suspiró y se rascó la nuca con ambas manos.

—Préstale tu voz a Rosita —dijo más quedito, pero en cuanto lo hizo arrugó la cara y se dio una palmada en la frente.

Cecilia cerró su ojo azul y Sigandrello volvió a relajarse. La joven dejó caer la cabeza.

—Mogul es el elefante.

Su voz era grave. Sigandrello alzó las cejas: Cecilia estaba enojada.

—¿Cuál elefante? —preguntó inclinándose un poco hacia adelante.

El aire empezó a oler dulce, como a flores.

—El que trajeron a México —rugió la joven—. El primero. Mi abuela lo vio cuando era niña. Se llamaba Mogul. Era alto como tres hombres. —Sigandrello notó que quería extender los dedos—. El dueño le vendió la carne a un fritanguero. Y anduvo exhibiendo los huesos en su circo, dijo que eran de un animal prehistórico. Yo soy Mogul. ¿Quieres saber por qué? Galván puso mi esqueleto en una vitrina.

En seguida Cecilia se echó a llorar.

El lanzador de cuchillos

El domingo en la noche el señor Galván sacó dos balas de una cajita que tenía en un cajón, cargó su pistola y se la metió debajo del pantalón. Inhaló profundamente, se dio un golpecito en la mandíbula y caminó hacia al carro de Cecilia. Con toda intención mantuvo la vista fija en su puerta. Sabía que ella dormía junto a la ventanita. Era la noche que Galván estaba esperando; la mayoría de los hombres se habían ido a emborrachar a la ciudad, el lunes era día libre. A medio camino el arma se le resbaló por la pierna corta y peluda y sintió como si la mano de una bruja lo hubiera arañado. Nada. Suspiró aliviado. Podía haberse volado un testículo, o algo más valioso. El circo estaba en penumbras, como siempre; era temprano pero la noche estaba negra porque las nubes presionaban con su sombra pastosa sobre el llano. En un tráiler había un foco debilucho encendido, en los otros no se veía nada. Un elefante miró a Galván como Dios a Caín en el paraíso.

El gordinflón recogió la pistola del suelo y descuidadamente le limpió el lodo con el pantalón. De pronto escuchó una detonación endemoniada y sintió que alguien le clavaba los dientes en la oreja. Estaba sentado en el lodo, bajo la luna, temblando. Tenía la mano derecha sobre su lóbulo, llena de sangre. Qué idiota. Sólo le quedaba una bala. Se paró y se dirigió al carro de Missy Bimbo. Entonces se detuvo. ¿En qué estaba pensando? Seguramente el disparo ya había alertado a todos. Y Bimbo, con todo y su grasa, era una leona cuando se trataba de defender su cubil. Al frente se prendió la luz en el carro del mago. A sus espaldas alguien abrió una ventana. El marco oxidado hizo un ruido parecido al de un vagón de tren cayendo desde lo alto de un edificio.

Con la pistola en la izquierda y la mano derecha presionando la oreja, Galván salió disparado al carro de su amigo. Menos mal que sólo había sido un rozón. Deseó que la bala le hubiera arrancado mejor el secreto que traía adherido como larva. Lo único que sabía es que era algo perverso y peligroso, y que no era justo que se atormentara él solo. En cuanto llegó se abrió la puerta del cámper.

—¡Gabino! ¿Qué pasó?

La sangre le llegaba gasta el codo. Su ropa olía a pólvora.

—Estoy bien. No es nada. Esa parte del cuerpo sangra mucho.

—¿De qué hablas? ¿Qué sucedió? ¿Quién anda allá afuera?

—No sé, oí ruidos, voces, y la taquilla hoy estuvo llena. Ya van dos veces que nos roban en domingo. Salí a ver, se me cayó la pistola en lodo, se disparó, y ya ves... soy un imbécil. Pero al menos vi que corrieron.

—¿Quieres que llame a...?

—Nada más dame un trago y échame alcohol —refunfuñó y se acercó una silla.

—Tu traes algo más —observó el mago.

—¿Yo? —replicó Galván y se puso de pie de un brinco. Sigandrello retrocedió.

—Obviamente —dijo acariciándose la barba—. Amigo, estás como cuerda de violín.

—Sí, estoy tenso —admitió el maestro de ceremonias, temblando de pues a cabeza.

—¿Es ella, verdad?

—Dame un trago —gritó Gabino, sintiendo que le iba a explotar la cabeza.

—Perdóname, qué insensible he sido —respondió Sigandrello y le acercó una botella de brandy. Su amigo se la metió a la boca y luego se echó un chorro en la oreja—. ¿Andabas cerca del carro de Toña? —preguntó Leopoldo.

—¿Cómo supiste? —Galván parpadeó varias veces—. Sí, por ahí oí las voces. ¿Se despertaría?

—Toña está en Veracruz. Tenía cita con el médico, ¿no te acuerdas? —dijo el mago despacio, acariciándose la nuca.

Galván no contestó. Se dijo estúpido a sí mismo. Había echado a perder una magnífica oportunidad. Vio los restos de comida sobre la mesa de Sigandrello y notó el humo de cigarro. Sin su traje de luces y sombrero de copa, con una camiseta desteñida y agujerada, el mago se veía todo menos sobrenatural.

—Vas a tener que prestarme otra camisa —dijo Galván respirando más despacio, mirando las duelas del suelo. La manga derecha de la suya estaba llena de sangre—. No puedo salir así.

—Deberías mantener la presión —le dijo éste levantando el índice —, serviría más que si te echas el brandy. Y no tan caro.

—¿Entonces todos siguen dormidos?

El mago se asomó por una rendija.

—¿Con el disparo? Lo dudo. ¿Estás seguro de que eran ladrones? —preguntó Leopoldo metiendo los ojos en la noche.

—Sí. Hay mucho dinero en la caja, otra vez se llenó el circo —sonrió por fin—. El viernes vino a verme una mujer. Dice que tiene un hijo que pesa treinta kilos.

—¿Y? —preguntó Sigandrello sin ponerle atención. Estaba acomodando unos frasquitos con polvos en la mesa.

—El chamaco tiene veinte años, y mide 1.65. —Galván sonrió enseñando todos los dientes—. Le dicen el Esqueleto Viviente. Vino a ofrecérmelo. Vamos de subida.

—Lo sé. Pero ese muchacho, ¿treinta kilos? ¿Y si se te muere aquí? Ya sé que estamos mejor que en años. Pero con Cecilia...

—Leopoldo...

—¿Sí? —volteó arqueando las cejas.

El mago dejó lo que estaba haciendo.

—¿A qué estás jugando?

—¿Y eso significa...?

—Esa tipa no es Cecilia.

El mago no lo negó. Empezó a dar vueltas despacio por su casa. Galván le volvió a quitar el corcho a la botella y apuró otro trago. Los dos estaban transpirando. Sigala abrió la puerta y entró un aire húmedo con olor a ozono y palo de rosa. Miró hacia el oriente sin mover las pupilas por mucho rato.

—Tal vez —concedió al fin.

—¿Tal vez? —dijo aquél arqueando las cejas y en seguida soltó una carcajada—. ¿Estás bien de la cabeza?

—Son los ojos, nadie los tiene así. Y su cara. Aunque hayan pasado cuatro años. Es tan... descabellado. Pero es la verdad.

—Es una hermana —insistió el maestro de ceremonias.

—Aquella mujer no tuvo más hijas.

Galván se abalanzó sobre el mago. Lo asió de la camiseta y le dio una sacudida que lo sacó de balance momentáneamente. Soltaba chispas por los ojos.

—Leopoldo, pon los pies en la tierra. Nos estoy haciendo un favor a ambos.

El mago lo miró horrorizado.

—Pero los ojos, por Dios. Uno azul, otro café. ¿Sabes las posibilidades de que una persona, de su misma edad...?

—Ese Hitler... ¿no le inyectaba tinta azul a los judíos para cambiarles el color?

—No seas idiota. Eso no funciona —dijo Sigandrello zafándose.

—Pero esta muchacha es diferente. Cecilia era más bajita, también tenía el pelo castaño, pero más claro...

—Gabino —interrumpió el mago alzando los brazos—, la gente cambia. Fíjate en lo importante. La voz, los ojos. Se acuerda de Zulma... perdón, de doña Rosita. Y el otro día cuando la hipnoticé...

Galván giró sobre sus talones.

—¿Sigues haciéndolo?

Sigandrello se encogió de hombros.

—Yo también veo cosas que no me explico.

Galván se quitó la camisa manchada, la hizo bolita y la arrojó debajo de la mesa. El fresco de la noche en su panza peluda lo puso de buen humor.

—¿Y le preguntaste si...?

—No, no pude continuar. Primero tenía que quitarme otra duda. Se puso a llorar, no tuve corazón para seguir, pero a la próxima. Además, antes quería estar seguro de que todavía podía poner en trance a alguien. La próxima vez lo haré.

—Quiero que me invites. —Galván lo miró. Las ojeras se le hicieron más negras. Abrió un armario y se puso una camisa que apenas le cerraba.

—¿Y vas a ir con o sin pistola? —retrocedió Sigandrello.

Gabino miró fijamente a su amigo y se quedó callado. Se podía oír el tic tac del reloj.

La puerta se abrió de una patada. Los dos hombres brincaron y se pusieron blancos. Poco les faltó para abrazarse.

—¿Están bien, señores?

Era Hans, el alemán que hacía suertes con espadas. Por suerte tuvieron tiempo para recuperarse porque el viejo de ojillos transparentes empezó a toser como foca y a silbar con la garganta.

—¿Estás...? —preguntó el mago estirando el brazo.

—Déjalo que se muera —masculló Galván—. Creo que nos oyó.

—*Dieser husten... dieser verdammte husten!*

—¿Qué dijo?

—Lo mismo de siempre —dijo el mago levantando los ojos. Algo sobre su maldita tos.

—Bueno, ¿están bien? —insistió Hans cuando volvió en sí.

—Además de estar encantados con tu manera de abrir las puertas, no tenemos novedad.

—Galván —farfulló el lanzador de cuchillos y se acercó renqueando hasta la silla de su jefe—. Tienes las manos llenas de sangre —dijo despacio sin retirar la mirada.

Galván parpadeó varias veces. Ya se había puesto una camisa nueva.

—Estoy bien —la voz le salió más ronca y se frotó las manos—. Si oíste un disparo, es porque hace rato salí a ahuyentar a unos vagos. Querían robarse el dinero de la taquilla —infló el pecho.

—¿Tan temprano? ¿No sería Fred? Ese americano vividor. Vividor y con un secreto, algo con una de las muchachas —se volvió hacia Leopoldo y le guiñó el ojo.

Sigandrello retrocedió.

—Bueno, todos estamos bien, no pasó nada, falsa alarma. Ya te puedes ir —dijo Galván

secándose el sudor de la frente

El alemán se alejó arrastrando la pierna derecha, abrió la puerta para irse pero de pronto giró sobre sus talones.

—¿No estaban hablando algo sobre Cecilia?

—Tal vez —Sigandrello salió apuradamente de su rincón—. Aquí se habla de todo. —Le enseñó los dientes, pero la sonrisa le salió muy afectada.

—¿Y dónde está la muñeca, señores? —Los dos se voltearon a ver. El alemán apretó los dientes. Galván se metió la mano a la bolsa, donde traía la pistola, y el lanzador de espadas lo advirtió en seguida—. Es decir, ¿ya cuenta con casa entre nosotros?

—Se está quedando con Missy Bimbo —respondió el mago y fue a sacarlo de un empujoncito—. Gracias por venir, Hans. Duérmete.

El alemán encendió un cigarro con toda la calma del mundo y por fin se alejó hasta que se lo tragó la oscuridad, tosiendo como siempre.

—Deberíamos averiguar qué tanto sabe —dijo el dueño desinflando la panza—. No tarda en ir a buscarla.

—De acuerdo. El otro día lo vi rondando el carro de doña Toña. Por cierto, ¿quién le puso ese nombre tan ridículo? Missy Bimbo.

—¿No te sabes la historia? —preguntó Galván sin mostrar emoción—. ¿Qué hacía Hans en el carro de Missy Bimbo?

—Rondando a Cecilia, estoy seguro. No entiendo cómo le hace para que no lo agarre la tos cuando arroja los cuchillos en la pista —dijo el mago descansando el mentón sobre la mano—. Nunca falla una.

El Hombre Águila

Agustín Henderson movió los pies nerviosamente en el trampolín, agitó sus plumas negras y estiró los brazos antes de lanzarse a su caída libre de treinta metros. “Pies míos”, pensó, “ahora están tocando plano. Por favor, vuelvan a hacerlo”. Abajo se veía una mancha de color café oscuro y el circo a la izquierda del palo. Desde arriba se veían las banderitas de colores palpitando en el viento. Alzó los brazos y segundos después escuchó el eco de un aplauso. Oyó música, pero deformada, porque hacía viento y las notas se iban a los cerros; estaba esperando el momento de mayor dramatismo para saltar. Nadie había intentado brincar desde esa altura en México. Ya había unos locos en Estados Unidos que hacían casi el doble. Pero él era el Hombre Águila. Se acomodó el pelo, como en los viejos tiempos, le guiñó el ojo a la luna y flexionó las rodillas. Saltó.

Agustín era un hombre al que le gustaba volar. A los 15 años un cura le negó la absolución por tendencias suicidas: se había aventado desde el campanario de la iglesia. Cuando tenía 17 años se subió a un avión que Álvaro Obregón había usado en la Revolución contra los miembros de la División del Norte. Cualquiera hombre sensato se hubiera alejado de aquel montón de fierros grises pintados con la bandera mexicana y una M estilizada, pero Agustín pensó que aunque aquél fuera su primer y último vuelo, no importaría si experimentaba qué se siente volar. Se puso un cinturón inservible, se acomodó cadera con cadera con el piloto y empezaron a rodar a toda velocidad por un sendero abierto en medio de un campo de garbanzos. Cuando abrió los ojos, el horizonte de Sonora ya no era una línea plana. Estaba inclinado 45 grados a su izquierda.

—¿Eso que está abajo es lo que yo creo? —gritó con todas sus fuerzas jalándose el pelo, incrédulo.

—¿Qué cosa, Agus? —respondió el piloto sin quitar la vista del frente.

—Ese pedacito de lana allá abajo. ¿Es una nube?

—Eso mero, Agustín. ¿Alguna vez habías visto una al revés?

—¿Cómo al revés? —respondió viendo hacia arriba y luego abajo, al piso del avión, con los dedos temblando de emoción.

—O sea, abajo de ti. Siempre las vemos arriba. Ahora es al revés, como en unos minutos vas a ver las que están sobre tu cabeza.

El piloto señaló la capa de nubes gruesas que tapizaban de horizonte a horizonte el cielo veraniego.

—¿En serio vamos a subir tanto? ¿No se hará pedacitos el avión? —gritó Agustín.

—Vas a sentir una sacudidita —rió su acompañante—, pero no tan fuerte como las que te daba tu madre cuando no lavabas tus calzones.

Unos minutos después, el avión subió en espiral y volaron sobre una capa mullida de nubes violáceas que parecían la alfombra de un sultán. Agustín puso la mano derecha en la manija de la puerta.

—¿Qué chingados haces, Agustín?

—Quiero brincar. Me gustaría mucho correr encima de esa capa de nubes.

—Estás bien loco. Parecen sólidas, pero si te avientas caerías al suelo. Son puro vapor, como el

que sale de una olla.

En sus sueños, Agustín soñaba que volaba, siendo que el resto de los mortales pocas veces son bendecidos con esa buena suerte. “Son fantasías, hijo”, le decía su madre. “La gente no nació para andar por el aire, ni en sueños. Eso no es de Dios”. De Sonora se fue a Oaxaca donde unos americanos quedaron encantados por su habilidad para construir y reparar artilugios mecánicos. Tenía algunos estudios, pero sabía más por haber leído los libros de su papá, un coronel norteamericano con conocimientos de astronomía, ingeniería y matemáticas, que había calculado con precisión la fórmula para determinar la trayectoria de una bala de cañón. El viejo soldado había embrazado a su madre cuando tenía cincuenta y cinco años y ella dieciséis.

Un día Agus encontró un altísimo árbol cerca de Huatulco, y lo tomó como una invitación. Buscó por todos lados, pero las copas de los otros árboles le tapaban la punta. Su papá, uno de los mejores astrónomos de su división en Kentucky, le había enseñado a calcular la altura de un árbol midiendo su sombra. El anciano coronel no los había dejado. Contra lo que solía suceder en esos casos, Agustín creció para ver a su viejito dar su último respiro en los brazos de su madre, mientras ella le refrescaba la frente con un paño de la Virgen de Guadalupe, que ella misma había bordado para su agonía. Así Agustín había calculado que el ciprés medía 25 metros. En el pueblo lo habían llamado lunático, y eso no hizo más que darle energías. Si los demás le llamaban así, era porque tenían miedo, y el miedo es parte esencial del espectáculo.

El salto desde lo alto del ciprés no salió muy bien. Había dejado demasiadas ramas en el camino. Se rompió los dos brazos en varias secciones y cuatro costillas. Con el tiempo solidificaron de nuevo, pero los brazos le quedaron como echados hacia atrás y un poco levantados, como alas. Agustín se puso flaco porque comía poco, todavía había mucha hambre en México, y se le acentuó la nariz. Unos niños empezaron a decirle el Hombre Águila. También le empezaron a llegar las mujeres. Porque con lo atlético, la mirada inteligente y los brazos echados hacia atrás, como dos alas rotas ya sanas, en posición de despegar, adquirió el aspecto de una estrella de Hollywood. Valentino. Pero ni siquiera en los brazos de las mujeres, ni besando a la jovencita enamorada que tenía en Coyoacán, se sentía tan bien como en los sueños en los que volaba. Lo segundo mejor eran sus saltos mortales. La parte problemática era el pedazo de caucho con el que se amarraba la espalda y que tenía que jalarlo justo antes de que su panza llegara al suelo. Se lo traían de una fábrica en Cincinnati, pero las correas se desgastaban rápido, y mientras conseguía reemplazos, tenía que suspender sus acrobacias.

—Usted se va a romper un día la crisma con esos brincos, Agustín —le decía don Toribio, un vendedor de pollos de Cholula.

—Yo me voy a hacer rico un día con mis brincos, don Tori —sonreía Agustín con todos los dientes— y no me refiero a los centavos. Estos brincos me van a traer la felicidad que no dan ni el vino ni las mujeres.

Cuando cumplió treinta años conoció a Francisco Galván y al señor Carothers. Se habían traído un circo de Estados Unidos por tren: las carpas, los fierros, las jaulas, la idea del circo americano. Las estructuras, los artistas y los animales eran de Carothers, el resto lo había puesto Galván con dinero de un general de la Revolución.

—Oye, Hombre Águila, te queremos en nuestro circo. Tenemos alambristas checoslovacos, una mujer elefante, tragafuegos, equilibristas que andan por la cuerda floja, todo lo opuesto a ti: ellos luchan por evitar la caída, tu gozas experimentarla. Te vamos a pagar bien si tus saltos atraen la misma gente que la que reúnen cuando no cobras. Queremos a los papás de todos esos chiquillos.

El señor Carothers le dio una prenda de vestir cubierta de plumas de gallina, parecida a ropa de bebé, sólo que de talla adulta. Agustín metió las piernas, le abrocharon los botones de la espalda y se

miró al espejo. Soltó la carcajada. Parecía más un pollo deprimido que un águila. O una prostituta de Hollywood.

—Oye, cariño, ven aquí —le dijo a una jovencita delgadita y alta que iba cargando una cubeta con agua—, ¿sabes coser?

La muchacha se paró en seco y se quedó con la boca abierta. Aquel hombre no parecía mexicano. Era como de otro mundo. Tenía el alma de un águila real, los ojos de diamante y los brazos igualitos a los del águila de la bandera de México, como a punto de salir volando.

—Sí, señor.

—No me digas señor, cariño —rio Agustín—, no soy tan tan viejo. Tengo treinta años, ¿y tú?

—Veinte, señor —respondió ella bajando la cabeza con visible sonrojo.

—Ya en serio, dime, porque tengo un sexto sentido para las mentiras.

—Dieciocho.

—Eso sí será. Bueno, ¿sabes coser? Si te digo lo que quiero, ¿me lo haces?

—¿Como qué? —respondió la chica entornando los ojos.

—Un traje, mi amor. No pongas esa cara.

—Sí, puedo.

—¿Cómo te llamas?

—Antonia Reyna.

—Bueno, Toñita, sólo hay una parte difícil de conseguir. Voy a necesitar plumas. Pero plumas de cuervo. Entre más grandes, mejor. Necesito chiquillos que nos traigan cuervos, urracas, mirlos. Yo no conozco a nadie por aquí, pero tú sí. Corre la voz que voy a pagar diez centavos por cada cuervo grandote que traigan. Pero que ellos los desplumen.

—¿Para qué quiere cuervos desplumados? Eso no se come.

—No quiero a los cuervos, mi niña, sólo las plumas. Voy a necesitar cuando menos un costal. Y tú me vas a ayudar.

Antonia estuvo cosiendo durante más de dos meses. Ella era rápida, pero los cuervos, que al principio empezaron a caer a montones, pronto se dieron cuenta de que era temporada de caza y comenzaron a irse a otros lados. Los pájaros estaban escasos y los chiquillos cada día tenían que andar más lejos para usar sus resorteras. Por fin llenaron un saco con plumas negras. Agustín sacó las rotas, las que eran demasiado pequeñas y las que no parecían como la noche. Tenía una idea bajada del cielo de cómo quería lucir. Mientras tanto, había suspendido su número del Hombre Águila y se había dedicado a malabarear con pelotitas hasta que su traje estuviera listo. Toñita Reyna, que era bailarina, se pasó una semana trabajando de noche para Agustín. Con cada punzada que daba, suspiraba por su hombre pájaro con el pelo de zanahoria y ojos de diamante.

—¿Qué estás haciendo, Toña? —le preguntó Rosita, la mujer elefante del circo, un nombre cruel para una señora muy gentil a la que le habían empezado a salir tumores en la cabeza.

—Estoy cosiendo un traje —dijo la bailarina.

Rosita torció los ojos.

—¿Para ese gringo? Es un vividor, niña. Ten cuidado —dijo la mujer elefante advirtiendo con el dedo.

—No, Rosita, tú no entiendes —dijo Antonia frunciendo el ceño—. La adivina me dijo que iba a tener un hijo con él. ¿Cómo pudo saber mi deseo más oculto? Realmente es bruja.

Rosita se puso de pie con la ayuda de un bastón y se dirigió a la salida, meneando su grotesca cabeza.

—¡Jóvenes! —dijo alzando la mano sin voltear para despedirse.

Antonio Reyna contempló su obra. El día que se puso el traje, Agustín Henderson se veía como un ángel caído. Se miró en el mismo espejo de la vez pasada, y ahora, como había logrado lo que quería, sonrió con la satisfacción de un artillero que da en el blanco. Se puso limón en el pelo para hacerse un chonguito arriba y se lo aplastó a los lados de la cabeza; pero un mechón con forma de resorte cayó en su frente.

—No —lo detuvo Toña—, déjalo ahí. Se ve bien.

Se maquilló todo de blanco, incluso las orejas, luego se dibujó una especie de plumas de cuervo en cada ojo y se pintó los labios de negro. También se tiñó la mitad de los brazos, del codo hasta la mano, con polvos grises. Por último se metió en el taparrabos de plumas oscuras que Toña había confeccionado y se puso la pieza que más le gustaba: un peto corto donde habían puesto las plumas de las urracas más grandes. Eran de un negro casi azulado. Esta vez se veía temible, respetable, y no llevaba medias. Estaba listo, pero le faltaba algo. Entonces la bailarina se quitó el collar de encaje y perlas negras que traía en el pecho y se lo puso a Agustín en el chongo de la cabeza. Toña suspiró con la boca abierta y no supo si aquel ángel negro que habían hecho entre los dos le daba miedo o la hacía temblar.

—*You're a real bimbo, honey.*

—¿Qué dijiste? —preguntó Toñita.

—Que eres una mujercita muy bonita —respondió Agustín riéndose, y como Toña bajaba la cara, él la levantó con el pulgar—. Cada vez que te veo bailar tengo que ir a misa el domingo. —Toña se llevó ambos puños a la boca para taparse la risa—. Eres tan delgadita, pero calentita como el sol.

—Tú también eres un sol —respondió ya casi encorvada.

—No, Toñita, yo parezco todo menos el sol. Yo soy de la noche, tengo más que ver con la luna. Gracias por hacerme mi traje. Nunca lo olvidaré.

—No fue nada —dijo Toña como árbol de Navidad, poniéndose de mil colores, pero afortunadamente era tan morena que casi no se le notaba—. Lo que necesite, señor Agustín.

El hombre se le quedó viendo fijamente y se inclinó un poco hacia adelante.

—Necesito esto —dijo el pajarraco, y levantando otra vez el mentón de Toña, la besó en los labios.

Agustín volvió a palpar el último pedazo de metal antes de dar el salto de treinta metros. Era un Viernes Santo. Vio que Toñita, ahora su esposa de veinte años, corría a esconderse. Siempre hacía eso cuando se enojaba. Agustín ya tenía 33. “Este viernes Jesús subió a su trono que era la cruz; el Hombre Águila bajará a la Tierra entre las nubes”, dijo en voz alta, al fin que nadie lo oía. Extendió los brazos y se rio ante el grito de asombro que provocó abajo. Cuando abrió los ojos, estaba tendido en el asiento trasero de un camión Whippet y Toñita a su lado, llorando, agarrándole la mano. Se dio cuenta de que no podía mover el cuello. Del otro lado estaba el señor Carothers. Quien fuera manejando el vehículo tenía que ser un bruto, porque le dolían más los baches que los 206 huesos que se había roto.

—No te muevas, Agustín —gimió Toña, tragándose el llanto por la nariz.

—Después de todo, no era de tan buena calidad el nuevo caucho, ¿eh, *bimbo*? —sonrió Agustín, pero le dolió tanto alzar las comisuras de los labios que decidió no hacer bromas.

—*You're going to get well, buddy* —le dijo Carothers.

—Yo sé que no, George, me voy a morir.

Toñita le acarició su pelo cada vez menos rojo. En dos años se le había puesto pardo. La mujer pensó si sería ella la causa de que hubiera perdido aquel rojo amanecer que tanto la había impactado.

Cuando llegaron al hospital, Carothers se incorporó, se bajó del camión de un brinco y corrió al pobre edificio. Tendría suerte si encontraba aunque fuera un practicante.

—No lo mueva, Miss Tonya —dijo Carothers mirando sobre su hombro. Su cara estaba contraída en un gesto de horror. “¿Tan mal me verá?”, pensó Agustín. Una gota de sangre lo hizo parpadear. Sentía que tenía mil espinas clavadas en la frente, pero no podía moverse para comprobarlo.

—Toñita... —empezó a decir cuando se quedaron solos.

—No digas nada, mi hombre.

—Toña, déjame decirte algo...

—Si me hubieras hecho caso —dijo Antonia haciendo un puchero. Por fin las perlas que había en sus ojos escurrieron por las mejillas hasta convertirse en dos riachuelos, y finalmente en un llanto incontrolable—. ¡Si me hubieras hecho caso, mi Agustín!

—*My bimbo* —dijo el águila reuniendo sus últimas fuerzas para alcanzar la mano suave de su esposa—, ¿sabías que siempre vemos el mismo lado de la luna?

—¿Pero qué dices, querido mío? —lloró más, porque pensó que se había vuelto loco.

—Allá arriba también tienen día y noche —dijo Agustín Henderson. Toña lo miró con ojos de madre—. Pero en los polos de la luna hay unas montañas a las que siempre les da el sol. Los llaman Picos de Luz Perpetua; no importa la hora ni la época del año, siempre están soleados, por toda la eternidad.

—Sí, mi Agus.

—Ojalá no se te olvide. Sea de día o de noche, atrás del horizonte hay rincones donde invariablemente pega el sol. Yo encontré los míos vestido en alas de cuervo.

La puertita del camión se abrió y Toña vio al señor Carothers acompañado de un doctor y un enfermero que parecía todo menos humano.

—Bájenlo pronto. José, cárguelo y tráigamelo.

—¿Pero cómo así? Traigan una camilla —gritó Toña agitando los brazos, pero nadie le hizo caso. El ayudante del médico se subió al camión y cargó a Agustín como si fuera un montón de leña. Miss Bimbo escuchó todos sus huesos al despedazarse.

—Adiós, Toñita.

Agustín volteó los ojos hacia su esposa, usó sus últimas fuerzas para regalarle una sonrisa y rodar en los brazos del enfermero. Al hombre lo tomó por sorpresa. Agustín cayó de sus brazos. Ya estaba muerto antes de tocar el suelo.

La Virgen de Jalapilla

Era el mes de agosto. La jacaranda de diez metros proyectaba una generosa sombra sobre la sepultura. Cecilia se puso de puntitas para ver bien; aunque era lunes había mucha gente. Sólo alcanzó a ver una cruz de madera junto al arroyo. Ahí estaba la tumba de la niña que hacía milagros. Los huesos seguían enterrados donde los habían encontrado, sólo les habían construido un nicho de concreto y los habían tapado con un vidrio. Cecilia no quiso averiguar si habían acomodado o vestido el esqueleto, o si los huesos seguían regados y desnudos.

Al frente estaba orando un grupo de mujeres. Las beatas, a las que sólo se les veía el rebozo, estaban arropadas por una colosal especie de flor compuesta de cientos de ramilletes que la gente de los pueblos había ido a depositar. Algunas personas gemían. Un muchacho muy despeinado de unos 25 años pasó al lado de Cecilia y Missy Bimbo de rodillas, con tal determinación que pronto las rebasó, aunque ellas iban caminando.

—Es la virgen de Jalapilla —murmuró doña Toña y se secó una lágrima con el rebozo—. Pobrecita.

—¿Podemos ver? —preguntó Cecilia.

—Hay muchos esperando. Hace uno o dos años todavía se podía caminar. De un día para otro esto se empezó a llenar de gente.

—¿Por qué?

—Es muy milagrosa, mi niña —dijo la mayor frunciendo el ceño, como si acabara de decir una obviedad—. Yo no sé si esté mal venir a pedirle algo tan egoísta, algo con tanta vanidad.

—¿Su peso?

—Si, Cici. ¿Creerías que alguna vez fui delgadita como tú? Pero no es que me quiera ver mejor; el doctor dice que mi peso va a acabar por matarme. El año pasado subí veinte kilos. Ya ves, no me puedo dormir sin mis menjurjes. Hay días que no aguanto mis huesos. Si de veras concede favores, que me ayude a perder cuando menos cien kilos —dijo con toda la seriedad del mundo.

—¿Y está segura de que hace milagros, doña Toña? —preguntó Cecilia tomándola del brazo.

—Algunos, hija. Algunos sí. Un niño que no podía caminar se curó después de venir acá. Otra mujer se alivió de sus cataratas. Yo estaba aquí cuando pasó.

Cecilia suspiró y alzó los ojos, haciendo acopio de paciencia rodeada de tanto rezo. Prefería estar en el circo, pero el lunes cerraba y la gente iba a pasearse. Frente a ellas estaba una mujer con un vestido verde triste, sosteniendo a su hija. La muchacha tenía las piernas enroscadas de la rodilla para abajo. Tenía una joroba tan grande que de lejos se veía como si le hubiera salido otra cabeza en la espalda. En lugar de doblar la pierna hacia atrás, proyectaba la pantorrilla hacia adelante. Cecilia pensó que si le quitaran las muletas, podría andar en cuatro patas sin problema.

Se oyó el murmullo de unas plegarias y luego la mamá acarició la tapa de la tumba. No conforme, hizo que su hija se agachara para tocar el vidrio, cosa que le resultó sorprendentemente fácil. Cuando se inclinó, parecía un camello, una muchacha de cuatro patas. Si Galván estuviera ahí, se dijo Cecilia, la vería con cara de dinero y la metería al circo como “la Niña Camello”. Un billete con el calendario azteca por pasar a ver a la única mujer que puede correr en cuatro patas. En lugar de la

taquilla del circo, su madre estaba depositando el peso en un bote de chiles, en su nombre, para embellecer un pedazo de arroyo donde se había cometido una injusticia, pidiendo sanación y aceptación. ¿No estaba ya curada desde el momento en que era recibida con besos y rosarios en la mano? “Mi niña”. “Siempre rezamos por ella, doña Ernestina”. “Te vas a curar, hija, ten fe”. Al cruzar aquel pensamiento por su mente, Cecilia bajó los ojos.

Llegó su turno de tocar la tumba, pero cuando iba a hacerlo se le atravesaron dos personas con una camilla en hombros. Arriba iba una mujer muy rubia, chapeteada y gorda que sufría de enanismo. Depositaron la litera junto a la tumba. La mujer, que parecía muñeca, se sentó sin ayuda, sacó un rosario de coral de su delantal y empezó a mover los labios.

—Doña Toña, ¿no puede rezar desde aquí? Estoy cansada y se me hace que la señora chiquita va a tardarse.

—No, Cici, quiero acariciar la tumba. Tengo tres años viniendo, cada vez que el circo pasa por Orizaba. Aunque no la conocí, me siento bien nomás de ver que no está sola. Y yo tengo mucha gente por quien pedir.

Cuando al fin se pararon a unos centímetros de la tumba, Cecilia miró el vidrio. Ella había pensado que encontraría un altarcito o una lápida; cuando menos unos floreros de cemento. Fuera de la cubierta transparente, un par de veladoras y la cascada de flores de colores, no había más. Estaba metida entre las rocas. Su descubridor, un tal señor Ambrosio, había dicho que no la movieran, y la gente le había hecho caso. Supuestamente don Ambrosio sabía su voluntad. ¿Se le había aparecido en sueños?

Cecilia sintió que le pinchaban el brazo con un dedo.

—Es un peso —dijo una mujer que estaba sentada en un tapete con una lata de chiles al lado. El recipiente de cinco litros estaba casi lleno de moneditas y algunos billetes—. Pueden ofrecer más, si quieren.

Cecilia arrugó el entrecejo. Doña Toña sacó dos monedas de cincuenta centavos de su cartera de flores y las dejó caer. El cobre rebotó alegremente haciendo ruidos de alcancía. La mujer asintió y les indicó con la cabeza que podían pasar a ver la tumba.

—¿Usted quién es? —preguntó Cecilia.

—Soy la esposa de don Ambrosio. Todo lo que nos dejan es para flores y para mandarle decir misas. Nosotros no nos quedamos con nada.

Cecilia vio los huesos de reajo. La camilla los tapaba en parte y además no tenía ganas de examinar un esqueleto, pero se dio cuenta de que ya estaban muy ajados. Todavía tenían algunos jirones de ropa. La humedad se había condensado en el vidrio. Amontonados como estaban los huesos, o lo que quedaba de ellos, era imposible determinar la estatura que había tenido la muerta.

—Cecilia, ayúdame a hincarme —le dijo Missy Bimbo.

Apenas se había arrodillado doña Toña cuando un murmullo recorrió la cañada. Atrás venía un hombre flaco con sombrero que se persignaba cada tres pasos y hacía reverencias con la cabeza. Antonia miró sobre su hombro.

—Ése es don Ambrosio.

Los que estaban haciendo fila se hicieron a un lado para dejarlo pasar. Los ojos del hombre se humedecieron en cuanto vio la tumba.

—¿Cómo amaneció mi niña? —dijo como para sí mismo y se le quebró la voz. Sus ropas eran sencillas, las botas que traía debían de tener como quince años. Si Cecilia se había enojado por tener que poner un peso para ver la tumba, en ese momento supo que cuando menos a ese campesino no le interesaba el dinero.

Don Ambrosio se agachó para acariciar el cristal, movió los labios en silencio y se alejó. Cecilia fue corriendo tras él.

—Don Ambrosio —llamó—. Disculpe, ¿usted encontró esto?

El hombre se quitó el sombrero e inclinó un poco la cabeza. De la calva se le cayó una hoja.

—Sí, señorita, yo la encontré.

—¿Por qué dice que es milagrosa?

Estudió a Cecilia antes de contestar. Como vio que traía media cara cubierta con un rebozo negro, supuso que su duda era sincera.

—Yo tenía el vómito prieto y me curó. La noche que la encontré me alivié; al día siguiente ya estaba como nuevecito.

—¿Pero qué tiene uno que hacer? ¿Cómo se curó usted?

El hombre la miró de pies a cabeza y asintió.

—Mire, fue hace como cinco años. Yo andaba caminando por aquí, vomite y vomite, con escalofríos. Me vine al monte para no infectar a nadie, todo lo devolvía y me salía sangre en las heces. Me estaba desesperando y ya me quería morir, y me fui ahí a ese árbol. Y pensaba una de dos, o ahorcarme o aventarme al barranco. Son cuando menos diez metros de caída, señorita, entre puras piedras, no había forma de errarle. Y como no traía ni cuerda ni *juerzas*, decidí arrojarme al arroyo.

—¿Y vio a una niña muerta? —dijo Cecilia boquiabierta.

—Yo encontré los puros huesos. Era la mera época de lluvias y todo estaba lleno de lodo. ¿Usted es de aquí? —Cecilia sacudió la cabeza—. Pues aquí Orizaba es el lugar de las eternas aguas. Bueno, da igual. El caso es que los pies se me hundían. Y estando ahí abajo en la jacaranda vi que salía un hueso de la tierra, muy largo, así que no podía ser de perro ni de conejo. Y ya como última cosa que iba a hacer en la vida, me puse a escarbar con las manos pelonas y a quitar piedras. Y salió el cráneo. Una cabecita chiquita, completita. Yo me puse a dar gritos de espanto y corrí a mi casa, pero a la mañana siguiente amanecí como si nada, sin vómito ni calentura.

—¿Y quién es? —preguntó Cecilia.

—Eso sí quién sabe, señorita. Al principio la gente no dijo nada. Las mujeres empezaron a venir. Luego vino la policía y la sacaron. Los doctores hicieron sus estudios aquí mismo, no dejamos que se la llevaran. Escribieron en unos papeles que eran los huesos de una niña, y que tenían muchas cuchilladas. Por eso le empezaron a decir que la virgen. Por niña.

—¿La mataron a cuchilladas? —preguntó Cecilia haciendo un puchero.

—Sí. Si mal no recuerdo, le dieron más de sesenta. ¿Quién la mató y por qué con tanta saña? Nadie sabe. Pero el asesino no nomás la vino a tirar. Pudo haberla aventado al río, pero quiso enterrarla. Había ropa en la orilla del barranco, pero la gente se la fue llevando. Cuando la encontré y vieron que estaba curado, le mandaron decir misas. La gente le trajo flores. No sabemos quién es, pero sí hace milagros. Una señora de Córdoba vino con polio. Ya no podía ni tragar la comida. Dicen que en cuanto tocó los huesos se curó.

—¿Dicen?

El hombre calló un momento. Le dio a Cecilia la oportunidad de volver a oír los rezos al fondo, como el zumbido de un panal.

—Yo no estaba ese día, pero todo el mundo lo sabe. Si no, ya no vendría la gente, ni habría tantísimas flores. Todos se acuerdan de ella, doña Julia. Ella le mandó decir una misa en San Miguel Arcángel. Me dicen que la semana pasada se curó una niña con sarampión.

—No sé —murmuró Cecilia y volteó sobre su hombro para ver si doña Toña ya había acabado de rezar; tenía que ayudarla a pararse—. Es una historia muy triste. Deberían ponerle una cruz.

—Sí tiene cruz, yo se la hice —replicó el hombre con la dulzura de un padre, y Cecilia sintió ganas de abrazarlo—. Nomás son dos palos amarrados con un mecate, pero está bendita. Vino el padre de San Miguel. ¿Y usted por qué problema de salud vino? ¿Por el ojo azul ése?

Cecilia se clavó las uñas en las manos. Ahora sentía ganas de matarlo a mordidas. Para suerte de don Ambrosio en ese momento se oyó la voz de Missy Bimbo.

—Tengo que irme. Deberían llevar esos huesos a un panteón, no dejarla ahí. Tiene que estar en un lugar sagrado.

La mujer gorda y Cecilia se subieron al autobús y se fueron calladas casi todo el camino. La más joven iba concentrada en el paisaje de construcciones de adobe. Todavía estaba enojada. Antonia se dio cuenta porque traía el ojo izquierdo tapado con la melena. La miró de reojo tres veces hasta que ya no aguantó la curiosidad.

—¿Qué tienes, Ceci?

—Nada —respondió mirando hacia otro lado.

—Uy, eso se oye grave.

—Ese hombre, don Ambrosio, me recordó al mago. —Missy Bimbo aspiró y volteó al techo del autobús. ¿Para qué había abierto la boca? Se fueron sin hablar otros diez minutos. —Y bueno, ¿funcionó? —dijo por fin Cecilia.

—Pues sigo igual de gorda —dijo Bimbo sonriendo—. Pero me siento ligera y hasta un poco guapa, tanto que se me antoja...

—¿Qué cosa?

—Algo que empieza con C.

Cecilia abrió mucho los ojos y soltó la carcajada.

—¿Eso?

—Sí... comida —rio Antonia Reyna y todo su enorme cuerpo se movió como gelatina—. Ríete, niña. Si no hay milagros, queda una de dos: reírse o llorar. Y si no, ¿qué importa? Yo todavía pienso que voy a lograr algo muy grande en esta vida. La próxima semana cumplo 54.

—Deberían preocuparse por saber qué le pasó y quién la dejó ahí —Cecilia otra vez frunció el ceño y se apretujó contra su bolsa.

—¿Y tú? ¿Le pediste algo a la niña? —preguntó Missy Bimbo torciendo los ojos.

—Sí. Estar en el lugar de ella, rodeada de flores, que me vieran bonita aunque fuera un montón de huesos podridos. Y con fama de santa.

La Virgen de Jalapilla II

Una camioneta Chevrolet 1958 dio la vuelta hacia la Alameda Central de Orizaba y el conductor encendió el interruptor de la bocina empotrada en el techo. Una borregada de chiquillos con la espalda morena empezó a correr frente a la camioneta a todo lo largo de la calle, brincando y agitando los brazos. El señor Galván tomó aire y el micrófono al mismo tiempo.

—Señoras y señores, niñas y niños. Se va. Últimos días del Circo Americano de México en la ciudad de las aguas eternas, el único con las más inverosímiles atracciones. Última semana en Orizaba. No deje de ver al asombroso Zambini el Volador y su número del hombre bala; Hans el lanzador de cuchillos; Sansón, el hombre más fuerte del mundo. Elefantes, leones sin melena traídos directamente de Asia, jirafas de África, camellos de Arabia y Oliver, el rinoceronte. No se los pierda. Los perritos amaestrados del payaso Jackwisp, nuestra caja de sonrisas. Cecilia, la muñeca de dos caras, tan ligera como una pluma, tan rápida como una bala. Y la espectacular princesa Margarita, que puede girar su cuello como una lechuza. Para los fuertes de corazón, la impresionante y aterradora bestia humana. Usted la ve bajo su propio riesgo. Sólo en el circo Americano de los hermanos Galván y Carothers; que no, no son hermanos, pero juntos inventaron el más grandioso espectáculo de los dos lados del Río Bravo”.

Una caravana de carros empezó a salir de atrás del cerro del Borrego y marchó a lo largo de la Alameda, rumbo al centro, hacia la catedral de San Miguel. Atrás del vehículo de colores del señor Galván, con la cara de Bozo en las puertas, iba Missy Bimbo sentada en un sillón de paja que la hacía ver más gorda, resguardada del sol por una tela blanca sostenida con palos. Saludaba a la izquierda y a la derecha y de vez en cuando le aventaba un puño de yerba a algún chiquillo que se burlaba de más. A sus espaldas iba el Hombre Bestia, Saulito, encerrado en una jaula, tirando zarpazos, como si fuera más animal que humano. Todos los niños corrían hacia adelante y hacia atrás de la procesión, siempre para estar junto a la jaula de Saulito y hacer montón; todos querían darle la mano. Al pasar junto al afrancesado edificio del ayuntamiento, Saúl Remedios le sacó y retorció la lengua a una mujer que le dio un manazo a su hija por haberlo saludado de mano. La señora se santiguó y se perdió entre la gente con todo y niña.

Aunque el circo tenía su orquesta, formada por la misma familia desde hacía treinta años, de la bocina salía música de un disco del que la aguja se despegaba en cada bache, pero era tal el alboroto que a la gente no le importaba. A la mitad del desfile los malabaristas marchaban a pie y se detenían para hacer su número, tras lo cual corrían para subirse al carro de los acróbatas. Los gimnastas brincaban y se columpiaban sobre una plataforma con barras verticales y réplicas de los columpios del circo. Entre todos, llamaba más la atención Cecilia, que iba con el cuerpo cubierto de polvo dorado desde los pies hasta la raíz del pelo, incluyendo los párpados, los labios, las uñas y un bikini que casi no se notaba. Frente al parque Castillo algunos turistas salieron a los balcones de los hoteles para ver a Sansón el hombre fuerte, bajito como un niño, levantando un elefante bebé con las orejas caídas; una cuadra en el aire, dos abajo. A la altura del templo de Nuestra Señora del Carmen el traguafuegos se echó un buche inflamable a la boca y expulsó una bola de lava. Hans, Timoteo y Fred conducían vehículos abarrotados de chiquillos, no todos anónimos: algunos eran los hijos de los

cirqueros. Los más grandes iban corriendo y le aventaban a Hans bolitas de excremento de la jirafa, le sacaban la lengua a Missy Bimbo y le enseñaban los bíceps a Sansón. Los muchachos le chiflaban a Margarita, la que doblaba el cuello, y los señores que iban con sus esposas disimulaban cuando pasaba Cecilia, bajándose el ala del sombrero.

A Sigandrello le gustaba mezclarse entre la gente, regar información, exagerar, oír las críticas, callar a los automovilistas que maldecían por el desfile, ver qué le gustaba más a la gente. Su especialidad era mistificar.

—Yo los vi en Córdoba —le dijo a un hombre torciendo la boca—. No tienen muchos animales, pero hay un mago que debe de ser más bien brujo. Mete a una mujer con bikini a una cabina, la tapa con una cortina, cuenta hasta tres, quita la cortina y ya no hay nada, nomás el puro bikini en el suelo. También hay un tipo que le avienta cuchillos a una muchacha pegada a una tabla. Ah, el mago también sabe partir en dos a una mujer, pero sin tajarla. Se ve cómo la rebana.

—¿Apoco se ve todo? —preguntó un muchacho de unos quince años.

—Sí, la acuesta en una caja de donde sólo salen los pies y la cabeza, y antes de pasarle el serrucho abre unas puertitas, y separa la caja tanto así —dijo Sigandrello apartando las manos un metro.

—¿Y la muchacha se muere?

—No, el mago vuelve a juntar la caja y la muchacha sale como si nada.

—Pues que nos libre Dios de ese mago —dijo un señor dándole un empujoncito a Sigandrello—, apenas aguanto a mi mujer, imagínese la partida en dos.

A Leopoldo no le hizo gracia.

—El mago de ese circo también hipnotiza a la señorita que iba pintada de dorado y la hace caminar entre la lumbre.

—¿A ésa es a la que parte? —repuso el muchacho entrecerrando los ojos—. Entonces ya me sé el truco. Lo que meten a la caja es una estatua de oro.

Sigandrello torció los ojos y se fue dando zancadas hacia el carro del señor Galván cuando éste pasaba frente al templo de la Concordia. Hans, conduciendo dos lugares detrás, entrecerró los ojos, meneó la cabeza y volteó a ver si veía a Cecilia, pero un camello y el carro de los payasos le tapaban la vista. El mago se sentó junto al pregonero y se limpió el sudor con un pañuelo, que salía a chorros debajo de su sombrero de copa. Galván no dejó que se lo quitara hasta que terminara la procesión en los alrededores del panteón municipal. De ahí tomaron la carretera a Puebla. Los niños, con la lengua de corbata, habían dejado de corretearlos muchas cuadras atrás.

La función de la noche terminó una hora más tarde. Todos se fueron a dormir temprano por el desfile. La luna desinflada sacó su lado oscuro atrás de un cerro y la punta del cigarro de Hans zigzagueó como una luciérnaga loca en la noche. Con cada ataque de tos su boca se convertía en la chimenea de una locomotora. Sus labios eran casi inexistentes, lo cual acentuaba su permanente mueca de resentimiento. Con el tesón de un escarabajo, escaló la pendiente sin detenerse hasta el carro pequeño rodeado de macetas y latas con flores de tronadora. A pesar de años de terregales y lluvia, el dibujo de la mujer más gorda del mundo seguía resaltando incluso de noche, tal como la había puesto en 1950 un artista pueblerino, obsceno, con un sostén diminuto, con la panza derramada. Una ventana de madera aleteaba enérgicamente al ritmo de una marcha. Sin hacer ruido, Hans cojeó hasta el tráiler y metió la nariz por el agujero, como el pico de un cuervo. Sus ojillos de color insípido pasaron por el interior de la casa sin encontrar señales de vida. “¡Qué raro!”, pensó moviendo los labios como un caballo. Entonces miró hacia arriba y vio que todo el tiempo habían estado enfrente un par de ojos colgando del techo.

—*Mein Gott!* —Retrocedió arañándose el pecho. Cecilia estaba de cabeza. Cuando vio que había cumplido su propósito, se descolgó de un tubo—. Je, je, je —el lanzador de cuchillos se rió como la bruja de un cuento—, no por nada te decían la niña estrella del circo.

—¿Qué quieres?

—En la mañana parecías una estatua de oro, eras el deleite de los ojos masculinos y le aventabas besos a los niños. ¿Y ahora como te encuentro? Entre las sombras, colgada como un murciélago, burlándote de mi ceguera.

—Tú no estás ciego —Cecilia chasqueó con la lengua—. Si hay alguien en este circo que puede ver un cabello flotando a diez metros, ése eres tú.

—En realidad, podría aventarle el cuchillo y clavarlo en la pared, niña —dijo guiñándole el ojo—. ¿Por qué querías asustarme?

—¿Por qué vienes a meter las narices por mi ventana? —dijo Cecilia sin quitarle los ojos de encima.

—Vaya con el genio tan vivo de la niña —rió Hans nuevamente entre ataques de tos—. Tu problema es que no sabes distinguir las buenas intenciones de las malas. ¿No será que eres ciega de un ojo? ¿Cuál es? ¿El azul o el café?

Hans se llevó una mano a la boca en señal de arrepentimiento. Cecilia corrió a la cocina y agarró un jarro para aventárselo a la cabeza.

—Espera, déjame primero decirte a lo que vine —respondió el hombre estirando los brazos—. Si me partes la cabeza nunca vas a saber por qué tienes amnesia; por qué por más que tratas de acordarte de los últimos cuatro años, sólo te topas con un agujero negro. Yo te puedo decir.

Cecilia se paró en seco. Dejó el jarrón en la mesa y se echó una chal sobre los hombros.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó dando dos pasitos hacia el frente, distancia suficiente para seguir fuera de su alcance.

—Y no es bonito —farfulló el alemán encendiendo otro cigarro y alzando una ceja.

—Vamos afuera—dijo Cecilia apretándose el chal—. Estás llenando mi casa de humo.

Una corriente azotó la ventanita de madera contra la cabeza del viejo, sin hacerle daño.

—*Mein Gott!* Como quieras, pero la lluvia no tarda. Y ve, mujercita, va a haber tormenta. ¿Has oído esa canción? Cuando veas cielos rojos de noche, marinero duerme tranquilo. Cuando veas cielos rojos de mañana, marinero, prepárate. En alemán suena mejor —torció la boca e hizo un ademán con la mano—. En la mañana el cielo...

—¿Qué sabes? —gritó Cecilia jalándose el pelo, dando vueltas afuera de su tráiler.

Hans se rio otra vez como bruja. Su risita era contagiosa, pero sonaba más como el canto de un pájaro hambriento que como escape a su buen humor.

—Lo mejor que puedo aconsejarte —la miró con el ojo que no tapaba el humo del cigarro— es que te vayas de aquí. Agarra tus cosas, búscate otra vida. Vete a la ciudad como tu amiga Matilda. No te despidas de nadie. Y sobre todo, asegúrate de que no se entere Galván. Mucho menos el mago.

—Tú me das miedo. —Cecilia lo señaló con el índice y frunció el ceño.

Hans retrocedió pero las comisuras de sus labios se levantaron: el dedo de Cecilia estaba temblando.

—¿Yo? A quien debes tenerle miedo es al hipnotizador; no me gusta que manipule a la gente, según él para ver su inconsciente —gruñó acercándole la punta de la nariz. Cecilia contuvo la respiración para no oler el tabaco—. ¿Sabes lo que le hizo a Margarita cuando la puso a dormir? Dicen que sació ciertas pasiones con ella. Bueno, eso no importa. Me importa más lo que Leopoldo y Galván le hicieron a Ceci.

—¿Qué me hicieron? —parpadeó varias veces y lo miró de pies a cabeza. Hans no contestó, pero la expresión que puso hizo que su estómago hiciera un ruido raro.

—¿Quieres saber qué hicieron? —repuso con gesto de asco—. Algo que los metería a la cárcel. —Encendió otro cigarro sin filtro con los restos del anterior, pero lo había consumido en exceso y se quemó los dedos. Se le escapó una maldición en su idioma—. ¿Oíste un disparo la otra noche?

—¿Fue un disparo? —dijo Cecilia abriendo los ojos y abrigándose con los brazos.

Hans Kirchgatter vio que un relámpago coloreaba a lo lejos un cúmulo sobre la montaña, como si fuera un algodón de azúcar. Se frotó los labios y volteó a ver a Cecilia, arrugando todavía más su cara de gárgola. ¿Estaba a punto de llorar?

—Si supieras la verdad te volverías loca.

—¿Pero qué puta verdad? —gritó Ceci levantando los brazos—. ¿Por qué desde que regresé a este pinche circo todo el mundo me ve raro? ¿Por qué Galván me ve como si tuviera lepra?

—Te lo voy a decir, pero me tienes que prometer —dijo Hans levantando un dedo— que agarras tus cosas y te vas.

—¿Qué?

Dejó de dar vueltas y volteó a verlo acomodándose el pelo detrás de la oreja. Lo sintió húmedo, lleno de tierra. El manto de nubes por fin se rasgó en medio de los dos y empezó a dejar caer gotas del tamaño de una moneda.

—Te contaré todo —recalcó Hans—. Cuando sepas me vas a entender. No se trata de darme gusto. Te estoy gritando que viene el lobo.

—Pero el niño que gritaba que ahí venía el lobo estaba jugando —dijo Cecilia frunciendo las cejas.

—Pero al final sí hubo un lobo —respondió Hans. Ahora su mirada era de súplica—. Muchacha, no somos grandes amigos, me pareces presumida y arrogante, me gustaría amarrarte en la tabla, aventarte un cuchillo y equivocarme un poquito —dijo sin dejar de verla—, pero esto es diferente. Te estoy haciendo un favor. —Hans se adelantó y la apretó del brazo. Esta vez Cecilia no respingó—. Galván y el mago no aprendieron nada. Van por el mismo camino. Y te van a usar.

—¿Vas a decirme o no? —dijo Cecilia alzando los ojos.

—Sigala te estaba tratando de hipnotizar el otro día —dijo el viejo levantando la mirada.

—Sí. Estaba tratando de hacerme recordar...

—Ay, la inocencia. Apetecible como una niña, porque ofrece tantas posibilidades de explotarla —dijo el viejo. Cecilia lo miró sin entender nada—. Sígueme —exclamó dándose la vuelta y haciendo una seña. Aventó su cigarro sin terminar y lo aplastó con la bota.

—¿A dónde?

—¿Confías en mí o no? —dijo Hans mirando sobre su hombro. Aunque estaba viejo y feo, Cecilia pensó que esa cara alguna vez había sido amable y atractiva—. Vamos al pueblo, mañana no podré llevarte. Tenemos que aprovechar hoy que todos salieron.

Cecilia dudó por un momento. El viento había empezado a ulular y a escupirle en la cara. Hans iba a paso veloz hacia su viejísima camioneta color cereza, reluciente como si la hubiera comprado la semana anterior. Mordiéndose los labios, apuró el paso y caminó por el llano hasta la otra puerta del vehículo. Se fueron por el camino de tierra que iba a Orizaba, pero antes de llegar Hans dio una vuelta a la derecha. Cecilia siguió frotándose las manos sin darle importancia. Después de pasar un bache el conductor fue atacado por otra de sus rachas de tos.

—*Dieser husten... dieser verdammte husten!*

—Sí, sí, justen. Salud.

Ceci limpió el vidrio con la mano para ver si distinguía el camino. Casi no se veía nada; parecía que iban atravesando una nube por una senda llena de plantas frondosas. La joven tragó saliva y miró al viejo de reajo. ¿Podría dominarlo en caso de que...?

—Ahí está —dijo éste moviendo cabeza. Su mandíbula inferior se adelantó en un gesto de triunfo.

Cecilia abrió la puerta y sacó un pie para tantear lo firme del terreno. De inmediato la lluvia le envolvió la pierna como una media de red. No podía quitarse de la cabeza que Hans era fuerte y sabía usar los cuchillos. Quién sabe qué podía hacerle en aquellas soledades. Se reía como bruja, ¿pero no había aprendido ella que los monstruos solían ser, si no los más buenos, sí los más honestos?

Cecilia gritó. Enfrente de ella estaba una colosal jacaranda. El agua se le metió a la boca. Las piernas se negaron a moverse.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella.

—¿Todavía no te imaginas?

—Aquí estuve hace dos días con doña Toña.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —volteó Cecilia—. ¿Nos estabas espiando?

—Perdóname, te estoy haciendo un favor. Si viniste con la gorda... y le digo así de cariño; somos viejos amigos... si viniste con ella, ya sabes qué hay debajo de ese árbol.

Cecilia vio a Hans caminar hasta el tronco como en cámara rápida; de pronto ya estaba a unos metros de ella mirando el suelo.

—Es la Virgen de Jalapilla, una niña que encontraron muerta ahí. —La acróbata se acercó con el chal en la cabeza.

—Qué curioso que la hayan convertido en eso —se carcajeó Hans y de pronto Cecilia, sin saber por qué, se sintió humillada—. Ni niña ni santa. Es la hija de una prostituta.

—¿Tú sabes de quién son los huesos? —Ceci se quedó boquiabierta.

—Sí, claro que sé, y también Galván y Sigala. Nada más esas tres personas saben y ahora vas a formar parte del grupo. ¿Quieres que te diga? Ésa que ves ahí —levantó los ojos como dos ágatas— es Cecilia Batín, la muchachita que se escapó del circo. Bueno, ésa es la versión oficial. Pero la verdad, tu puta verdad, como dijiste hace rato, ellos la mataron.

—¿Quién la mató? —dijo ella parpadeando y caminando hacia Hans en automático.

—Sigala.

—¿Sigandrello mató a la virgen de Jalapilla? —repuso Cecilia con cara de no entender nada.

—A Cecilia Batín —corrigió el alemán—. La mataron en el circo. Galván le ayudó a subirla al coche y a enterrarla junto al arroyo. ¿Cómo lo sé? Porque los vi, y los seguí. No quería que se salieran con la suya. Iba manejando con las luces apagadas, muchacha, siempre estuve a unos metros de distancia. Aquí se bajaron y cargaron el cuerpo gritándose como gatas en celo. Si no me equivoco incluso se pelearon a golpes. Hicieron un hoyo. Como el cuerpo no cabía brincaron sobre ella. La taparon con una tela, le echaron tierra, ramas, y se fueron todavía gritando. Yo estaba más o menos donde está ese arbolito, pero no me vieron; no hubieran visto ni a Lázaro resucitando. Siento que no me crees.

—Ni por un segundo —repuso Cecilia poniéndose pálida y apretándose el chal.

—Bueno, niña —sonrió Hans—. Te voy a decir la manera más fácil de comprobarlo. Pregúntaselos. Párate frente a ellos y diles la historia que acabo de contarte. Tú sabes, las bocas pueden mentir, las caras no. A Galván le tiembla el labio inferior cuando se pone nervioso, ¿te has

fijado? Leopoldo es transparente. Va a doblarse. ¿Pero qué va a pasar contigo después? ¿Oíste el disparo de anoche? Cecilia está muerta. Ésos son sus huesos. En cuanto a ti, tengo una sospecha, pero admito que no tengo idea de quién eres.

Timoteo el Chiquilín

Cecilia levantó la pierna derecha y formó un ángulo casi perfecto de noventa grados con la cama. A partir de ese momento, pensó, su misión sería desenmascarar a quienes la habían asesinado. Sus ojos se quedaron fijos en el dedo gordo del pie. Ya casi se le había caído toda la pintura dorada. Naturalmente, había que averiguar qué motivos podían tener Galván y el mago para haberla matado y quebrado todos los huesos brincando sobre su cadáver. Que ella supiera, jamás les había hecho daño. La sábana se sentía pegajosa, pero no hacía calor. La lluvia había impregnado la noche de perfumes y el agua se había metido a su cámper.

Pero su problema era la muerta. La tal Cecilia Batín. ¿Qué clase de alimaña sería? ¿Y quién era ella entonces? Un rincón del techo de su casa lagrimeaba a través de dos goteras. Lo raro era que ella tuviera los recuerdos de la chica muerta. ¿Cómo se habían metido en su cabeza? Y por lo visto, también tenían una apariencia casi idéntica, los mismos ojos. Según un doctor de Veracruz, su caso era único en un millón. ¡Qué cosa más inusual! Un trueno atrás de los cerros la sacó del pozo; se estaba quedando dormida. Sus dos piernas estaban reposando en la cama, muy abiertas. Sus pensamientos ya no seguían un orden. Dio las gracias al cielo porque había temido que tendría taquicardia toda la noche. Se jaló la cobija hasta la cadera y cerró los ojos para dormirse.

La mañana se saturó de gorjeos. Los rayos de junio se asomaron por el volcán e incendiaron las melenas de tres leones que trotaban en círculos en su jaula. Cecilia también despertó temprano. Su primera decisión fue no contarle nada a nadie. Salió a caminar y vio a lo lejos la ciudad de Orizaba y unas mariposas amarillas recortadas contra la nieve del Citlaltépetl. Se preguntó si debería empacar e imitar a su predecesora. Sin darse cuenta se había puesto ropa para salir, una falda larga rosa con encajes y una blusa azul sin mangas. Si se lo proponía, podía estar lista en diez minutos. Ya después se encargaría de resolver lo de su identidad. El domador y Fred Warren pasaron frente a ella conduciendo una hilera de elefantes. Los dos voltearon a verla, arquearon las cejas y sonrieron exactamente al mismo tiempo, como siameses. Warren, muy orondo en sus pantalones anchos, se tocó la punta del sombrero y siguió cantando algo triste que Cecilia le oía últimamente.

*The circus is coming to see you,
the elephant smiles.
Everybody can see you
say that's out of style.*

Los dos hombres de edad se veían respetables, como dos banqueros paseando a sus mascotas por la mañana, entre los tendedores de ropa. La ciudad que la había vomitado la volvió a saludar desde lejos. Pero se acordó de Missy Bimbo, a la que ya había dejado una hija, y sin pensar se dirigió hacia la carpa donde Timoteo estaba pegándole a un saco. Tenía puestos los guantes de boxeo. Cecilia frunció el ceño.

—¿Estás practicando solo? —preguntó. Timoteo volteó y la vio sobre el hombro con el pelo ensortijado por el sudor. Se alejó de la mujer, acercándose al costal y empezó a darle golpes más

fuerzas en la parte de abajo. Con cada puñetazo se le escapaba un quejido—. Timo, ya. Para eso.

—¿A dónde fuiste anoche con el alemán? —dijo él dándose la vuelta y dejando que el sudor hiciera su trabajo.

—¿Me estabas espiando? —Cecilia parpadeó tres veces—. Necesito contarte algo. ¿Por qué piensas mal?

—¿Con Hans? ¿A media noche? ¿Al campo? —gruñó, y se dio la vuelta para seguir aporreando el saco. Soltó dos de tres golpes.

Los huesos de la Virgen de Jalapilla seguían pudriéndose en la mente de Cecilia, y por eso no midió el peligro.

—Timoteo —dijo y le puso los dedos en el hombro.

Timmy giró sobre sus talones y le soltó el tercer puñetazo en el pecho.

—¿Qué quieres? —gritó. Cecilia cayó dos metros adelante, boca abajo. Quedó con la falda enredada entre las piernas y las manos abiertas sobre la tierra. El boxeador se puso blanco y se quedó con los brazos flexionados, congelados en el aire. Su cara se deformó en un gesto de horror—. Cecilia...

—Déjame, bastardo. —Ceci se sentó con la cara encendida, pero estaba intacta.

—Cecilia, nunca... —la frase quedó a medias por una bofetada. Tim pensó que ni su madre, que había sido fornida, ni siquiera Bimbo, pegaban tan fuerte. Ceci se puso de pie y retrocedió, pero no se fue corriendo como el muchacho temía. Timo dio un paso adelante.

—No vuelvas a tocarme —Cecilia estiró el brazo con la mano abierta.

Tim se detuvo y acató la distancia de dos metros que se había abierto entre los dos, aunque en ese momento se sentían como dos kilómetros. Decidió que lo mejor era no acercarse. Esperó a que su respiración se calmara, que el sudor dejara de caerle a chorros y que el color blanco rosado volviera a la cara de Cecilia. El fresco de la mañana ayudó a que todo ocurriera con rapidez. Los ojos se encontraron y de pronto Timoteo estaba abrazándola suavemente.

—No voy a hacerte nada. Perdóname.

—Fue mi culpa, no debí haberte puesto la mano en el hombro cuando te estabas peleando con tu miserable vida.

—Sí —dijo Timmy bajando la cabeza—, es un asco de vida, y más si estás con ese viejo verde.

—Tanto golpe te hizo puré el cerebro —le dijo Cecilia zafándose del abrazo—, si me prestas un minuto de tu atención y me prometes no volver a romperme las costillas, vas a entender. Tal vez hasta dejes de estar interesado en mí.

—¿Tiene que ver con Hans? —Tim sonrió tristemente.

Cecilia volteó hacia la entrada y se mordió los labios.

—Nadie puede oír lo que voy a contarte. ¿Dónde está Sigandrello? No quiero que nos oiga. Si tú te diste cuenta de que salí con Hans, es posible que él también nos haya visto.

—¿El mago te hizo algo? —dijo Tim meneando la cabeza, sintiendo imposible que Leopoldo la dañara.

—Sí —dijo Cecilia haciendo un puchero—. Bueno, no a mí. Pero casi. Parece que entre él y Galván —Cecilia se acercó a la oreja del boxeador y susurró— mataron a alguien.

Tim se quedó viendo el suelo un rato como digiriendo lo que acababa de oír.

—Galván lo único que mata son perros callejeros —dijo—. No lo creo capaz.

—Es en serio —dijo Cecilia tocándole el brazo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro años.

—¿Y cómo lo mataron? —dijo Tim poniéndose una camiseta y caminando en círculos.

Cecilia alzó los ojos.

—¡Pregúntame a quién mataron!

—¿A quién mataron?

Cecilia se sobó el esternón.

—No te lo diré —rezongó. Parecía que iba a llorar.

Tim inhaló profundamente y se abrazó la cabeza.

—Soy un imbécil. Perdóname. ¿A quién mataron?

—¿Tienes coche?

—Está descompuesto —respondió Tim poniéndose rojo.

—¿Puedes conseguir uno? Hans me enseñó la tumba. Pensaron que nadie la iba a encontrar.

—A ver —dijo Timoteo sentándose—, más despacito. Hans te dijo que mataron a alguien y que sabe dónde está la tumba. Hubo un crimen y Galván y Sigala son los matones. —Cecilia se rasguñó la cara con ambas manos—. Sí, puedo conseguir un coche. Le puedo pedir su Impala a Zambini. ¿Y hay pruebas de esto que dices?

—A eso salimos Hans y yo anoche. Una tumba, que es más bien un hoyo en la tierra. Adentro hay unos huesos y cosas pero...

—¿A quién mataron? —gritó Tim poniéndole las manotas en los hombros. Cecilia dio un brinco.

—Te lo diré en el coche.

En el camino de tierra que iba a Jalapilla, Timoteo frenó bruscamente el Impala de Zambini y Cecilia metió las manos a tiempo para no salir volando por la ventana. El coche patinó, dio media vuelta y quedó con las llantas traseras dentro de una zanja. Tim tenía los ojos fijos en la mujer que iba a su lado.

—¿Eso te dijo Hans?

—Ya sé, es una locura, pero ¿y si fuera cierto? Yo pienso que esto está relacionado con mi completa falta de memoria durante los últimos cuatro años.

—Y si Cecilia está muerta, ¿tú quién eres? —preguntó Tim acercándose a un milímetro de su cara.

Cecilia se mordió las uñas y le agarró la mano.

—Timmy, ¿qué motivo tiene Hans para mentirme? No es simpático y fuma mucho, y cuando le agarra esa tos nos vuelve locos; pero si lo hubieras visto ayer, parecía que de veras estaba preocupado por mí. Trata de no ver su decrepitud, eso hace que te burles de él sin analizar las cosas. ¿Has visto la foto que tiene en su ropero? Era guapísimo de joven. ¿A él sí le creerías? Bueno, imagínate que es ese muchacho quien te lo dice. ¿Por qué una muchacha de 18 años dejaría lo único que tenía sin decirle adiós cuando menos a Toña? ¿Por qué de un día para otro desaparece sin dar explicaciones? No tenía familia, no sabía trabajar en otra cosa que no fuera el circo, piensa en eso. Si se hubiera robado dinero o joyas, entonces pensaríamos que fue una ladrona, pero no se perdió nada que yo sepa. Si ellos la mataron y Dios me dio los recuerdos de una pobre alma en pena, tengo que hacer que se sepa la verdad y sacar esos huesos de ahí.

Tim se rascó la cabeza. Alzó la cara y otra vez inhaló hasta el fondo.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Una noche en el circo, aquí en Orizaba, lloviendo, caminando a la casa de Sigandrello.

—Bueno, y si Hans sabe todo eso, ¿por qué no dice nada?

—Tal vez tiene miedo. Y Missy Bimbo se moriría del dolor.

—A mí me suena a los inventos de un loco. Justamente alguien como Hans. La santa de Jalapilla es otra persona, pero por algún motivo te quiere meter esas ideas.

—Es que tú no entiendes nada —exclamó Cecilia alzando los brazos—. Si tú hubieras visto la cara que puso Galván cuando regresé al circo. Estoy segura de que se orinó en los pantalones cuando me vio. Me quiso correr con un palo. ¿Y qué hace Missy Bimbo? Me abraza y se ríe. Si ella no hubiera estado ahí, Galván me clava la estaca en el pecho. Y luego el mago: no deja de hacerme preguntas raras, de insistir una y otra vez si me acuerdo de lo que pasó.

Tim la miró con la frente surcada por diez arrugas, todas en desorden.

—Que Hans te enseñara una tumba no prueba nada. El viejo te llevó al campo, te contó historias de brujas, te quiso asustar. Le gustan las mujeres jóvenes, lo sabes.

—Él no me ve así. Piénsalo bien, Timo, nadie sabe de quién son los huesos de la santa. ¿Has oído la historia? Los encontró un señor hace tres o cuatro años. Los doctores dijeron que eran de una muchacha. ¿Sabías que la apuñalearon? ¿Y no te parece raro que justo cuando Cecilia desapareció, el circo estaba aquí en Orizaba?

Timoteo parpadeó y chasqueó con la boca, concentrándose de pronto en el asunto. Para él la mujer con un ojo azul que tenía enfrente era Cecilia Batín. Él sabía reconocer bien los sabores.

—¿Cómo te puedo sacar esas tonterías de la cabeza? —dijo muy serio.

—Vamos a ver la tumba —suplicó Cecilia.

Timoteo se bajó a empujar el coche para sacarlo de la zanja, azotó la puerta y arrancó rumbo al santuario. Estacionó el Impala a tiro de piedra de la jacaranda. Era temprano y había poca gente. Caminaron entre el pasto crecido tomados de la mano. Ella nunca lo tomaba de la mano. Esta vez no habría ninguna camilla que le impidiera examinar el esqueleto. Las hojitas de la jacaranda empezaron a temblar como alas de libélula. Cecilia sintió que el viento le besaba las puntas del pelo; acarició su hombro izquierdo y dejó al descubierto sus dos iris. Una mujer peló los ojos, se persignó y se hizo a un lado para dejarla pasar. Cuando estuvo más cerca se quitó los zapatos. Sintió agradables las cien mil puntas del zacate mojado en las plantas de los pies. Enfrente estaba el vidrio sobre la hendidura, quizá menos de un metro cuadrado. Una nube se movió y aventó un haz de luz sobre la tumba. Justo a tiempo. Cecilia se puso en cuclillas y acarició el vidrio.

El pequeño cráneo, roto pero todavía completo, reposaba sobre la almohada de piedra con su mandíbula cerrada y una expresión de tristeza infinita. Unos mechones de pelo castaño se habían atorado entre las piedras.

—Ceci... —Su acompañante le tocó el brazo suavemente. Cecilia volteó despacio, pero al verlo se asustó.

—¿Estás bien?

Timoteo se había puesto pálido y le estaban temblando las manos.

—El alemán dijo la verdad —dijo con voz ronca—. Mira ahí, abajo de ese hueso.

Nadie la había notado porque estaba medio enterrada bajo una vértebra. Pero Tim la reconoció. Estaba ennegrecida y ya no tenía la cadena. La joven agachó la cabeza dejó escapar un grito. En el fondo, al otro lado del vidrio, estaba la medallita que doña Rosita, la mujer elefante, le había dado a Cecilia cuando era niña.

Una medalla de oro y una cruz de palo

Cecilia entró sin saludar a su casa, el cámper de Missy Bimbo, y se encerró en su habitación de tres metros cuadrados. Doña Toña estaba viendo una novela en una pantalla de blanco y negro del tamaño de un libro. Cuando la vio pasar de reojo, sin decir nada, con la cara agachada, meneó la cabeza y siguió tejiendo. Cecilia cerró la puerta procurando no hacer ruido y se sentó frente a su tocador y espejo. Abrió un cajón, metió un algodón en un frasco de crema y empezó a despintarse. ¿Quién le devolvía la mirada desde el vidrio? Es verdad, ya no era la niña que cargaba las cubetas de agua para los animales y pasaba la mañana haciendo contorsiones, ¿pero a quién no había cambiado el circo? ¿Quién no se reconoce en el espejo aunque deje de asomarse por un tiempo? Missy Bimbo le había contado una vez la historia de una mujer que sólo se vio dos veces en la vida: cuando era niña y cuando era anciana.

Ella se acordaba de todo. Cuando tenía diez años admiraba a Matilda, la contorsionista, que se radicó porque se enamoró de un torerillo. Era solamente ese espacio de cuatro años con el que se estrellaba como mosca contra una ventana, una y otra vez; o como en las novelas que captaba Missy Bimbo en su tele con un gancho, se veían puras rayas. La señal se le iba en 1966, cuando Cecilia desapareció del circo. Algo así sentirían los resucitados en el juicio final. Sus recuerdos pararían en el delicado momento de su muerte, para reanudarse el día en que Jesucristo abriera sus tumbas. Pero ella no había resucitado. Los huesos seguían en la tumba. Ella era alguien más. En alguna ocasión había oído decir a Sigandrello que todas las personas tienen un doble en algún lugar, que es idéntico físicamente, se mueve igual, habla con la misma voz, tiene la misma cara y sólo un nombre distinto. Todos los recuerdos del primero están en la mente del segundo, los mismos sueños salen de dos almohadas. El mago. La joven entornó los ojos frente al espejo y frunció los labios. Él y Galván no eran muy diferentes a las Poquianchis, esas mujeres que prostituían niñas y cuando ya no les servían las enterraban en el campo. Lo detestaba. Iría con la policía. Sigandrello y Galván se pudrirían en una penitenciaría entre robabancos. A ver si podían hipnotizarlos para que no los violaran. Se rio ante aquel pensamiento, pero sus ojos no reflejaron alegría. Si denunciaba a Leopoldo se haría justicia, pero se quedaría con la duda de quién era ella.

La verdadera Ceci nunca se quitaba la medalla que le había dado Rosita, y el pendiente estaba en la tumba. Timmy no parecía convencido pero, como todos, era supersticioso. Su mamá creía que las sombras de las personas se convierten en sus dueños cuando son asesinados impunemente. La acróbata dejó caer la cabeza y se jaló el pelo con los puños. Siguió respirando como si acabara de ensayar una rutina en el trapecio, pero de pronto una sonrisa se empezó a formar en su rostro. Acababa de ocurrírsele una forma de obligar al mago a ayudarla sin que pusiera pies en polvorosa.

A las cinco de la mañana salió de su casa y se dirigió a la taquilla del circo. Dos leones africanos pintados a cada lado de la cabina, diferentes a los que tenían en el zoológico, sacaban la lengua con el hocico exageradamente abierto. ¿Dónde estaba Tim? Un dedo le picó las costillas. Brincó como una gata en busca de un candelabro. Atrás de ella estaba su amigo sonriendo con su

agujero en la dentadura. Se fueron caminando en la media luz de la madrugada, y cien metros después Timoteo se arrodilló frente a la puerta de Sigandrello. Se talló los párpados y metió un alambre en la cerradura.

—Te estás tardando —susurró Cecilia frotándose los brazos para quitarles el frío.

—No se ve nada —repeló Tim—, si hubieras traído la linterna ya estaría abierto.

Cecilia miró sobre su hombro para comprobar que siguieran solos.

—¿Trajiste todo? El formol... —le preguntó a Timoteo.

—No, lo vamos a hacer a la antigua.

—Oh, Dios mío.

La puerta cedió y los jóvenes se metieron al carro moviéndose en cámara lenta. Estaba oscuro, pero la aurora ya estaba detrás de los cerros. ¿Y si el mago los había oído? ¿No decían que tenía poderes de...?

—¡Timo! —gritó Cecilia.

Detrás de ellos estaba Sigandrello apretando los dientes, con un palo en las manos. Lo descargó sobre Tim como si fuera una piñata sin dulces. El joven cayó al suelo pero estaba tan oscuro que ella no pudo ver si estaba herido. Ceci retrocedió y se tropezó con una silla. En la caída se llevó unas botellas, se quiso sujetar de una cortina y la arrancó de cuajo. Sigandrello se acercó entrecerrando los ojos, a punto de darle a la otra piñata.

—¿Qué demonios...?

En eso Sigandrello se desvaneció como el chorro de una fuente cuando le cierran la llave. Atrás de él estaba Timoteo sonriendo como un chimpancé.

—¿Te dolió? —preguntó Cecilia estirando el brazo.

—Ni lo sentí. —Timmy la levantó—. Pronto, ayúdame a amarrarlo.

Cecilia se agachó y sacó unos trapos de su bolsa. Tim metió la mano al pantalón y sacó un tendedero para ropa.

—Está despertando —dijo ella mirando a Timoteo.

—¿Y qué? —repuso sonriendo de oreja a oreja, amarrándole los tobillos—, ya no puede hablar. ¿Qué es tan chistoso?

Cecilia no pudo contenerse más. Se rio echando la cabeza hacia atrás, sacando la alegría desde el fondo del estómago.

—Ve su cara —dijo apuntándolo con el mentón. Leopoldo Sigala tenía los ojos desorbitados de un perro chihuahua—. ¿Le diste duro?

—No, pero es un viejo debilucho —dijo él alzando los hombros—. Rápido, antes de que amanezca.

Lo subieron al asiento trasero del Impala. Timoteo prendió las luces del coche hasta que estuvieron lejos del circo.

—¿Pensaste que te ibas a salir con la tuya? —volteó la acróbata subiendo el brazo al respaldo y le hizo una seña con el dedo.

Sigandrello seguía respirando sin control pero trataba de interrogar a Cecilia con la mirada. Cuando ella le dio la espalda, entornó los ojos. Éste sería el desafío más grande de su carrera. Como Houdini. Empezó a enroscar las muñecas y a hacer contorsiones con los brazos. Abajo, comenzó a mover los tobillos en círculos. Como Houdini. Era el momento de la verdad. Cuando sintió que se le dormían las manos y no las sacaba ni un milímetro, dejó de forcejear y suspiró. Él mismo se azotó la cabeza contra el asiento y lanzó un gruñido. Por la ventanilla del coche ya no se veían las estrellas.

—Cecilia... —empezó Tim.

—No soy Cecilia... —renegó ella mirando hacia el campo.

—Tenemos que ir a la policía. —El mago se puso pálido. Puso los ojos en blanco. Con ambos pies le dio una patada al asiento trasero. Tim frenó en seco, se volteó y lo apuntó con el índice—. Si vuelves a hacer eso te tiro un diente, ventrílocuo pendejo.

Leopoldo enrojeció pero ya no se movió. El auto se detuvo debajo de la jacaranda y Timoteo azotó la puertezuela al bajarse. Abrió la puerta trasera, agarró los pies de su prisionero y dio un estirón. El cuerpo del mago se deslizó sobre la cubierta de plástico y cayó como costal a la tierra. Las costillas de su lado derecho gritaron todas al mismo tiempo y sintió que iba a desmayarse del dolor. Pero Timoteo no le dio tiempo, hizo que se pusiera de pie agarrándole la camisa y lo arrastró hasta la tumba. Cecilia caminaba a cierta distancia. Sigandrello empezó a sudar a pesar de que era el momento más fresco del día. En el oriente, el cielo se encendió como si hubiera un fósforo detrás del volcán. Timoteo desató al mago y le arrancó la mordaza

—Llegó el momento de que expliques esto —dijo señalando la cruz de palo junto al arroyo.

Sigandrello se acarició la comisura de los labios con un gesto de dolor. Miró hacia arriba. El lugar estaba idéntico, sólo estaban de más las flores y la cruz de madera. Agachó la cabeza, cruzó los brazos y se frotó la frente con la diestra.

—¿Cómo se enteraron? —dijo mirando la yerba.

—¿Entonces es cierto? —Cecilia se atragantó y fue tambaleándose buscando donde apoyarse—. ¿Quién es ella?

Tim agarró el cuello del mago y lo amenazó con el puño. Sigandrello le enseñó las palmas y meneó la cabeza.

—Por favor, Timoteo, no hace falta. No eres la policía ni yo soy un asesino. Les diré lo que quieren saber.

—¿Es cierto lo que dijo Hans? —preguntó Tim y escupió a los pies del mago.

—¿Y qué fue exactamente lo que le dijo ese mentiroso a esta muchacha? —dijo Sigandrello cruzando los brazos y levantando la barbilla. Un grito atrás hizo que volteara, pero no alcanzó a ver porque en un segundo tenía la nariz clavada en el lodo. Cecilia había brincado a su espalda y estaba tratando de arrancarle la piel de la nuca con las uñas. Tim corrió a separarla.

—La próxima vez voy a dejar que lo haga —le advirtió al mago—, y no te va a gustar. Cecilia, o como quiera que se llame ella, me dijo que no te matara, pero estoy pensando que sería lo justo, ¿no?

El mago se incorporó limpiándose la cara con la camisa y miró horrorizado a la fiera que tenía al lado. A pesar de todo, un par de segundos más tarde sonrió sin alegría. Ella estaba más asustada que él. Miró la cruz de madera y suspiró largamente.

—Pues es verdad, muchachos —dijo con los hombros totalmente caídos. La joven se puso amarilla y tragó saliva; Timoteo ladeó la cabeza—. Esa persona, esa santa, como le llaman, ese montón de huesos es Cecilia Batín. Hace cuatro años Gabino y yo vinimos a enterrarla. Fue un accidente, pero no tengo reparos en admitir que es la cosa más vil que he hecho en mi vida. He pensado en entregarme a la policía.

—De aquí te vas a ir a la cárcel, no tengas ese pendiente —dijo Timoteo apretando los dientes—. ¿Por qué la mataste?

—No, no, caballerete —Sigandrello sacudió la cabeza—, esa palabra no describe ni lejanamente lo que pasó esa noche. Les digo que fue un accidente.

—¿De qué tipo? ¿No se dice que esta santa la mataron de varias cuchilladas? —Timoteo le dio un empujón al viejo. El mago quiso hacer lo mismo, pero no lo movió ni un milímetro.

—Si ella está muerta, ¿dónde quedo yo? —se interpuso Cecilia, llorando.

Los dos voltearon a verla. La joven estaba inclinada con los brazos alrededor del estómago y no disimulaba los mocos que le escurrían de la nariz ni las lágrimas de los ojos. El mago se vio más indefenso que nunca. Tim volteó con ojos de pistola.

—Yo... no lo sé, muchacha. Eres idéntica —respondió Sigala meneando la cabeza—. Imagínate nuestra confusión, yo y Gabino, cuando después de medio superar ese trance, llegas tú diciendo que eres Cecilia Batín. No estoy tratando de evadirme, no sé que les contó Hans, pero lo que pasó aquella noche fue un accidente como los hay tantos en el circo, sólo que yo fui el culpable. Muchacha, yo no sé quién eres —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Un accidente a cuchilladas? —gimió Cecilia.

Sigandrello frunció el ceño y meneó la cabeza muy despacio.

—¿Quién piensas que soy? Si le dices a tu amigo que deje de empujarme, les diré paso a paso qué fue lo que sucedió.

—Pero el señor que encontró los huesos dijo que la habían matado con un machete.

—Cuando te vi llegar al circo, hace unos días —dijo Sigandrello acercándose y tomándola del mentón—, me hiciste dudar de mi salud mental. No sabes cuántos horrores me persiguieron estos años, visiones de aquel cuerpo con los labios morados. Hagan conmigo lo que quieran, eso no va a resolver el dilema de quién es esta muchacha de tan extraordinario parecido, a tal punto que podría pasar por ella, y por qué tiene sus recuerdos. Dices que te acuerdas de aquellas sesiones de hipnotismo. ¿Cómo es eso posible? Alguna vez creí que mis palabras sobre sacar el alma de un cuerpo y meterla en otro eran fanfarronadas, pero ya no estoy tan seguro. O las almas transmigran, o los tres somos víctimas de un engaño fenomenal.

El corazón I

La primera vez que el mago Sigandrello hipnotizó a Cecilia oyó la voz de una muerta saliendo de su boca. La niña acababa de cumplir diecisiete años. El espíritu de Zulma, la Mujer Elefante, vagaba entre los tráilers. De noche los payasos oían sus risas. Cuando soplaban el viento de las montañas, la difunta hacía que oliera a palo de rosa. Pero el fantasma estaba hecho de rencor hacia el circo. Galván había exhibido su cuerpo embalsamado, contrahecho, en una vitrina. Las manos cruzadas sobre el pecho, la boca caída cubierta por tumores y un ojo tan corrido hacia arriba que, de haber vivido, hubiera podido ver el cielo y el suelo al mismo tiempo. Sigandrello había traído su grito de ultratumba. Por el contrario, Leopoldo Sigala, el hombre debajo del esmoquin, no creía que la niña fuera una médium; sólo había quedado traumada por la imprudencia del pequeño Timmy. Cuando eran unos pubertos, el niño la había jalado de la mano para que viera la exhibición reservada para adultos. Estrictamente hombres mayores de veintiún años.

El cuerpo embalsamado de Zulma estuvo en una caja transparente que enseñaban aparte. El precio de admisión era de dos pesos, y esa carpa sólo se abría en la función de la noche. En la compañía era un secreto a voces. El señor Carothers, que aún vivía, no hubiera consentido lucrar de esa forma. El embalsamador había sido un aficionado de la Ciudad de México; la había inflado de líquidos verdes. Cuando unas beatas se enteraron, Galván se tuvo que deshacer de la atracción y entregarla para que fuera sepultada en Jalapa. El párroco no quería ni ver ese cuerpo, porque había rumores de que se había envenenado con estricnina. Al final lo convencieron de que le ofreciera una misa. Nadie recordó el incidente durante años, hasta que Sigala volvió de Catemaco e hipnotizó a Cecilia.

—Nunca más volveré a traer monstruos al circo —dijo Galván a la mañana siguiente de la primera sesión de hipnotismo. Él también había oído a Zulma y se había echo en los pantalones.

El mago meneó la cabeza y se rio por lo bajo. Después de Rosa, su jefe había contratado al Hombre Bestia y a unos siameses tan fundidos que presentaba como “El Hombre de Dos Cabezas”.

—Fred también oye risas de mujer cuando va a dormirse —lo acicateó.

El empresario se puso pálido.

—Ya no quiero a esa niña en el circo. Quiero que se largue, que se la lleve su madre.

—Sería un milagro si esa mujer sigue completa. Lo más probable es que haya muerto en un burdel. —Leopoldo sonrió tristemente—. Lo que deberíamos hacer es aprovechar el momento. Estoy de acuerdo que el truco de la cuerda fue de mal gusto.

—¿De mal gusto? Hiciste caer miembros cercenados a la pista —gritó Galván alzando los brazos—. La gente se espantó, al día siguiente hasta vino la policía. —Refunfuñando se sentó en una mesa que tenía pintado un tablero de damas chinas. Alzó una botella verdosa y se llenó la boca de Coca-Cola—. ¿Jugamos?

Sigandrello asintió y acercó una silla.

—Se asustaron, pero a la tarde siguiente hubo cola para entrar —murmuró Sigala levantando los hombros.

—No lo vas a volver a hacer —gruñó Galván.

—Ni siquiera estoy seguro de poder repetir la ilusión —dijo Sigandrello—, no con la misma gente.

—¿Cómo lo hiciste?

—Yo no te pregunto qué hiciste con el dinero de la taquilla —respondió su amigo—. De todos modos, no aceptaría hacer ese número todos los días.

—Fue más interesante cuando pusiste una víbora en las piernas de Cecilia, o cuando hizo acrobacias dormida. Quizá podríamos sacarla a la arena con una tanguita, ponerle una boa alrededor y...

La cara que puso el mago hizo que Galván se callara y enrojeciera. Movi6 su ficha y se rasc6 la frente con tres uñas.

—Qué raro, hace rato dijiste que ya no la querías aquí —comentó Leopoldo—. Esta noche voy a hacer algo más interesante. He logrado que disminuya al mínimo su respiración y su ritmo cardíaco.

—¿Y eso qué provecho le trae al circo? —respondió Galván más atento a sus fichas y en espantarse una mosca.

—¿No ves las posibilidades? El gran Houdini disminuía sus funciones al mínimo para escapar de un tanque sumergido en agua. Yo voy a hacerlo, pero primero necesito probarlo con ella. Mi abuelo vio en Birmania a una que le decían la doncella de nieve, una muchacha que llevaba tres días dormida adentro de un bloque de hielo. ¿Te imaginas?

—Eso es cosa tuya —dijo Galván terminándose su Coca—. ¿Has intentado hipnotizar a Timoteo?

—A él y a otros, pero con Cecilia es más fácil —sonrió el mago e hizo un montoncito con tres fichas que acababa de comerse—. De todos sólo saco historias deprimentes. Tendrías que oír lo que me dijo Timo. No es que Cecilia no tenga sus cosas, pero ella no está atorada en los golpes que le dio su mamá, o las hambres que pasó en su rancho. Cuando hipnoticé a Saulito, se deprimió tanto que se negó a salir de su casa durante tres días.

—Cecilia es una rumbera —dijo Galván tamborileando en la mesa—. Le gusta escandalizar y hacer que la gente se cague del miedo, igual que a ti.

—La gente paga para que la asusten —observó Sigandrello—. El mago que serrucha a la mujer en una caja no la va a partir en dos, pero la gente se ilusiona secretamente con que lo haga. Es sólo distracción. Vas a desacomodar las fichas con tu tic nervioso.

—¿Qué tenía de malo ser ventrílocuo, o cuando escondías a Margarita atrás de una cortina y la aparecías en otra?

—Si les abriera las puertas de los cielos, después de verlo cien veces igual terminarían por aburrirse —dijo el mago.

—No me gusta eso de hablar con los muertos. Si vuelves a hacerlo se acabó —dijo empuñando la primera ficha que se comía, en señal de triunfo.

—¿Estás seguro? Si quieres puedo hacer que hable el Hombre Águila. ¿No fue el que se mató por la ambición de tu papá y el americano ése, Carotas?

El mago soltó la carcajada al ver la cara de su amigo.

—¿A qué hora me comiste todas esas fichas? ¿Estás usando trucos conmigo? —gritó Galván, y con un brazo barrió la mesa y echó las corcholatas por tierra.

—Es eso o cierras el negocio —exclamó el mago, divertido—. Necesitas dinero. Ve otra vez esta noche. Hoy te voy a enseñar cómo vamos a vender más boletos que Mantequilla Nápoles.

Sigandrello vio las fichas desparramadas sobre la tierra. Le dio un golpecito a la mesa y sumió una corcholata con el pie, hasta enterrarla. Esa noche iba a cruzar el límite.

—¿Qué me vas a dar a cambio de hipnotizarme? —dijo Cecilia poniéndose las manos en la cintura.

El mago estaba preparando el escenario. Torció los ojos y extendió el brazo como un agente de tránsito para que la adolescente fuera y se sentara.

—Quieres algo a cambio —respondió encaminándose hacia una cajonera cuya cubierta era un espejo. Metió las uñas y abrió el cajón que no tenía agarradera.

—¿Qué tienes ahí? ¿Por qué no le pones manija?

—Para que sea el último que quieran abrir los intrusos —murmuró Sigandrello y se puso a revolver las cosas. Sacó un rebozo de seda de color azul índigo.

—Es hermoso —exclamó Cecilia abriendo los ojos y lo estrechó entre sus brazos—. Combina con la medalla que me dio Rosita —dijo enredándose en la cabeza. En seguida su ojo azul adquirió la tonalidad de la seda.

—Es un rebozo de Santa María. Espero que te guste, porque si mi hermana viene a visitarme no sé qué voy a decirle. Ahora necesito que te estés quietecita.

Oyeron unos pasos en los charcos. Cecilia escondió la prenda bajo sus piernas y el mago corrió hacia la entrada. Antes de que lograra cerrar la puerta, el visitante metió un pie.

—¡Gabino! —Sigandrello no sabía si abrazarlo o decirle que se fuera—. No te arrepentirás de haber venido.

—Ya lo sabes —lo miró apuntándolo con el índice—, nada de espiritismo.

—¿De qué hablan? —Cecilia se puso de pie entornando los ojos.

—Regresa a tu silla —ordenó el mago—, esto no tiene nada que ver contigo. Gabino, por favor —se volvió meneando la cabeza—, no seas insensato, cierra el pico y déjame empezar. —Y acercándose a su oído rezongó—: Cuando menos espérate a que entre en sopor.

Unos minutos después, Cecilia apenas respiraba; tenía la cabeza caída y los ojos cerrados, sobre el sillón de Sigandrello. El mago se acercó, le puso dos dedos en la frente y le levantó la cara para que la viera Galván.

—¿Lo ves? Falta afinar unos detalles, pero es un arte que ya domino —dijo sonriendo con los dientes de fuera—. En este estado, la niña tiene una confianza ciega en mí. Creerá cualquier cosa que le diga. Su cuerpo hará lo que le ordene. —Sigandrello se acercó a una mesa que estaba al fondo y cogió una cajita de cerillos. El paquete tenía un dibujo de la Venus de Milo—. Debo confesar que yo no inventé el truco de la cuerda; cuando vi esta caja fue que pensé en la mujer sin brazos ni piernas.

Se detuvo junto al sillón, se agachó y puso los cerillos frente a los pies de Cecilia. El señor Galván se acercó, iba a decir algo pero Sigala se llevó el índice a los labios.

—¿Qué rayos estás haciendo? —dijo tan quedito que sólo el mago pudo oírlo. Éste respondió de igual forma:

—Quiero comprobar que de verdad esté bajo mi control y no fingiendo. Haría lo que fuera por agarrar el rebozo y largarse. —En seguida se plantó frente a Cecilia, carraspeó y dijo en voz alta—: Ceci, esta caja de cerillos que está a tus pies pesa cincuenta kilos. Párate y trata de levantarla.

La joven levantó la cabeza, se incorporó, dobló las piernas manteniendo la espalda recta y trató de levantar el objeto con ambos brazos. De inmediato su cara se inflamó con un rojo intenso y una gota de sudor resbaló por su nariz.

—Está muy pesada —protestó.

—Magnífico —dijo el mago frotándose las manos—. Siéntate de nuevo. Levanta los brazos y enlaza los dedos sobre tu cabeza. Dóblate hacia atrás. Levanta las piernas.

En el fondo, Galván abrió más los ojos ante los movimientos matemáticos, robóticos, de la

acróbata. Parecía una marioneta. Sigandrello caminó hacia su jefe ondeando la capa.

—¿Era necesario que te pusieras el sombrero de copa y todo eso? —se burló Galván. Pero su sonrisa se quedó congelada cuando vio los ojos de Sigandrello.

—Júrame que no vas a intervenir.

—Nada que vaya contra la religión.

—En cinco minutos habremos terminado y estarás agradecido conmigo.

Galván no supo si contestar. Apretó los labios y abrió las manos sin despegar los brazos del cuerpo. Sigandrello volvió con Cecilia.

—A partir de ahora, cualquier cosa que te diga será la verdad. ¿Puedes ver tu corazón?

—Sí.

Al fondo, Galván se relajó un poco. Sabía la rutina.

—Cici, ponte menos rígida. Recárgate y pon los brazos en el sillón, como si fueras a dormirte. — Sigandrello extendió los brazos hacia el frente y comenzó a bajarlos muy despacio—. Tu corazón no ha dejado de latir desde que estabas en el vientre de tu madre. Sólo tú te diste cuenta; fuiste tú quien le pidió que comenzara a hacerlo. A una orden tuya, ese corazoncito empezó a vibrar y hasta ahora te ha obedecido. Hoy vas a pedirle algo; vas a decirle que se detenga, y a tus pulmones que dejen de respirar. Lo harán poco a poco, no de golpe; como cuando estás en el columpio y dejas de impulsarlo, ves cómo va perdiendo fuerza. Cuando termines vas a estar como muerta, pero sólo durante unos segundos. Y escúchame bien —se puso en cuclillas frente al sillón—, cuando yo te diga vas a regresar. —Sigandrello le frotó las manos—. ¿Me entiendes?

El mago escuchó que algo se caía atrás y extendió el brazo sin voltear a ver. Cecilia empezó a agitarse y a sudar. Leopoldo Sigala frunció el ceño. No era la reacción que estaba esperando. Pero de estar inhalando y exhalando como en estado de pánico, de pronto el pecho de Cecilia comenzó a quietarse. La expresión de su cara, casi neutral, se desdibujó y finalmente su cabeza cayó hacia atrás, sobre el respaldo. “¿Y ahora qué?”, pensó y corrió a su cajonera. Galván quiso decir algo pero el hombre de negro gruñó y lo apartó del camino. Con los dedos temblando, sacó un estetoscopio, se metió las olivas en los oídos y paseó la campana por el pecho de la joven. Atrás, Galván empezó a mordisquearse los labios. Leopoldo no decía nada. Ya había pasado un minuto. El mago sólo fruncía la boca, cerraba los ojos, los abría como rendijas. Gabino imploró con las manos. Por fin Sigandrello volteó a donde estaba su jefe.

—Está muerta —sonrió.

El corazón II

Sigandrello se subió de un brinco a una silla para festejar. Extendió una mano hacia donde yacía Cecilia y otra a Galván, moviendo los dedos para indicarle que se acercara. La sonrisa que le partía el rostro se debía más a que el maestro de ceremonias estaba babeando, no tanto al éxito del trance.

—¿Dejó de respirar? —preguntó Galván, tieso en su lugar.

—Compruébalo tú mismo —dijo el mago—, pero apúrate porque no tenemos más que unos segundos. Acércate, ponte esto en las orejas. —Le extendió el estetoscopio—. Así está bien. Escucha —le dijo poniendo la campana en el pecho de Cecilia—, aquí no hay nada. Compara con esto —en seguida se abrió el saco y la colocó en su pecho, sobre la camisa blanca. Galván abrió más los ojos.

—Escucho claramente tu corazón, parece una ametralladora. Con ella no oí nada.

—Es la emoción —sonrió Sigandrello rascándose bruscamente la nariz—, es la primera vez que lo hago y quería que tú fueras testigo.

—¿La mataste y quieres testigos?

—No es el término que yo usaría. Ahora la reanimaré. ¿Estás convencido ahora?

—¿De qué? —dijo Galván mirando hacia los lados.

—¡Por Dios, Gabino! —gritó el mago caminando en círculos—, lo tienes enfrente y no lo ves. Hombre de poca fe. Esto no es una ilusión. Realmente está en el más allá. No tengo tiempo de discutir ahora. Se me acabaron los segundos, es hora de reanimarla.

—De verdad, no estoy seguro de que esto haya sido una buena idea. ¿Dónde está ahora?

—Posiblemente mirándonos sobre nuestras cabezas —dijo Leopoldo con una risita—. Por favor, déjame continuar.

Gabino Galván volteó al techo y retrocedió unos pasos. Se sentó y se desabrochó el botón superior de la camisa. La voz de Missy Bimbo lo hizo saltar de la silla.

—Cecilia, ¿estás ahí?

El mago palideció. Unas manos trataban de abrir por fuera los cierres que sujetaban la puerta. Sigandrello le hizo diez mil gestos a su compañero para que la enviara a otro lado.

—¿Qué hago? —murmuró Galván.

—Jesús, María y José —siseó Sigala furioso, pero siempre correcto— pon a trabajar el cerebro, estoy perdiendo valiosísimos segundos.

Galván asomó la cabeza y vio a la mujer gorda del circo. Traía unos zapatos de plástico con unas plantillas especiales y estaba enredada en un chal morado del tamaño de una sábana.

—Toña, ¿qué busca aquí?

—A Cecilia, no está en su cama.

—Aquí no está.

—Qué extraño —replicó frunciendo el ceño y dio un paso adelante—, ella siempre se duerme temprano. Margarita me dijo que la había visto acá después de desmaquillarse. ¿Le importa si...?

—Señora —atajó Galván sacando todo el cuerpo de la tienda y bloqueando el acceso—, por favor, estoy en algo importante ahí adentro. Cecilia no está conmigo. Vaya y búsquela en otro lado.

—¿Y por qué está usted tan nervioso? —dijo Missy Bimbo alzando una ceja. Galván

carraspeó y respiró profundamente. Se limpió el sudor de la frente y se maldijo por no poder pensar más rápido. Al fin se inclinó hacia la oreja de doña Toña. Ésta retrocedió un poco pero a una distancia conveniente para escuchar el susurro.

—Estoy con... una mujer.

Missy Bimbo meneó la cabeza y se dio la vuelta.

—Alcahuate.

Galván enrojeció. Normalmente la hubiera alcanzado y le hubiera reclamado, pero estaba más interesado en saber lo que ocurría adentro y secretamente daba gracias por haberse evitado la parte más tensa. Volvió a la tienda, cerró los broches y giró sobre sus talones. Entonces se llevó una mano a la boca y ahogó un grito. Cecilia estaba tendida en el suelo y el mago, arrodillado junto a ella, trataba de aplicarle reanimación cardiopulmonar. A todas luces se veía que no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

—¿Qué demonios? —dijo el cirquero corriendo a su lado.

El mago volteó despavorido y siguió masajeándole el pecho.

—No obedece —dijo Sigandrello con la cara amarilla, descansando por un instante—, su corazón no responde. Debo reanimarla de inmediato.

—¿Pero qué hiciste, insensato? La asesinaste —musitó Galván y retrocedió.

—¿Quieres calmarte, por favor? —masculló el mago cerrando los ojos y bajando las manos—. Todavía podemos solucionarlo. ¿Sabes dar resucitación?

—Voy por alcohol —dijo Galván corriendo hacia el gabinete.

Leopoldo Sigala volvió a poner las palmas sobre el pecho de Cecilia y sobar, pegar la oreja en su corazón, mirar su boca preguntándose si necesitaba pasarle oxígeno, cuando sintió un chapuzón. Desconcertado por una fracción de segundo, volteó y vio que Galván había arrojado una jarra de agua completa sobre el rostro de la chica. Los dos voltearon a verla y esperaron unos segundos mordiendo los labios. Cecilia siguió sin mover un músculo. En seguida Sigandrello le acercó un pañuelo empapado con alcohol. Casi se lo metió en las narices. Al no ver reacción, dejó caer la cabeza y se tapó los ojos con las manos.

—Voy por un médico —exclamó Galván y salió disparado.

—Gabino —gritó el mago como la trompeta del fin del mundo. Era tal su furia que Galván se detuvo en seco. Volteó abriendo los brazos.

—¿Qué?

Sigandrello miró su reloj y su boca se endureció.

—Lleva cinco minutos así.

—¿Y?

—El cerebro no puede estar sin oxígeno más de tres o cuatro minutos. Más allá de ese límite...

—¿Qué? —urgió Galván.

El mago se puso de pie y traspasó a su amigo con la vista.

—¿Que no ves? Ya murió.

Galván peló los ojos y se secó el sudor de la frente. Sintió que las piernas se le doblaban.

—Tiene los labios morados —observó mirando a la muchacha que hacía unos segundos estaba llena de vitalidad, probándose su rebozo.

—Perdió todo el color de la cara —hizo eco el mago.

—¿Qué hacemos? No puedo ir a la cárcel.

—Diré la verdad, les diré que estaba...

Galván hizo callar a su amigo con una bofetada. Sigandrello se llevó a la mano a la mejilla y lo

miró espantado. El golpe le dolía más en el corazón que en la cara.

—No vas a decir nada. Escúchame bien, no quiero nada que ver con esta mujercita, no quiero que nadie sepa que estuvimos aquí esta noche. Desde hace días te vengo diciendo que ya no la quiero en el circo y no me oíste. Y ahora esto, y lo que podría acarrearlos... Suficiente. Esta mujer no es nada. No es más que una criada, una niña que ni su madre quiso. En un momento de necesidad acepté darle unos pesos por limpiar la mierda de los animales y barrer la pista, pero era una sirvienta, Leopoldo.

—Era una gran acróbata —observó el mago tristemente.

—No voy a ir a la cárcel por este accidente —continuó Galván sin prestar atención—, por un riesgo que ella aceptó. Los equilibristas saben que se pueden caer y reventarse en cualquier función; es la misma cosa, es la vida del circo. No voy a perder todo lo que construí. Tampoco voy a perderte a ti, Leopoldo, eres un hombre de bien. ¿No te das cuenta? Ella era una niña de la calle. Si no fuera por nosotros habría muerto hace años de tifoidea o de hambre, así que espero que se haya ido agradecida, porque le compramos unos años.

—¿Y qué sugieres? —El mago miró al maestro de ceremonias sin expresión.

—La vamos llevar a lo despoblado y vamos a olvidarnos del asunto. Antes de que digas algo, piensa que sólo le hemos evitado un mal mayor. Esta muchacha no tenía más futuro que repetir la vida de su madre. No deja ni bienes ni familiares, así que sólo es un accidente. Triste pero así es la vida. Grábate eso. Seguiremos adelante y tú no volverás a ser tan imbécil.

—Hace quince minutos estaba sonriendo, abrazando el rebozo.

—Es eso o ir a la cárcel, y además dejar sin trabajo a toda nuestra gente. Tú dirás —dijo Galván sacudiendo la cabeza y mirando hacia otro lado.

Leopoldo Sigala se sentó y escondió la cara entre las manos. Afuera se oyó de nuevo la voz de Missy Bimbo. El maestro de ceremonias puso una mano en un hombro de su amigo. Sigandrello alzó la cara, profundamente consternado, y asintió.

—Vamos.

—Es lo único que queda por hacer.

—Pero físicamente es imposible, ella siempre...

—No es la primera que se va, Leopoldo —interrumpió Galván y lo apuró a moverse—. Aquí todos vivimos en la cuerda floja, ¿no te estabas acordando hoy en la mañana de Agustín?

—La diferencia es que a él nadie lo aventó al vacío. Yo le prometí que todo estaría bien —dijo el mago acariciando el pelo de Cecilia.

—La gorda no anda lejos —gruñó Galván—, vámonos.

El maestro de ceremonias, que no era muy atlético, cargó a Cecilia con facilidad y se fue trastabillando hasta su vehículo medio a ciegas, por las gotas de sudor que le escurrían en los ojos. Yo no escuchaba a su amigo, que seguía diciendo algo sobre Agustín Henderson.

Los hombres condujeron en silencio rebanando la oscuridad con las luces del auto.

—Alguna vez escuché que en estos casos —dijo el mago mirando las siluetas torcidas de los árboles—, cuando se muere en una hipnosis, las almas buscan otro cuerpo donde meterse.

Gabino Galván volteó a ver a su amigo y suspiró.

—Si eso te consuela... No me gusta que pasen tragedias en mi circo, pero esta niña estaba muerta desde el momento en que la dejó su madre.

El mago miró por fin a Galván. Se le figuró que era un pequeño cerdo tras el volante.

—Las tragedias no es lo que determina lo que somos al llegar a viejos. Las tragedias determinan lo que somos en el momento en que suceden —dijo despacio y abrió una pestaña en el vidrio. Atrás, el viento levantó una esquina del rebozo azul, que habían usado para cubrir el cuerpo.

—Ahí adelante hay un arroyo con muchas piedras y hoyos. ¿Te vas a quedar con la medallita que trae colgada? Es de oro, ¿no?

—No somos saqueadores —gruñó Sigala apretando los puños.

Sintió ganas de vomitar. Cuando estacionó el coche, encontraron un agujero cerca del río, la taparon con una tabla y le echaron lodo, piedras y ramas. En cuanto terminaran, pensó Sigala, iba a partirle el hocico al cerdo.

Margarita la contorsionista

Cecilia tuvo esa noche un sueño. Estaba cambiándose en los vestidores del circo. Se asomó al espejo. Otra vez tenía 18 años. Se veía bonita, con su maquillaje de pájaro, con alas rojas sobre los ojos y una pluma que se iba adelgazando hasta llegar a la punta de su nariz. El resto de su cuerpo, el pelo en un chongo, estaban teñidos de oro con una pintura que Galván sacaba en ocasiones especiales. La traían de Estados Unidos, sólo ella y Margarita podían usarla en los desfiles y las funciones de gala. El presidente municipal o algún cacique podían pedirle algún favor, y el empresario siempre estaba dispuesto a complacer. El espejo le devolvía su sonrisa blanca. Cecilia se pegaba unas perlas sobre las sienes y deslizaba los dedos por el cuerpo para revisar que no quedara ni un centímetro sin cubrir. Sansón salía a la pista seguido de cuatro gimnastas masculinos; en seguida escuchaba su entrada. Envuelta en tres cilindros de luz, en el sueño se daba cuenta de que estaba desnuda. Haciendo giros y mirando hacia los columpios, rogaba porque la gente no se diera cuenta de que la estatua de metal no llevaba ropa. El maestro de ceremonias daba una orden y la música se convertía en una marcha. No era triste ni alegre, pero afuera del circo se oía una campana llamando a un funeral.

Cecilia trató de concentrarse en el baile egipcio, el numerito que presentaban mientras ensamblaban la jaula de los leones. Escalaba la torre humana y alzaba los brazos, en espera del aplauso. Pero al mirar hacia abajo, se daba cuenta de que la pintura dorada no era tal, sino que todo su cuerpo estaba embadurnado de sangre. Los leones enloquecidos por el olor se arrojaban sobre ella. Deseó con todas sus fuerzas que los acróbatas que la sostenían se volvieran de piedra y resistieran los zarpazos, pero los animales destruían la carne. Cecilia rebotaba en el suelo. Sin poder respirar, alzaba la cabeza y veía enfrente un hocico abierto, como el de la taquilla, con los colmillos babeantes. Intentaba pedir socorro, pero entre tanta melena no veía si el domador ya venía en su auxilio. Los leones le arrancaban las piernas mientras oía las risotadas y los aplausos del público. Pero un día las fauces se abrían de nuevo, salía del estómago de los animales y caminaba hacia el circo. Trastabillando, caía de rodillas frente a un espejo de lluvia, pero lo que veía en el charco no era el rostro de una muchacha, sino el de un esqueleto, con la cara arrancada a mordidas, llorando lágrimas de veintiuno.

Despertó sentada en su cama, sudando. Missy Bimbo la miraba con la frente arrugada desde su colchón, con la lámpara de mesa encendida.

—¿Estás bien? —preguntó Antonia Reyna.

Cecilia volteó y con un solo paso y un brinco ya estaba en la cama de su madre adoptiva. Con el peso extra, el colchón Queen amenazó con traspasar el piso del cámper.

—No sé —gimoteó.

—¿Te sientes mal, o fue nada más una pesadilla? —gruñó Bimbo, lamentando el espacio arrebatado en su colchón.

—Es la misma cosa, sentirse mal y tener una pesadilla. Lo peor es creer que es real.

—Cualquier cosa que haya sido —le dijo la gorda limpiándole el sudor con la sábana— no es verdad. Estabas manoteando en tu cama. ¿No serás sonámbula?

—Tuve una pesadilla, unos leones, y mucha sangre.

—¿Y si eres sonámbula y aquella vez que te escapaste fue porque ibas dormida? —terqueó Missy Bimbo.

—No me escapé doña Toña, me mataron —gritó Cecilia tensionando todos los dedos y los músculos de los brazos.

—A ver, tranquila —dijo Antonia abrazándola—. Ya pasó. Yo hablo de hace cuatro años. Aquí en Orizaba. La noche que te fuiste, no llevabas nada, dejaste todo en tu carro. ¿Y si ibas dormida?

—Siga durmiendo, doña Toña. Ya pasó. Es que Timoteo, yo y el mago tuvimos hoy una plática que me dejó impresionada —dijo la más joven tratando de parecer molesta, pero le salió un temblor en el labio inferior. La imagen de los huesos junto al río no la dejaba en paz.

—Estás asustada y siento que no es nada más el sueño. ¿Qué pasó? ¿De qué hablaron tú y el mago? —dijo Bimbo tratando de incorporarse, pero no pudo.

—Nada. Fue la pesadilla. Imagínese que sueña que se la tragan los leones, ¿qué sentiría? ¿Ahora sí me entiende?

—Pobres leones —dijo la mujer con una risita, tallándose los ojos—, se morirían de indigestión.

—Voy a salir a caminar —dijo Cecilia sentándose en el colchón.

—No —repuso Missy Bimbo y apagó la lamparita.

Cecilia se quedó callada en la oscuridad, sin moverse. Esperó cinco minutos hasta que la oyó roncar y se salió de puntitas. Eran las dos de la mañana. A veces, cuando ensayaba de más, los músculos adoloridos le producían pesadillas, pero en esta ocasión, sabiendo que Leopoldo Sigala seguía muy campante durmiendo en su casa, le daban ganas de meter la cara en un bebedero y ahogarse. ¿Qué iba a hacer para que Sigandrello pagara su crimen, le ayudara a recordar y sobre todo no se le escapara? Mientras estuvieran en Orizaba podría vigilarlo, pero el lunes ya iban a salir a carretera.

A pesar de la hora, vio luz en el tráiler de Tim, pero le faltó valor para llamar a la puerta. Miró hacia el campo en tinieblas y sintió escalofríos. En su imaginación vio de pie, en la distancia, el fantasma de una mujer vestida con harapos, temblando en sus ropas de circo. A lo mejor con lo que ahora sabía sí se iba a volver loca. De pronto alguien le tapó los ojos. De inmediato pensó en Sigandrello con un cordel. ¿Tenía sentido pelear? Ni siquiera estaba segura de quién era ella. Las manos se retiraron y volteó. Era Timoteo con su sonrisa quebrada.

—Tonto, me asustaste.

—¿Qué haces caminando de noche? —preguntó Tim.

—No puedo dormir. ¿Y tú?

—Igual. Estaba pensando en entrar a casa del mago y meterle un calambre. Que piense que ya se lo llevó...

—Primero quiero saber quién soy —interrumpió Cecilia con cara de indefensión.

—Estás loca. ¿Quieres que te hipnotice después de lo que nos contó?

—¿No crees que sea capaz de hacerme recordar cosas?

—Sí, sí creo. Lo hizo conmigo y no me gustó. Me acordé de cómo me sonaba mi papá con el cinto y que una vez me dejó caer del caballo porque estaba borracho.

—Pobrecito —dijo Cecilia burlona—. Entonces sí crees. Ya oíste lo que dijo, él también está interesado en saber la verdad —dijo Cecilia inclinando la cabeza hacia un lado y poniéndole las manos en el pecho.

—Si dejas que te hipnotice puede hacerte lo mismo que a ella. Te para el corazón y te asfixia —protestó Tim sin mucha convicción. Estaba más interesado en los dedos de Cecilia que descendían

por sus pectorales y lo rasguñaban.

—No, porque tú vas a estar ahí y me vas a cuidar —dijo ella sacudiendo las pestañas.

Las miradas de los jóvenes se encontraron en el aire. Los iris de Cecilia temblaron pero no cedieron. Timoteo alzó las cejas casi imperceptiblemente. De pronto ella sintió como si una grúa la jalara y la aplastara contra el cuerpo de Tim. Antes de poder decir algo tenía los labios pegados en su boca. Abrió mucho los ojos pero lo dejó hacer. Levantó el cuello y vio el cielo despejado. Gruñó de placer. Con las manos abiertas Timoteo modeló su cintura y buscó sus piernas. Cecilia inhaló con la boca abierta, levantó una rodilla y se dio cuenta de que estaba temblando. Rodaron sobre la tierra buscando la protección de unas cajas de madera y se rieron cuando vieron la silueta redonda de Missy Bimbo parada en la puerta de su cámper.

—Ceci. —La voz de doña Toña onduló por el campo—. ¿Estás ahí?

Tim le tapó la boca a Cecilia para que no soltara la carcajada y la cubrió con su cuerpo. Su corazón brincaba de gusto. Apretando los labios, se movió furiosamente preguntándose qué diría Missy Bimbo si en ese momento pasara por ahí.

Hans estaba sentado en un rincón de su casa, en medio de un poliedro de luz de sol. Tenía los ojos cerrados y estaba esperando que dieran quince para las cuatro para irse a la última función, antes de tomar otra vez carretera. Las espadas sin filo se guardaban en el circo, pero siempre tenía a su lado la bolsa de piel con sus cuchillos. Ahora estaba sobre sus piernas y la acariciaba como si fuera una mascota de compañía. Se encaminó hacia la carpa azul decorada con estrellas blancas y franjas rojas y vio la fila de gente. Buen día, aunque las tres cuartas partes eran niños, y ellos no pagaban. Afuera de la casa de Galván había alboroto. Hans se detuvo a una distancia prudente y tomó a Margarita del brazo, que ya iba maquillada, con una botella de agua mineral en la mano.

—¿No deberías estar en los vestidores?

Margarita vio los dedos del viejo y frunció el ceño.

—El señor Galván está enfermo y su esposa me mandó a comprar un Agua de Lourdes. No va a poder estar en la función.

—¿Por qué no manda a alguno de sus hijos? —refunfuñó Hans. Margarita aprovechó para huir cuando al alemán lo agarró un ataque de tos—. *Dieser husten...*

El alemán avanzó unos pasos y vio que Leopoldo Sigala también se dirigía al cámper del jefe.

—No va a morirse, Leopoldo, a menos que lo hipnotices —gritó Hans alzando el brazo.

Sigandrello meneó la cabeza y siguió caminando. Cuando Sigala entró a su casa, la esposa salió y le embarró en el pecho el saco tipo cosaco de su marido.

—¡Qué bueno que ya llegó! —dijo sin voltear a verlo—. A ver si usted le puede quitar la diarrea.

—Soy mago, señora, no médico —repuso Sigandrello poniéndose rojo.

—Da igual, todos los médicos se sienten magos —dijo la señora dándole la espalda.

Sacudiendo la cabeza, Leopoldo caminó hasta la habitación y vio que Margarita la contorsionista estaba al lado de Galván, sirviéndole agua mineral.

—Maggie, déjanos solos, cariño, necesito hablar con él.

La muchacha exhaló alzando los ojos y de inmediato se dirigió hacia la puerta, acomodándose el leotardo en los muslos.

—¿Necesitas una chamaca en zapatillas de ballet para sentirte mejor? —dijo el mago cerrándole el ojo.

—Cierra la puerta —ordenó Galván. Tenía la cara amarilla.

—Ya deja de preocuparte. Tu hijo sabe dirigir una función. Tú empezaste joven, él ya tiene veinticinco.

—Tú sabes por qué estoy así —dijo el enfermo traspasándolo con los ojos.

—Tuve que contarles, Gabino, me acorralaron. Me amarraron, me amordazaron y de pronto, ¿qué veo? Me restriegan la cara en el lugar donde la enterramos.

—Y entonces esa bruja sabe lo que pasó, Timoteo sabe lo que pasó, Hans sabe —gritó Galván tratando de levantarse, pero en seguida se le puso la cara más amarilla y se agarró el vientre—. ¡Todo el maldito circo lo sabe! ¿Cuál es el plan ahora, genio?

—Fue un accidente, Gabino —dijo el mago sentándose y agachando la cabeza—. Los dos entienden, Timoteo sobre todo; saben que aquí cualquiera puede matarse en un ensayo. Se lo dije. En todo caso, tú no tienes de qué preocuparte, yo soy el responsable.

—Yo fui el que sugerí enterrarla clandestinamente, supongo que eso me hace...

Gabino no pudo seguir porque le llegó un espasmo de asco. Con la mano urgió al mago a acercarle una cubeta y vomitó en ella.

—Margarita —gritó Sigandrello aplastándose la nariz con los dedos.

—Ya se fue —dijo Galván babeando—, saca esa inmundicia y regresa. No hemos terminado.

El mago torció los ojos y sacó el recipiente como si llevara un cadáver.

—Tengo que entrar a la función —dijo señalando la puerta.

—Supe que vas a hipnotizarla. ¿Exactamente qué pretendes? ¿Están todos locos? Todavía no me queda claro si ustedes tres quieren matarse o son unos morbosos. ¿Vas a cumplir el capricho de esa mujer sólo porque tiene la desgracia de parecerse a Cecilia?

—Pero no es que se parezca. Es idéntica. Tiene que ser su gemela —exclamó el mago abriendo las manos.

—No tanto así —dijo Galván desechando el comentario con la mano—. A mí algo me huele mal.

—Y que lo digas, tú no tuviste que sacar esa cubeta —repuso el mago tapándose otra vez la nariz.

—Leopoldo, ¿te vas a encerrar con ellos? Yo quiero estar presente.

—Por el estado de ánimo en que está el joven Timoteo, no creo que sea muy inteligente que nos acompañes.

—Las balas pueden más que los músculos. Eso del hipnotismo y de que la chamaca quiere recordar son sandeces— dijo Galván levantando un dedo—. Lo que voy a hacer es liquidarlos a ambos.

—No, Gabino —dijo Sigandrello echándose hacia atrás.

—Liquidar, despedir, remunerar —se rio Galván por fin, pero la cara se le puso verde—. A veces eres tan inocente para ser un viejo de sesenta años. Les voy a dar un mes de sueldo y decirles que se larguen para siempre. Las cosas no son sobrenaturales como tú crees. ¿Sabes qué quieren? Algo muy terrenal. Quieren dinero para radicarse y casarse. ¿No es demasiada coincidencia todo este teatro?

—Gabino —dijo el mago despacio, acariciándose el mentón—. Yo no digo que sea sobrenatural, aunque nunca hay que ser tan arrogantes para creer que entendemos todo —dijo meneando el índice—. Soy un ilusionista, vivo de engañar a la gente. Pero creo que puedo sumir en trances, hacer recordar como a Saulito y Zambini. Se acordaron de cosas de su niñez. Por eso accedí. Tengo una pequeña esperanza; podría hacerme descansar.

—Leopoldo, fue un accidente. Cecilia ya es un montón de huesos. Esa mujer, una vividora.

—¿Te has puesto a pensar —dijo el mago sin prestar atención— qué tal vez no estaba realmente muerta? Me refiero a aquella noche. ¿Que nuestro terror nos haya nublado la percepción? ¿Que después de un profundo trance, en el que su respiración y su pulso disminuyeron al mínimo, despertó en su tumba, y haciendo uso de su buena condición y la fuerza de sus piernas empujó la tabla que le pusimos? ¿Recuerdas el chal con el que la cubrimos? Quizá la tela formó una barrera y gracias a eso no le llenamos la boca y los pulmones de lodo. ¿Podría ser que seguía tan confundida que sólo atinó a caminar de noche hasta llegar a la ciudad y ahí empezó una nueva vida? Un intenso trauma emocional puede producir amnesia, ¿sabes? —El señor Galván se hundió todavía más en sus sábanas—. Y podría ser —continuó Leopoldo— que cuatro años más tarde, al ver el circo, haya sentido el instinto de acercarse como cuando el perro rencuentra su casa.

—Si no fueras mi amigo me burlaría de ti —dijo Galván abanicándose con una revista amarilla—, pero como te estimo, me doy cuenta de que en verdad te pesa la conciencia. Ya olvídate de aquello. Yo tengo buena memoria, la chamaca estaba muerta, oímos su corazón, pasaron cinco minutos, le pusimos el aparatejo ése de doctor, tenía los labios morados. Estaba muerta. Si tienes dudas, te llevo para que veas los huesos. Voy a darles su liquidación a esos dos tórtolos y seguimos adelante.

—¿Entonces quién es ella? —dijo el mago alzando los hombros—. También me interesa saber. ¿Por qué tiene los recuerdos de Cecilia en la cabeza? ¿Te acuerdas lo que te dije aquella noche, de las almas que se meten en el cuerpo de otra persona?

—¿Por qué tiene los recuerdos de Cecilia? Porque quiere joderte la vida —dijo Galván medio sonriendo.

—A mí no parece que esté sedienta de venganza. Está tan asustada como tú y como yo.

—Yo no estoy asustado —gruñó Galván.

—No, sólo estás vaciando tu sistema digestivo en la cubeta —Sigandrello le guiñó un ojo.

—Me preocupa más Timoteo; a la madre de Timoteo la conozco desde hace años. Tu amiguita es una suplantadora.

—Sólo una última vez, Gabino —suplicó el mago—. Si es ella, voy a quitarme un peso de encima.

—No es Cecilia —insistió Galván.

—Entonces se abre ante mí todo un nuevo campo de estudio, la transmigración de las almas —sonrió el mago enseñando los dientes.

El enfermo suspiró y vio el techo, pero ya no pudo decir nada porque uno de los trabajadores del circo asomó la cabeza por la puerta.

—Don Leopoldo, vamos a empezar. Dice Galvancito que venga a poner orden.

—Pablito, dile a Margarita que venga. Ni mi mejor amigo ni mi mujer quieren atenderme cuando me estoy muriendo —gritó Galván.

Leopoldo Sigala se levantó para cortar la discusión y se encaminó al circo pensando que en sus viajes había visto muchas cosas muy raras en este mundo. Se metió a la carpa por la puerta de atrás. El murmullo de las graderías llenas se parecía al ruido de un avispero. Oyó gemidos a su izquierda, abrió un vestidor y se encontró a uno de los payasos besuqueándole el cuello a una bailarina. No podía tener más de 17 años. Sigandrello le clavó los ojos y la muchacha salió despavorida. El payaso se puso a hacer ruidos maniáticos doblándose hacia atrás y apuntando a Sigandrello, pero el mago no pudo reconocerlo. El bufón se subió a un monociclo y se esfumó llenando el aire de onomatopeyas.

—Jesús, manda más mujeres para salvar a tus payasos —murmuró Sigala alzando las manos.

Se puso el sombrero de copa y se ajustó el nudo de la capa. Caminó por un corredor y entró al vestíbulo donde el domador brincaba alrededor del elefante más viejo. El animal con gualdrapas doradas parecía que estaba bailando. El elefante observó a Sigandrello con ojos vidriosos; en su nunca estaba montada Cecilia con un gorro de Arlequín de cuatro cascabeles. Cuando ella vio a Sigandrello, se inclinó y acarició las orejas del elefante. El mago podía jurar que el animal estaba sonriendo.

—Muchacha, suerte. Te ves bien.

Cecilia inclinó la cabeza para decir gracias.

—Entonces, ¿esta noche? —preguntó ella y el elefante empezó a dar sus pasotes hacia la luz.

Sigandrello asintió con la cabeza y alzó su bastón con la thortveitita para sellar el trato. Cecilia alzó el pulgar y traspasó la cortina de estrellas rumbo a la pista. Ninguno de los dos se dio cuenta de que Hans acechaba entre las sombras.

Galvancito

Jackwisp se acercó a los palcos para enseñarle una flor de plástico a un niño. La mamá lo sacudió del hombro para que se fijara y enseñó la cara blanca que tenía enfrente, la sonrisa roja de oreja a oreja, la peluca color violeta. Un grito de júbilo salió del asiento, pero el payaso retrocedió. Conocía bien ese sonido, como el de un pájaro exótico. Lo produce la garganta que está debatiéndose entre desternillarse de risa o gritar de terror. Fred lo había escuchado miles de veces cuando se acercaba a los chiquillos. La boca formaba una sonrisa, pero los ojos estaban sumidos de pánico. Se dijo que debería haber una palabra para describir esa especie de sirena de policía que había oído toda su vida. Cada niño en los últimos cuarenta años había tomado uno de dos caminos; la mayoría se carcajeaba y su vientre vibraba de felicidad. En los otros, después de titubear, las cuerdas vocales cedían y el ruido se convertía en un llamado de auxilio. Entonces él retrocedía para que los padres consolaran a la criatura.

Regresó al centro de la pista con los payasos más jóvenes, que sólo se maquillaban la mitad de la cara y usaban ropas menos pomposas. Jackwisp se estaba convirtiendo en una figura desusada. Venía de una época distinta. ¿Qué ruido habría hecho Ethel cuando Ryan, maquillado como Jackwisp, la llevó al río? Cuando rasgó el vestido y los dedos se encajaron en los brazos esbeltos, Ethel debió de haber hecho ese mismo ruido con la garganta, que no es ni terror ni carcajada. Hasta que para ella fue obvio que la estaban violando, pero a diferencia de los niños, no había tenido la caricia ni el consuelo de la madre. “Tranquila, niña, el payaso ya se va, no llores más”. De todos modos, a Jackwisp ninguna criatura le había mostrado una dicha sin reservas. Excepto Cecilia. La sonrisa se le pasó a los ojos por un instante.

En el centro de la pista, un muchacho treinta años más joven atacaba a otro con burbujas de jabón, mientras un perrito brincaba para atraparlas. El payaso en huida se tropezaba cada dos pasos y se levantaba soltando un silbido y dándose una nalgada. Los niños estaban muertos de risa. Tomando en cuenta todo, Jackwisp había fallado miserablemente. El payaso era la representación del loco, del apetito voraz, de sensualidad sin freno y conducta maniática. Pero no Fred Warren. Debajo del maquillaje estaba aún el muchacho de Aurora, el que sabía que provocar risas no era una cuestión de atacar, sino de amar; de mostrarle a alguien que lo que tiene enfrente es genuino. Había llegado el momento de volver a casa.

Galvancito, el hijo, con su traje verde de rayas amarillas, se acercó a Cecilia al inicio de la función.

—Señorita —le dijo peinándose con la mano— Margarita no va a venir.

Cecilia volteó, lo miró de arriba abajo e hizo una mueca. Estaba poniéndose unos broches en el pelo.

—¿Qué quiere que haga?

—Que vaya a hablar con Hans y se pongan de acuerdo. Usted va a hacer el número de los cuchillos.

Cecilia tragó saliva, pero lo disfrazó de impaciencia con su peinado.

—Putra madre.

—¿Cómo dijo?

—Que se me desbarata el chongo.

—Ya ha practicado varias veces con Hans.

—Pero no es lo mismo. Nunca lo hemos hecho en vivo. Además no tengo ganas de hablar con Hans.

—Alístese. Igual lo va a hacer.

—¿Y me avisan media hora antes? —rezongó Cecilia estirándose más el pelo con el cepillo y el broche.

—Es orden de mi señor padre, y siempre hay una primera vez, escuincla babosa. ¿Cómo cree usted que le hizo Margarita? Vaya y dígale que le pase la vestimenta para ese número.

—Pero ella mide como 1.70. ¡No me va a quedar!

El hombre se dio la vuelta y Cecilia se agachó y le aventó un puño de paja que se deshizo en el aire. Se fue a buscar a Hans y lo encontró sentado en una caja de madera en el momento preciso en que arrojaba un cuchillo a una tabla que estaba enfrente.

—Hans —llamó Cecilia.

El viejo volteó con evidente disgusto.

—Te puse una condición —murmuró el alemán atrapando un cuchillo que acababa de hacer girar en el aire—. Acepté revelarte el secreto con la condición de que te fueras del circo. —La miró de reojo y lanzó otro cuchillo al frente. La hoja se introdujo hasta la mitad.

—Lo siento, Hans —Cecilia dejó caer los hombros—, pensaba hacerlo mañana que salimos para Córdoba. Con el alboroto será mucho más fácil, la gente se hará menos preguntas, y Timoteo va conmigo —mintió.

—Un trato es un trato —dijo Hans aventando el tercer cuchillo. La madera se abrió con un ruido seco.

—Es la última noche que vas a verme —repuso Cecilia—, no soporto estar cerca de Sigacaca y el gordo, y menos del odioso de su hijo, pero tampoco me dijiste gran cosa —murmuró meneando la cabeza—. Tú me dijiste que quedaría claro porque no recuerdo nada de los últimos cuatro años. Lo único que hiciste fue enseñarme una tumba.

Kirchgatter se le quedó viendo.

—Te saqué de la duda —respondió alzando los hombros y lanzó el cuarto cuchillo.

—¿De cuál duda? —dijo Cecilia abriendo los brazos y poniéndose roja en seguida. No dejaba de pasar saliva.

—Te vas esta noche —ordenó apuntándola con el quinto y último cuchillo.

—Mañana —repuso Cecilia con un hilo de voz.

—Hoy —insistió Hans—, en cuanto acabe la función. Fue nuestro acuerdo y te estoy haciendo un favor. Conozco a Galván y a Leopoldo mejor que tú. Tu madre no había nacido cuando yo ya sabía lo que los humanos son capaces de hacer, así que cierra la boca y vamos a practicar el número. Empieza a estirarte porque nos queda menos de media hora. Y recuerda —dijo dándole la espalda para ir a desencajar sus herramientas—, acabando la función te quiero lejos de aquí, con o sin Timoteo.

Cecilia apretó los dientes y le hizo una seña con el dedo, pensando que Hans no la vería, pero las sombras la delataron. El alemán miró el gesto, cerró la boca y asintió. Si así quería jugar ella...

Los aplausos se fueron apagando y la pista principal se quedó en la oscuridad mientras

preparaban el siguiente acto. En el ruedo más pequeño las luces se encendieron y la gente vio empotrada una tabla de dos metros de altura por uno de ancho. Hans salió caminando como un soldado en formación, y cuando llegó al centro hizo flanco derecho. Lo único que desentonaba con su formalidad era el cigarro a medio consumir en su boca.

—He aquí a la chica —anunció el sonido y Cecilia salió con un pantalón de cuero negro, un brasier del mismo color con encaje y una gargantilla con estoperoles plateados.

Saludó al público, recibió un aplauso tibio y se paró sonriente en la tabla mirando a su ejecutor. Todo sucedió muy rápido, la sorpresa era parte del atractivo. Hans, a dos metros de distancia, arrojó sus cuchillos como metralla, sin pausa entre los tiros. La madera rechinó cinco veces. La gente apenas había tenido tiempo de reaccionar: dos sables vibraban junto a las orejas de Cecilia, dos acariciaban sus caderas y uno se había quedado quieto encima de su cabeza. El aplauso fue más enérgico, pero Sigandrello, que estaba cerca, se paró de golpe. Hans se había acercado demasiado, cuando menos cinco centímetros más de lo normal. En seguida Cecilia dio media vuelta y quedó con la cara hacia la madera. Hans ya había recuperado sus armas. Otra vez el viejo esperó cinco segundos y disparó sin pausa, como quien llama a la puerta. Los dos primeros aceros fueron directamente al omóplato derecho de Cecilia, quien se arqueó hacia su izquierda deslizando su mano por el muslo; luego Hans lanzó dos al hombro izquierdo y Cecilia se dobló hacia la derecha; finalmente uno que se habría clavado en medio de su columna vertebral. Con exactitud de relojero, Ceci se dejó caer haciendo un split y levantó un brazo sonriendo. El cuchillo quedó aleteando en la tabla quince centímetros encima de su cabeza. El público aplaudió de pie. Sigandrello se incorporó y empezó a dar vueltas decidiendo si debía correr por el micrófono y poner fin al espectáculo o ver morir a su amiga. Aunque Hans hacía la misma rutina con Margarita, ahora estaba lanzando el doble de rápido. Leopoldo sabía que Ceci era temeraria, pero la tensión entre los dos le llegaba hasta las fosas nasales.

Dos ayudantes entraron a la pista con una rueda de madera pintada con círculos concéntricos amarillos y rojos. La montaron en una plataforma de cuatro patas y asintieron para indicarle a Cecilia que podía subir. La actriz se recargó en la tabla con su misma sonrisa congelada y abrió las piernas y los brazos. Los jóvenes la amarraron de las muñecas con correas que salían de la diana y se agacharon para sujetarle los tobillos.

—Damas y caballeros, presencien ahora la tercera y más peligrosa parte de este número. Ustedes no lo verán en ningún otro circo de México. Directamente desde Alemania, Hans lanzará sus cuchillos sobre Cecilia, que no sólo permanecerá completamente inmobilizada, sino... ¡estará girando! A todos ustedes les pedimos no hacer ningún ruido, ni siquiera toser. Los cuchillos son reales, Hans necesita absoluta concentración.

Cuando los dos asistentes empezaron a amarrar los tobillos de Cecilia, vieron que el viejo se acercaba apretando el cigarro con los labios. El alemán chupó el papel, exhaló y sacudió la mano.

—No, no; no quiero que tenga las piernas abiertas. Hoy voy a cambiar la parte visual. Cecilia, cruza los tobillos. Eso es. Ustedes dos, amárrenselos. ¿No se pueden fijar a la rueda? Entonces haz fuerza, niña, y no los despegues.

—Hans —siseó Cecilia—, así no lo ensayamos.

—¿Qué importa? Mañana ya no estarás con nosotros. Tú misma lo dijiste —sonrió Hans.

Cecilia volteó a la izquierda y a la derecha para ver si los cargadores habían oído, pero ya estaban metiéndose a la bodega. Su frente empezó a llenarse de perlitas.

—Hans, el lunes Timoteo y yo nos vamos a ir, te lo prometí —murmuró Cecilia forcejeando con las manos—. ¿Por qué con los pies cruzados?

Sin dignarse a contestar, el alemán se alejó cuatro pasos y por fin dejó caer el cigarro. Cecilia, frustrada, dejó caer la cabeza hacia un lado. En el público se levantó un murmullo de desaprobación ante aquella falta de respeto. Parecía que estaba crucificada. En medio del chorro de luz, la rueda comenzó a moverse. Los círculos amarillos y rojos abrieron a su espalda la ilusión de un abismo. Desde su perspectiva, Cecilia vio al lanzador de cuchillos dando vueltas como rehilete, un ojo cerrado, el brazo en el aire. De pronto la madera crujió cerca de su cabeza. Ni siquiera lo había visto disparar. Siguió dando vueltas y escuchó que la tabla se rajaba en algún punto cerca de sus piernas, tan cerca de su muslo que sintió vibrar el aire. La multitud ahogó un grito. En ese momento, Cecilia decidió que no le estaba gustando. Algo no andaba bien. Hans se tomaba su tiempo, normal porque el blanco estaba rehileteando, pero a ella le parecía que estaba buscando una vía de escape.

Ceci buscó con los ojos, distintos uno del otro como una piedra de un zafiro. Se dio cuenta de que cada vez que la rueda completaba su trayectoria y quedaba de pie, podía rozar el suelo si estiraba las piernas al máximo. El tercer cuchillo cayó en la orilla de la rueda, el cuarto al otro extremo. Hans estaba alardeando. Ella sabía mejor que nadie que, con la tensión adecuada, los huesos podían alargarse. Cuando completó la siguiente vuelta tocó el suelo, se hizo arco y empujó la diana hacia atrás, en el preciso instante en que Hans lanzaba el último cuchillo al centro de la rueda. Desequilibrada la plataforma, cayó hacia atrás levantando polvo, casi sin hacer ruido. Cecilia vio pasar el proyectil sobre su cabeza. Lo siguiente que oyó fue una exclamación de tensa admiración y en seguida un nutrido aplauso. Alguien apagó las luces y echó los reflectores sobre Sansón, que la miraba preocupado. A la derecha dos ayudantes venían corriendo. A la izquierda, Cecilia alcanzó a ver las botas de Hans desvaneciéndose en la penumbra.

Dieser husten

El mago Sigandrello asomó el ojo a través de su thortveitita y vio la cara de la muchacha en pantalón de cuero por toda la habitación, un ojo en cada ángulo de la piedra. Parecía que hubiera convocado a todos los fantasmas del circo. Muy apropiadamente: estaba a punto de descubrir qué había sentido aquella niña Cecilia al momento de morir, cómo había viajado su conciencia a ese otro cuerpo que tenía enfrente, desde aquel sepulcro de lodo y ramas. O eso esperaba. Eso le había prometido a la acróbata de los ojos dispares, ayudarla a recordar; después de eso se dejarían en paz.

Estaban en casa de Leopoldo, iluminada sólo por la luz de una lámpara de porcelana. La base daba vueltas y un cilindro oculto tocaba una canción que nadie podía identificar. Ella ya llevaba quince minutos en trance; el hipnotizador había logrado llevarla hasta aquel día, cuando jugó con detener el corazón de la niña adolescente. Se maravilló al darse cuenta de que hasta ese momento había una sólida conexión entre ambas mujeres. La que estaba en trance recordaba cada detalle. “Sorprendente”, se alentó a sí mismo. “Es un auténtico caso de metempsicosis. ¡Lo que no estoy a punto de descubrir!”. Trató de no darle importancia al hecho de que él también se sentía algo escéptico.

El mago volteó a ver a Timoteo, el Chiquilín, que lo miraba con la cabeza en alto y los brazos cruzados. Levantando ligeramente las cejas le pidió permiso para comenzar. El muchacho de casi 1.90 de estatura asintió sin decir nada. Sigandrello acercó una silla a Cecilia y se sentó enfrente, casi tocándole las rodillas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Cecilia Batín.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —murmuró la chica.

A Timmy le pareció que estaba dormida. Se mantenía alejado pero estaba listo a saltar sobre el mago si éste hacía cualquier cosa que no le gustara.

—Estás en el día en que moriste —dijo Sigandrello con voz ronca.

Leopoldo Sigala miró hacia arriba y se preguntó si su abuelo lo estaría viendo desde el más allá. Él era quien le había contado sobre la transmigración de las almas. Su ancestro también se llamaba Leopoldo. Había peleado al lado de los invasores del suelo patrio, y cuando el último barco francés zarpó de Veracruz, supo que salvar su pellejo dependía de conseguir asilo a bordo. Del viejo continente, a la India. Ahí había oído sobre la peregrinación de los espíritus por distintos cuerpos. Para el abuelo no hubiera sido un misterio que esta mujer fuera idéntica a Cecilia Batín. Según el abuelo Leopoldo, algunos espíritus se llevan al morir las características físicas del fallecido cuando forman parte de su esencia. Una vez conoció en Jaipur a una mujer con el espíritu de varias personas. Pero al nieto, que estaba ahora encerrado con aquellos jóvenes, lo que más le sorprendía era que a él, insignificante mago de circo, le estuviera tocando presenciar un caso. Se sintió humilde y agradecido. A su derecha estaba el señor Galván, con cara de piedra. Quería decirle mil cosas con los ojos, pero no se animaba porque Timoteo estaba detrás de él.

El maestro de ceremonias se paró de puntas, miró a la acróbata dormida y empezó a hacer

cuentas. En cuanto terminaran iría a la caja, les daría quinientos pesos a cada uno y les exigiría que se largaran. Lo sentía por la mamá de Tim, y porque apenas hacía treinta minutos, Jackwisp había renunciado. Fred Warren quería volver a Ohio. ¿Y Hans? ¿Había corrido por el ridículo? ¿O ese desastroso número con los cuchillos, la rueda giratoria y el derrumbe de la plataforma había sido planeado? Si Hans estaba prófugo, perdería a cuatro actores en una noche. Se rio entre dientes. Leopoldo tenía razón. El circo se estaba cayendo en pedazos.

—Eres Cecilia, tienes dieciocho años —dijo Sigandrello con voz tersa y baja—. Es de noche y estás sentada frente a mí, yo me inclino, dejo algo en el piso y te pido que hagas algo. ¿Recuerdas qué?

—Que recoja una cajita de cerillos, pero no puedo porque pesa mucho.

—¿Y luego? —preguntó Sigandrello levantando una ceja.

—Me duele mucho el pecho —gimió Cecilia recogiendo los brazos—. Muchísimo.

Timoteo se puso tenso. Galván le pidió a señas que tuviera paciencia.

—¿Qué ropa tienes puesta, cómo llevas el pelo? —atajó Sigandrello, pero Cecilia seguía con expresión de dolor y las dos manos contraídas sobre el corazón.

—Todos estamos muy solos —murmuró ella.

Sigandrello frunció el ceño. Quiso volver la cabeza hacia atrás pero se evitó la molestia. No tenía idea de cómo responder a eso.

—Cecilia, ¿qué hora es? —preguntó Sigala secándose el sudor con la manga de la camisa. Muy impropio para él.

—No quiero estar aquí —respondió Ceci con las palabras mordidas, como hablan quienes desean seguir durmiendo. Su timbre era el de una mujer más joven—. Quiero respirar.

Sigandrello asintió y por fin sus ojos mostraron interés.

—¿Puedes decirme qué sientes? Tienes dieciocho años, tu corazón está quedándose quieto. ¿Cómo se siente?

—Desde que era niña —dijo Cecilia enderezándose y retirando las manos del pecho— me pregunté cómo sería estar en un circo. —Esta vez Leopoldo, desconcertado, buscó respuestas en los ojos de sus acompañantes. Timmy sólo alzó los hombros—. Me gustaban los elefantes, las jirafas, los perritos que brincaban por el aro. Pero lo que más disfrutaba eran las cosas que implicaban peligro —Ceci sonrió—. Madre, ya tengo noventa años... ¿me muero o vuelvo a empezar?

—¿Quién eres? —ladró Galván desde el fondo del cuarto.

Sigandrello le ordenó callarse y volvió con la chica.

—¿Tu madre está contigo?

—La tristeza, en todo el circo.

—Cecilia, por favor —suplicó el mago—, concéntrate.

—Déjame morirme.

—Sí, ese día te moriste —dijo bajando la mirada por unos segundos—. ¿A dónde fuiste después?

—Somos al final tú y yo y ella. Vamos a morirnos juntos.

—Esto es una tontería —cuchicheó Galván en la oreja de Timoteo—. Está hablando dormida, por eso dice incoherencias. Leopoldo quiere encontrar misterio donde no lo hay.

Como si hubiera escuchado, Cecilia se impulsó con las piernas y caminó hasta el centro del cuarto, con los párpados abajo. Galván se escabulló atrás de Timoteo. Éste dejó caer la mandíbula. Al llegar debajo del foco, Ceci se tendió en el suelo y se descubrió el pecho. Los tres hombres se quedaron en la misma posición durante varios segundos, con los músculos tensos. Sigandrello retomó el control.

—Cecilia, no importa lo que suceda ahora. No importa a donde vayas. Sólo quiero que me cuentes que sucedió. Al terminar vas a volver poco a poco y a tener otra vez veintiún años. ¿Qué sientes?

—Nada —murmuró otra vez con modorra—. Veo cosas —dijo apretando los puños. Sigandrello observó el gesto. Estaban llegando a la parte decisiva.

—¿Y qué cosas ves? —preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Me ves a mí?

Cecilia soltó una carcajada. Sigala retrocedió un poco y se acarició la barbilla haciendo círculos con los dedos. Suspiró y decidió empezar de nuevo, pero ella lo interrumpió.

—Me duele el pecho —gritó haciéndose arco en el suelo—. Tú y el panzón me pusieron en el asiento trasero del coche. Él quiere mi rebozo, lo echó sobre mi cuerpo, me aventó trapos a la cara —dijo bajando poco a poco el volumen de su voz; pasaba del brío a la modorra—. Después me puso en un hoyo, con piedras y raíces. Tengo lodo en las piernas, hay hormigas, está mojado. No estoy muerta —lloró. El mago dejó que las lágrimas escurrieran por sus sienes. Atrás, Timoteo decidió estrangular a Galván, pero cuando vio que éste ya tenía dificultad para respirar sin ayuda, sintió lástima.

—¿Así es como termina tu vida? —preguntó Sigandrello despacio.

Ceci frunció el entrecejo y se quedó callada. Timoteo y Gabino Galván por fin rompieron el cerco y rodearon el cuerpo. Leopoldo vio que los ojos de Cecilia estaban moviéndose alocadamente bajo sus párpados. Galván se persignó. Timoteo se hincó y quiso tocarla, pero Sigala se lo impidió. Leopoldo cerró los ojos y se inclinó hacia la muchacha. Lo que venía a continuación lo habían querido saber todas las generaciones desde que el primer hombre enterró al primer muerto. Era el momento de triunfo del mago Sigandrello.

—Ahora que has dejado ese cuerpo —dijo midiendo las palabras— quiero saber a dónde se va. ¿Qué sucedió entre tu muerte pasada y tu vida actual?

Cecilia movió los ojos más rápido y agitó la cabeza como si quisiera espantarse un mosquito.

—Nada. Alguien está tocándome.

—¿Cómo? —exclamó el mago—. Pero...

—Alguien está rascando la tierra —increpó Cecilia—. Quitando las piedras, moviendo las ramas, quitándome el rebozo de la cara. Alguien está conmigo.

—¿Quién es? —irrumpió Galván.

—¿Quién? —ordenó el mago.

—¿Quién es? —susurró Timoteo para sí mismo.

—Abrí los ojos —dijo Cecilia sonriendo. Los tres hombres, unidos en la ignorancia, se pusieron pálidos—. Me dice que me vaya. Todavía duele, estúpido mago. Me empuja, me dice que me ponga a salvo —dijo hablando cada vez más fuerte y el mago sintió que toda la sangre se le iba a los pies— y tose, tose, tose. *Dieser husten...* Justen, sí. Salud.

—¿Hans? —exclamó Tim abriendo los ojos.

—Hans —tembló la voz de Sigandrello.

—¿Pero cómo? —babeó Galván.

—Fácil, el viejo nos siguió y la desenterró—. Leopoldo se llevó las manos a la cabeza y se dobló para apoyar los codos en las rodillas por un instante. Galván seguía boqueando como pez.

—Y entonces —balbuceó—, ¿de quién son esos huesos? ¿Quién está enterrada ahí?

Sigandrello levantó la cara y miró al maestro de ceremonias secándose las canas empapadas de sufrimiento.

—Ya sé quién es. Y es algo mucho más tétrico que lo que acabamos de oír —dijo el mago, y en

ese momento abdicó—. A la mierda la transmigración de las almas. A la mierda la reencarnación. La verdad es más simple y deprimente de lo que se imaginan.

Hans Kirchgatter

Matilda Reyna abrió el cierre de su bolsa para meter un par de blusas que había olvidado en casa de Hans. Las aplastó hasta el fondo como si fueran dos pájaros que fueran a volar, se acomodó el pelo detrás de la oreja y rezó para que el viejo no viera que le temblaba el labio inferior. El lanzador de cuchillos la agarró del brazo y se acercó a su oreja.

—No te dejaré ir —dijo separando las sílabas.

Mady sintió en la columna las mil caricias que Hans una vez le había regalado. Sacudió la cabeza y frunció completamente las cejas. Alguna vez incluso lo había dejado hacerle una corte superficial en la espalda con uno de sus infames cuchillos. Hans había empezado a respirar rápido y a meterle la lengua en la oreja, pero a Matilda le había parecido asqueroso. Notó que sus dedos estaban torpes, temblando. Hizo acopio de valor, miró sobre su hombro y recitó otra vez las palabras de las que ya estaba cansada.

—Tengo que irme, Hans. Para mí es hora de salir de este sueño, o pesadilla, lo que sea —dijo bajando la mirada.

Ya no podría tomar el autobús de las siete a Puebla.

—¿Qué dirá tu madre? —dijo él bloqueando la puerta con un brazo.

—¿Cuándo te ha importado lo que diga mi madre? —se burló Matilda—. Si te interesara la opinión de doña Antonia, nunca me habrías seducido. Mi mamá se moriría si supiera lo que pasó entre nosotros.

El lanzador de cuchillos no dijo nada, sólo traspasó a Matilda con sus ojos de miniatura. Una vez habían sido vivarachos, pero se habían ido retrayendo entre más mundo se les había metido. Ya casi estaban llenos. En la capa más profunda yacían campos bávaros regados con cerros azules repletos de pinos, ríos tranquilos cantando junto a árboles parecidos a dientes de león, padre e hijo cargando cestas de palomas mensajeras, divertidos con las aves. Luego la guerra, el frente oriental y el campo de concentración en Rusia. En la siguiente capa traía adherido el monótono llano de nieve y las vías del ferrocarril de Leningrado. Los rusos habían sido peores que los alemanes con los prisioneros de guerra, pero a ellos nadie los acusaba. Para el mundo, todas las atrocidades estaban sobre la espalda de Alemania. Los prisioneros habían vuelto a casa tras el armisticio pensando en levantar un nuevo mundo. Todos menos ellos, los presos alemanes. Stalin no los soltó porque después de la osadía de pisotear a la madre Rusia, su deber era repararla. Amontonados en una bodega, con temperaturas de menos veinte grados, en 1945 Hans Kirchgatter ya era viejo para salir con un mazo a enderezar vías. Estaba a punto de cumplir cuarenta, pero siempre trabajaba más de lo que le asignaba el oficial soviético. En dos semanas aprendió las reglas: si sobrepasaba la cuota recibiría una ración mayor que la regular de un tazón de avena y 450 gramos de pan. Hans martilleaba furioso bajo el aliento del padre invierno, con las cejas blancas y la parte blanca de los ojos solidificada. A quienes la fatiga no permitía cumplir la cuota, se les quitaba para alimentar a los fuertes. Con porción mermada, normal o extra, la mayoría murió de hambre y cansancio.

Un día, un oficial pelirrojo con una estrella roja en la gorra abrió la puerta y les hizo una señal con la cabeza. ¿Había llegado la hora? Hans salió el segundo, con la cara levantada, pero afuera no

había ningún pelotón de fusilamiento. El campamento estaba abandonado. El soviético disparó hacia el oeste, marcando un camino en la nieve y los despidió en un alemán defectuoso pero comprensible.

—Ese Dios al que sirven, ¿los ha podido librar? No, soy yo quien los libero. Acuérdense de eso. Buena suerte.

Hans deseó que si había un infierno, ese hombre y sus compatriotas ardieran para siempre. “Voy a odiarlos el resto de mi vida. No creo soportar nunca más la vista de un ruso, son peor que fieras”, pensó. En sus ojos lastimaba como una viga de acero el camino recto sobre el hielo deshabitado. Cuando el sol no salía, las tormentas de nieve le hacían surcos en la cara. Sus arrugas no eran producto de la casualidad, mucho menos de reírse mucho. Veinticinco días de camino. Todas las noches, antes de acurrucarse en el siguiente agujero en el hielo, Hans sacaba la fotografía arrugada de Ilse. En el trayecto depositó bajo tumbas de hielo a Klaus, a Dieter, a Günter, a Horst, a Manfred y a Uwe. Ésos eran sus apóstoles. Los otros cinco habían tenido que convencerlo, en cada entierro, de que llevar los cadáveres a cuevas hasta la patria sólo pondría en riesgo sus vidas. En Königsberg estuvo a punto de rendirse, echarse al río y ahogarse cuando entró a una iglesia abandonada. El edificio destacaba como una flor en medio del páramo; estaba en buen estado excepto por la falta de puertas. Se quitó el gorro que le había dejado Dieter y caminó por el pasillo dentro del templo. En el altar había una mujer clavada sobre la cruz. A los lados, representando a los ladrones del Gólgota, estaban crucificados dos soldados alemanes, aún con su uniforme. Nadie se había atrevido a robarles la ropa.

Cuando vio a Berlín, violada, desmembrada y ahogándose en humo, sintió que su corazón se convertía en una bayoneta. Se carcajeó frente a la puerta de Brandenburgo, que parecía ir al frente de un desfile de una civilización desaparecida. La mayoría de los berlineses habían huido o se descomponían bajo pirámides de escombros, monumentos a la idiotez humana. La devastación era peor en Colonia.

—¡Hans!

Atrás de él, un esqueleto envuelto en harapos agitó la mano.

—¡Peter!

Los dos amigos se abrazaron.

—Hace tiempo que no sé de ti —dijo Peter casualmente, comiéndose las uñas porque tenía hambre. Sonreía como si se hubieran encontrado en un sueño.

—Bueno, ya sabes —repuso Hans quitándole la mano de la boca—, hubo un problemita con los rusos. Tienes los dientes hechos un asco. Veo que los franceses también vinieron a abofetear a la señora.

—¿Cuál señora? —Peter agachó la cabeza y se tapó con la ropa.

—Alemania.

—Claro, Alemania. —Peter sonrió exageradamente y se puso a asentir con la cabeza sin control, sin dejar de jalarse con los dientes los pellejos de los dedos.

—¿Qué haces, viejo? —Hans le dio un golpe en la muñeca y con eso tuvo para derribarlo. De inmediato hizo un gesto de dolor y lo ayudó a levantarse—. Te estás devorando a ti mismo, hombre. Ya deja de hacer eso. ¿Sabes algo de Ilse?

Peter se levantó y siguió la conversación como si nada.

—¿Tu mujer? Quisiera saberlo también. Necesito una.

—Tú necesitas ir a un refugio, comer, estás hecho un esqueleto —dijo Hans sacudiéndolo suavemente de los hombros.

—Viejo, yo iba a decirte lo mismo. Debes de pesar 50 kilos —respondió su amigo examinándolo

de pies a cabeza y palpando la cadera de su ex compañero de escuela—. Aquí sólo siento huesos.

—Pero estoy fuerte. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Estaba en Berlín. Hace dos semanas vine, a buscar mi casa. Está en ruinas, lo mismo el barrio. Ni siquiera puedes ver pájaros, todos volaron. Los vecinos se convirtieron en fieras. Por todos lados hay grupos a la caza de comida. En Berlín vi que mataban a hombres más jóvenes que nosotros para quitarles la ropa, el reloj o las botas. Tampoco es una buena época para ser mujer —dijo Peter haciendo una mueca extraña y sacando la lengua como una víbora—. Las violan en cada esquina. En ocasiones varias veces por noche. Los vecinos matan a los vecinos. Los amigos son ahora enemigos. Y si tienes un acento que no le guste a alguien, estás frito. Dime, ¿crees que yo podría pasar por francés?

De pronto Hans extrañó el manto de nieve y a los nueve apóstoles. Lo único que quedaba era seguir caminando hasta que el mar le lamiera los pies en la arena de España. Y seguir. Más allá había otra gente a la que no había tocado la guerra.

—Tengo que ir a mi casa —dijo Hans acomodándose la chaqueta y girando sobre sus talones—. No volveré a verte. Que Dios te ayude, Peter.

—No vas a encontrar nada —gritó el montón de huesos caminando en dirección contraria y alzando un brazo—. Sólo basura.

—Y mis cuchillos —murmuró Hans.

Su casa era una pirámide de madera, vidrio y fierro, pero el roble de la calle y el tesoro que empuñaban sus raíces seguían intactos. Una bolsa de cuero con seis cuchillos suizos con empuñadura de oro. Con vender uno solo podría comprar su pasaje hasta América, donde todavía había decencia, no antiguas y respetables amas de casa de Berlín y Königsberg haciendo fila para ofrecerse a los soldados norteamericanos; sin el mínimo amor en ninguno de los lados, porque lo que se sentía sobre cada cabeza era un manto de desprecio. En Europa todos habían terminado odiando a alguien.

Dos años más tarde, con veinte kilos extra, Hans se echó su bolsa al hombro y subió por las escaleras del Aranjuez. A lo largo del viaje le salpicó los ojos la superficie tibia y líquida del Atlántico. ¿Sería cierto que adelante había gentes alegres y morenas que no sabían de la guerra más que por la radio? Doce días después vio en la distancia el volcán de Veracruz. En la cima de la montaña estaba la nieve rusa, arrojada con desprecio por esta gente a los dioses. Abajo, el paraíso. Los ojillos descoloridos de Hans se abrieron un poco y por primera vez lloró de felicidad. Sus manos se aferraron a la barandilla del Aranjuez como a un bastón. Sus piernas flaquearon. Aun así, metió la mano en la bolsa del pantalón y sacó la foto de Ilse. Con los dientes triturándose unos a otros, arrojó el papel a las aguas del Golfo de México. Adelante estaba México con los brazos abiertos, oliendo a jazmines. Matilda, su novia de dieciocho años había oído varias veces la historia, pero nunca la había creído. Sin embargo se divertía oyendo los detalles mientras se estiraba en la cama de Hans como una gata. La odisea de Kirchgatter era mejor que las películas de gánsters contra charros.

Los ojos de Hans volvieron al presente, saturados con todas esas cosas. Se dio cuenta de que Matilda había terminado de empacar y estaba impaciente. El último autobús salía a las diez.

—¿Ya no me amas? —le arrojó el último lazo. Matilda enmudeció unos segundos.

—Estaba enamorada de ti, pero yo tenía 14 años cuando mi papá murió, y tú te aprovechaste de eso. Cuando entraste a mi vida tenía 16. Ni siquiera sabía que a los hombres les gustaran esas cosas.

—¿Qué cosas? —Hans estiró el cuello.

—Las que tú me pedías.

—Todavía no hables en pasado, querida. Piensa en Toñita, tu madre, tan alegre, tan servicial;

¿cómo va a sentirse mañana cuando vea que su niña ya no está?

—Te enterarás en unas horas —contestó Matilda alzando los hombros—. No creo que se preocupe tanto, le dejé una carta en mi cama. Ahí explico todo. No puedo seguir viviendo en un circo, no puedo rechazar esta oportunidad.

—Nosotros siempre vamos a estar juntos —dijo Hans y por primera vez rechinó los dientes—. Nada hay mejor en este circo que el acto de los cuchillos. Dos a cada lado de tu cuello. Otros dos adentro de tus muslos amarrados y abiertos. El mínimo error, te desangras en tres minutos. Nunca te he fallado, Matilda.

—Eso no tiene nada que ver con que yo me vaya —dijo abriendo los ojos—. Es sólo que no quiero quedarme toda la vida pegada a una tabla esperando a que me arrojes tus cuchillos y que la gente aplauda porque me aguanté el miedo.

—Sí, sí —dijo Hans haciendo un ademán y caminando hacia el otro lado de su cuarto—. Ya tienes dieciocho años. Crees que estás lista para tragarte el mundo. Crees que puedes beberte el océano de un golpe.

Matilda se sentó de nuevo.

—Ya sé, soy casi una niña... comparada contigo —dijo sonriendo para abajo.

—Y por eso crees que puedes aventarme como un mueble viejo —dijo Hans rechinando los dientes. Sin alzar la cabeza, Mady vio de reojo que su ex amante tenía los puños tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Mi vida, lo siento mucho —dijo poniéndose de pie y caminando hacia él. La tenue acróbata se puso de puntitas para alcanzar la mejilla del gigantesco hombre. Hans retrocedió.

—No te lo mereces —dijo, y su voz se fracturó.

Matilda entornó los ojos. No estaba segura si era tristeza o rabia lo que hacía que Hans se agachara y metiera la cabeza entre las piernas. En realidad estaba buscando bajo su cama. Estiró el brazo y sacó el estuche. Las empuñaduras estaban hechas de oro. Vio la cruz suiza y se acordó de la mujer de Königsberg. Y antes, el pavimento retumbando en Colonia bajo el peso de los tanques; él y su papá habían soltado a sus palomas mensajeras, con las que tanto se divertían, y luego enterraron el estuche junto al roble. Ahora el piso de su tráiler se estremecía de forma más terrible, porque Matilda ya caminaba hacia la puerta. En cuanto se fuera, él ya no sería el amante de nadie. Solamente un fenómeno de circo de 65 años.

—Mady...

—¿Sí?

La delicada acróbata giró una vez más, torciendo los ojos.

—Una cosa más, niña.

—¿Qué?

—Acércate. Sólo quiero que te lleves algo para el camino.

La jovencita soltó el aire y sonrió. Caminó con los hombros relajados hacia el alemán. Hans se puso de pie, también sonriendo. En un parpadeo había decidido que se quedaría con sus dos posesiones más queridas: su colección de cuchillos y la joven Matilda. Pero tenía que hacerlo rápido y de forma muy eficiente. No podía arriesgarse a despertar a alguien en el circo.

Ceci

Hans estaba sentado frente a su obra, jadeando, con los codos apoyados en las rodillas. Su mano derecha empuñaba el cuchillo. Sus ojillos daban vuelta por toda la habitación, como si estuviera esperando a un pelotón. Poco a poco su respiración comenzó a alentarse, aunque el trazo de su cara permaneció idéntico. Para entonces el charco de sangre sobre el que flotaba Matilda había formado una laguna y amenazaba con salir por debajo de la puerta. El pelo estaba desperdigado en el espejo rojo. La mujer que hacía unos minutos pensaba que iba a ser libre yacía con los brazos retorcidos y los ojos semiabiertos. Hans tenía sus dedos pintados en una mejilla, y sentía cómo le palpitaba un rasguño en el párpado derecho.

El lanzador de cuchillos sacudió la cabeza. La primera vez que hundió el acero había actuado de forma increíblemente estúpida. Abrirle el estómago sólo le había causado un sufrimiento innecesario y una copiosa hemorragia. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, Mady se había puesto más pálida incluso que ahora que estaba muerta, y se había llevado las manos al vientre con ojos de decepción. Hans se preguntaba una y otra vez si la había oído decir “No es justo”, pero no estaba seguro. Qué curioso. Él había pensado que la destreza física para matarla sería lo fácil y la parte emocional lo difícil, cuando la realidad había sido lo contrario. Rápido comprendió su error, apuñalearla a ciegas sólo empeoraría las cosas. Cuando pudo deshacerse de la furia, hundió la hoja en su corazón, hasta el mango. De inmediato los dedos de Matilda se aflojaron.

El cirquero miró el reloj y arqueó las cejas. Las once. Llevaba media hora viéndola. El cadáver movió la pierna espontáneamente.

—El corazón de tu madre de todos modos iba a romperse —respondió moviendo la barbilla. Una pequeña burbuja roja salió del pecho abierto.

Caminó hasta el espejo y examinó el rasguño que tenía debajo del párpado. Una pasada con una toalla mojada lo tranquilizó: la sangre no era suya; sólo era un rasguño. Un poco más arriba y aquella leona le hubiera sacado el ojo. Miró el techo. Un pájaro estaba caminando por afuera, sobre el metal, haciendo ruiditos. Tenía que moverse rápido. Los primeros en levantarse estarían trabajando en el zoológico a las cinco de la mañana. Arrastró a Matilda hasta un tapete, le dobló las piernas y le echó encima una sábana para poder pensar. Se acordó de que la joven había dejado un recado anunciando que se iba. Nadie sospecharía de él; ella misma había puesto la coartada. Dio vueltas por su casa preguntándose si primero debía barrer la sangre o deshacerse del cuerpo. Regresó al espejo. Vio a Hans Kirchgatter, que ya era viejo en Leningrado, mucho más arrugado y seco que en la bodega en Rusia. Se lavó los brazos, el cuello, se talló las manos con un estropajo hasta que casi se arrancó la epidermis y se cubrió con una gabardina de color verde claro. Se plantó como un general frente al cuerpo de Matilda. Le quitó la sábana y la admiró por última vez: la nariz, los labios generosos, las cejas, el lunar amado. No quiso besarla. Ella no lo hubiera consentido. Sólo se permitió apartarle un mechón empapado que le tapaba la frente. Suspiró, se agachó y se la echó al hombro. Era sorprendentemente ligera. Por supuesto: había sido acróbata. Tenía los huesos huecos y los músculos de hule. Hans asintió: nunca había penetrado una carne tan delicada y al mismo tiempo tan firme.

Caminó con las estrellas de fondo, con el fardo a la espalda, sin saber cuánto debía alejarse.

Tanteó el suelo con la punta de la bota y lanzó una maldición. No había llovido en más de un mes y la tierra estaba dura. Apretó la cara contra las pantorrillas que tenía al lado y se lamentó. Lo último que quería era deshacerse de Matilda, pero si seguía dando vueltas alguien iba a salir a ver quién andaba merodeando. Entonces se le iluminó la cara y algo parecido a una sonrisa se dibujó en medio de la noche. Tomó el camino hacia el oriente, hacia el zoológico. Los leones ya estaban trastornados con el olor; donde quiera que los amantes pasaban, el aire se saturaba. Una bestia estaba agazapada en las sombras de la jaula, lista para saltar. El león más joven se irguió en dos patas y arañó los barrotes. El resto daba vueltas en círculos, gimiendo, como si Hans trajera un látigo.

Dejó caer a Matilda a tres pasos de la jaula y los cuatro animales se lanzaron al mismo tiempo, estirando las patas para tratar de alcanzarla. El escándalo inquietó a Hans. Volteó sobre su hombro e inspeccionó el terreno: completamente desolado. No había luz en ninguno de los carros. Temblando, estimó que la separación entre los barrotes era de unos quince centímetros. De ninguna manera ella cabría por ahí. Los brazos, las piernas completas, quizá; pero las caderas y la cabeza, imposible. ¿Tendría que desmembrarla primero? Se acordó de Horst. En la tundra, Uwe le había tenido que cortar la pierna. Uwe era joven y fuerte, y aunque había sido fácil rebanar alrededor del hueso hasta dejarlo expuesto, romperlo había sido sorprendentemente difícil. Habían usado una roca como palanca. Sacudió la cabeza para volver al presente. Se acostó en la tierra y arrastró a Matilda hacia la jaula. Cada milímetro era una conquista. Se estiró y sintió el aliento de lumbre de los animales sobre su cabeza. Con un grito, asió el tobillo izquierdo de Matilda y acercó el pie a los barrotes. El animal prensó la pierna por debajo de la rodilla y en un segundo metió el cuerpo completo a la jaula.

Hans empezó a ahogarse de la impresión. Al fondo los animales desmembraban el cuerpo. En menos de un minuto cada uno se había posesionado de una pierna o un brazo. El más grande había reclamado el torso y la cabeza. Temblando, Hans regresó a su casa rodante y buscó un paquete de cigarrillos. Rodeando el charco, tiró dos veces sus tabacos debido al temblor en las manos. Afuera del carro, la primera voluta de humo se posó sobre su cabeza como una aureola gris y se disolvió en la luz de la luna. El cigarrillo sabía mal. Miró al cielo para ver si venía alguna nube pero sólo encontró estrellas. Merodeó entre las jaulas hasta que se acabó el paquete. Lo más difícil venía ahora. Recuperar a Matilda.

El dolor en los pies y la tos le indicaron que había estado caminando cuando menos cuatro horas. Fue a buscar un costal y regresó con los leones. Unos metros antes titubeó. Tal vez todo sería más sencillo si la abandonaba ahí y dejaba que todos supusieran que los leones la habían devorado. Varios sabían que la mujer tenía tendencias suicidas, ¿quién no en aquel circo? Pero eso significaría perderla definitivamente, y a pesar de todo no tenía corazón para dejar que la madre viera los huesos regados en la jaula. Quitó los alambres y antes de introducirse se preguntó si no se vería muy vulnerable. Se peinó con los dedos y trató de pasar erguido, como el domador. Varias veces le había tocado sacar los huesos de los perros callejeros, pero ahora tenía la espalda empapada y olía a sangre. Metió la nariz y barrió la jaula con los ojos. Ya se les había adherido un horror nuevo. Los leones estaban echados, poco interesados en la visita. Caminó derecho pero evitando la mirada de las fieras. Primero guardó los restos de ropa. Como había esperado, las bestias habían dejado los huesos grandes. El fémur, las clavículas, la caja torácica, fracturada pero completa. Los recogió con cuidado y llenó el costal. Dejó la cabeza, ya sin cabellera, al último. Cuando salió de la jaula, se dio la vuelta y se dirigió a los leones.

—No creo poder soportar su vista nunca más, y me consuela saber que tú y tú son viejos, y pronto morirán. En cuanto a ustedes dos, espero que sufran una muerte horrible. Sin embargo, debo agradecerles porque esta noche me han hecho un favor. Si las bestias tienen un infierno, espero que

ahí nos veamos todos.

A la mañana siguiente limpió su tráiler y depositó los huesos en un barril con cal para que se les cayera el tejido suave. Limpió sus cuchillos con los jirones y por la noche se fue al monte a hacer una fogata con las pertenencias de Matilda. El crepitar de la lumbre le recordó el ruido que había hecho el cuerpo al pasar por los barrotes. Ese crujido se convirtió en un gusano auditivo, como una canción fúnebre de la que no pudo deshacerse. Durante tres días la mujer gorda estuvo llorando por el circo, con el recado de Matilda apretado entre los dedos, pidiéndole a todos sus amigos que la llevaran Córdoba, a Orizaba, y al señor Galván que retrasara unos días la salida a Puebla, para ver si regresaba su hija. Al final, vencida, se sentó en una silla y lloró todas las negativas y las palmadas en el hombro en una sola sentada.

Cuatro días después, cuando el circo empezaba su caravana de ruedas y colas, a punto de subir a la carretera de Puebla, Hans fue y sacó los huesos. Toda la carne se había caído, bastó pasarlos bajo el chorro del agua y tallarlos con un cepillo para que quedaran limpios. Los leones se habían tragado las manos y los pies, faltaba un pedazo de cadera, pero casi la tenía completa. Guardó los restos en un baúl y le echó candado. Sacando el labio inferior observó la caja, y acariciando los remaches oxidados recitó una memoria:

—Tu Dios, a quien sirves con perseverancia, ¿te ha podido librar de las fieras?

Encendió un cigarro y oyó el motor de su camioneta arrastrar su casa rodante. Colocó el baúl al lado y condujo hasta la ciudad de los ángeles. Nunca más volvería a dejar a un amigo en una tumba. Durante tres años no abrió el arcón. A veces lo metía debajo de su cama, otras veces lo usaba como mesita en el recibidor de su casa rodante. Pronto empezó a no saber dónde meter el crujido y la última mirada de decepción de Matilda.

En 1966 vio la oportunidad que estaba esperando. Sucedió en el mismo lugar donde la había matado, en las afueras de Orizaba. Una noche estaba fumando entre los carros cuando oyó un griterío en los tráilers. Se acercó despacio, aguantándose la tos, y asomó los ojos. Lo que vio lo dejó sobrecogido. En el centro del carro, Cecilia Batín estaba tendida sobre el suelo con el pecho descubierto. A su lado había un frasquito de alcohol, un estetoscopio y una jarra de agua vacía. Tenía el pelo empapado, y por lo que él podía apreciar, no respiraba. Cerca de ella, el mago Sigandrello y el dueño del circo discutían a gritos y se amenazaban con los puños. Hans calculó que estaban a punto de llegar a los golpes. Se llevó la mano a la boca y se alejó del haz de luz.

El gordinflón cargó a la muchacha y el mago caminó tras él con las manos unidas, en actitud de súplica; un segundo después estaba agitando los brazos. Sintiendo una emoción que lo ahogaba, Hans llegó a su tráiler casi morado debido a un violento ataque de tos y brincó a su camioneta. El coche de Galván ya había tomado camino al monte, hacia Jalapilla. Encendió su Chevrolet y los siguió con las luces apagadas, hasta que los vio detenerse junto al río. Sacudió la cabeza rogando que no fuera demasiado tarde. Los dos hombres escarbaron como perros con ambas manos y enterraron a Cecilia. Hans sudaba copiosamente y temblaba. Cuando vio que el par empezaba otra vez a gritarse bajo la jacaranda, rechinó los dientes y se golpeó la palma de la mano. Esos idiotas podían pasar toda la noche discutiendo. Tomó una piedra y la aventó a donde hiciera más ruido. Las dos siluetas enmudecieron, se fueron en cuclillas hacia su vehículo y tomaron rumbo hacia el circo. El alemán se acercó a la tumba. Cecilia apareció tras una delgada capa de lodo y ramas. Hans sacó su botella de whisky y le dio cuatro tragos, juntó los puños en el aire y le dio un golpe seco en el pecho. De inmediato la joven se sentó en el lodo, aspirando ruidosamente y llevándose las manos al cuello. Los dedos reventaron su cadenita de oro.

—Bienvenida a la resurrección —sonrió Hans.

Por fin la respiración de la joven se normalizó. El lanzador de cuchillos se regaló otros tres tragos de whisky porque esa noche había triunfado tres veces: le había ganado una partida a la muerte; Sigala y Galván estaban a su merced por el resto de sus vidas y Matilda tendría por fin un lugar donde descansar.

La mujer gorda del circo

Hans estacionó su camioneta cerca del arroyo y caminó hasta la tumba de Matilda. Las venas de sus sienes empezaron a brincar. Después de haber llevado a Cecilia para ahuyentarla del circo, había jurado que nunca volvería. Miró las nubes oscuras. Sabía que Sigala, Galván y Timoteo no tardarían en llegar. El mago era ágil de inteligencia; su hipnosis funcionaba, y si Cecilia le había revelado quién la había levantado del sepulcro, de ahí sólo había un paso para que dedujeran de quién eran los huesos. No es que le estuvieran pisando los talones, primero tendrían que salir de su estupor, pensó Hans. Con lloriqueos hipócritas, Sigala les recordaría a todos el cariño indecente que él y Matilda se habían ofrecido; cómo en aquellas lejanas mañanas la chiquilla iba a sentarse a su lado para verlo afilar sus cuchillos, preguntarle sobre sus palomas mensajeras y contarle que a ella también le gustaban los pájaros; enredando los brazos le pedía que le contara otra historia de los hermanos Grimm, porque ella sólo conocía las de Caperucita Roja y la Cenicienta.

Todo estaba en silencio. Solamente la luna se levantaba sobre la tumba de la Virgen de Jalapilla.

—Vigilar —dijo Hans parado frente a la cruz de palo, con sus botas a medio hundir en el lodo— es la labor de un soldado. ¿Recuerdas el cuento del hombre que montó guardia en la tumba de un hombre rico durante tres noches para que el diablo no se lo llevara? Durante tres años yo llevé tu sepulcro bajo el brazo, mi arcón de madera. Y el diablo estuvo echando oro en mi bota, pero ya no tengo nada para controlar a Galván. Sólo me queda ver lo que con mi propia mano destruí. No tengo idea a dónde te llevarán, pero seguro te van a olvidar.

Hans se sentó un momento porque se le iban las fuerzas. En verano la yerba se ponía alta en cosa de días y esa noche, misericordiosamente, el pasto cubría la vista de los huesos. El alemán se quedó en vela hasta que empezó a sentir el fresco que anunciaba la llegada del amanecer. Volteó sobre su hombro hacia el norte, donde estaba el circo, para ver si venía algún coche. Desde su posición no se veían los picos de las carpas. Sonriendo sin energía sacudió la cabeza. La comedia iba a empezar. El mago, Galván y los muchachos hablarían en cuanto los otros despertaran, luego discutirían la mejor manera de contárselo a Bimbo. De espaldas al primer indicio del alba, Hans pensó en la otra costa de México, al occidente; pasando el mar había islas con gente de ojos oblicuos que creían que la guerra aún no terminaba. Se puso de pie. Lo mejor era no permanecer mucho tiempo junto a la sepultura, Sansón era capaz de ir y partirle la cabeza de un puñetazo.

Cuando se terminó el cigarro se quitó su gabardina de color verde olivo y la extendió sobre la tumba de Matilda. No tuvo que hacer cuentas. Ése era el séptimo compañero que dejaba debajo de la tierra, sólo que no en un casquete de nieve, sino en la vegetación de Veracruz. Hacía veinte años había creído que ahí hallaría el paraíso, pero sólo había encontrado un circo y un montón de fenómenos. “Una fiel representación de nuestra condición”, pensó sonriendo con un solo carrillo.

—Te dejo esto mientras vienen a recogerte —masculló con un nuevo cigarro sin encender en los labios—. Tu amor duró poco. Yo en cambio pude haber arrastrado tus huesos hasta la muerte.

Encendió el tabaco y se fue cojeando hasta su vehículo. De pronto se detuvo y volteó a la tumba. Miró su abrigo palpitando en el fresco matinal y respondió:

—Yo no abandono. Yo entierro.

Se subió a su coche y tomó rumbo hacia la carretera a México.

Missy Bimbo entró al cuarto iluminado tan tenuemente que parecía que sólo una luciérnaga alumbraba el camino hacia el ataúd. Encima reposaba un jarrón con flores de plástico. A su lado caminaba Cecilia sosteniéndola del brazo. Se veía como una espiga en comparación con Antonia Reyna, la mujer que un día se había enamorado de un hombre pájaro.

—¿Están seguros de que es ella? —preguntó la madre. Hasta entonces, Cecilia nunca la había visto completar una frase sin sonreír o hacer una broma.

—Sí, doña Toña. Es Matilda.

—¿Por qué va a ser mi Mady? Ella me dejó una carta, se iba porque tenía un trabajo, iba a casarse. Era su letra; es más, todavía tengo el papel. Era más feliz cuando no sabía nada; en mi cabeza ella podía ser cualquier cosa.

—Encontraron el saco de Hans sobre la tumba —dijo Cecilia apretándose más contra el brazo moreno y gordo, frotándose con él—. El señor Galván llevó la prenda a la estación de policía de Orizaba. Lo van a...

Missy Bimbo hizo un gesto para que Cecilia se callara. Desde afuera atisbaban Timoteo, Saúl Remedios, Zambini y los otros, pero Ceci les hizo una seña para que se esperaran. Fred Warren se había ido a Estados Unidos sin enterarse. Cecilia vio más canas en las sienes de doña Toña, los hombros caídos, las cejas desfallecidas. La ayudó a sentarse en un sillón junto a la caja de muerto. Estaba cerrada. Se quedó un minuto y salió del cuarto sin hacer ruido. Antonia levantó un brazo con dificultad y lo colocó sobre el ataúd. Las barbas de su chal colgaban como una cortina negra que la separaba para siempre de aquella niña morena que hacía contorsiones y jugaba con los pollitos. Missy Bimbo exhaló. ¿Quién estaba ahí adentro? Su segunda hija, la que llegó después de la que le había dado Agustín, que había nacido muerta. Ahora ninguna estaba viva. Su corazón estaba entumecido por el dolor. ¿Qué horrores había pasado con ese vetusto extranjero? ¿Qué derecho tenía él de haberla tocado, de haber gobernado su joven corazón? ¿Qué agonía había sentido Mady cuando el alemán de ojos descoloridos la detuvo, cuando se dio cuenta de que no iba a salir viva?

En el último momento tal vez había pensado en lo injusto que era la vida; quizás había necesitado a su madre y ella no estuvo ahí para protegerla. Hans la había sometido eternamente. Matilda debería estarla velando a ella, no al revés; ella solamente era un montón de grasa; no tenía derecho a seguir viva si la niña que le había devuelto la esperanza estaba reducida a huesos. Se acordó de los últimos días, cuando ya no se veían a los ojos, y cómo se había reprochado a sí misma. Al menos tenía el consuelo de saber que cada año la había visitado en su cuna de lodo; siempre le había dejado un peso para que le pusieran flores. Acarició la cubierta de la caja y pensó que si se encontraban en el siguiente mundo se darían un abrazo porque en vida habían sido parecidas: delgadas, morenas, hermosas, enamoradas de un extranjero más viejo que les había partido el corazón, a una con un cuchillo, a otra con una sonrisa agónica en la entrada de un hospitalito.

Missy Bimbo observó el jarrón de flores de plástico. Matilda estaba muerta y por tanto eternamente separada de ella. Qué lejano se veía ahora el tiempo en el que podía tener otro hijo si se le moría uno. Miró su vientre y sonrió tristemente. ¿Con qué lo había llenado? Ahora sólo sentía ganas de anularse a sí misma. La puerta que rechinó la sacó de su introspección. Afuera estaba uno de los payasos más jóvenes, el hijo de Zambini, maquillado con sonrisa invertida y una lágrima en el ojo. Era la nueva generación. La expresión de tristeza era auténtica, el maquillaje sólo la acentuaba. La puerta se abrió y dejó entrar una hilera de caras. El sol relucía; donde antes sólo había tierra

empezaban a brotar puntitas verdes.

—Cecilia. —Afuera alguien la llamó. Giró y vio al mago apoyado en su bastón. Tenía cara de no haber dormido en toda la noche, lo mismo que ella. Ceci retrocedió, pero de pronto se dio cuenta de que ya no tenía razón para tener miedo.

—¿Sí, don Leopoldo?

—¿Don Leopoldo?

—Si quiere le quito el “don” —dijo ella volteando para otro lado.

—Ceci, saber que estás viva me ha hecho dormir tranquilo por primera vez en años. No puedo deshacer lo que hice, lo único que puedo es reconocer que fui un cobarde. Tenía miedo de ser un mago mediocre, hoy al menos sé que lo que hago funciona. Lo que puedo ofrecerte es ayudarte a descubrir lo que siempre has querido saber, dónde estuviste...

Cecilia levantó la mano haciendo un gesto de asco. Sigala resistió y siguió erguido.

—Hay cosas que es bueno desenterrar, como yo. Otras, que se pudran.

—¿Pero por qué, Cecilia? —insistió suavemente—. Hay que reencontrarnos con nuestra memoria, con nuestros sueños.

Cecilia se descubrió ambos lados de la cara acomodando su pelo detrás de las orejas. Cada ojo, el azul y el café, por primera vez le parecieron al mago dos joyas haciendo juego sobre un rostro agraciado.

—Mago, ilusionista, engañatontos —le dijo Cecilia poniéndole la mano en la muñeca. Era la primera vez que lo tocaba—, si por mí fuera, no volvería a verte; pero lo haré porque pienso venir a visitar a doña Toña.

—Por lo visto el destino de esa pobre mujer es perder hijos —murmuró el mago.

—Por eso —dijo Cecilia apachurrándole las mejillas con una mano— quiero venir a verla. —El mago se quedó desconcertado con la fuerza del gesto—. Si te sirve de algo, me alegra haber estado muerta con Matilda. Hasta podría darte las gracias; me fui al infierno con alguien que yo quería como una hermana; estuvo menos sola. Es un misterio que no alcanzo a comprender. Pero no voy a perdonar que hayas perdido la esperanza en mí.

Un ruido hizo brincar a Sigandrello. Los albañiles que había contratado el señor Galván acababan de tirar el mástil más alto del circo y la carpa comenzaba a desinflarse. Las estrellas blancas sobre el fondo azul, desplomándose al suelo, le hicieron pensar en un pequeño apocalipsis.

—Entonces te vas. ¿Y qué vas a hacer?

—Voy a seguir a Hans, voy a esperar a que se muera de cáncer y voy a orinarme encima de su tumba —dijo echándose otra vez el chal negro sobre la cabeza y regresando a donde estaba el velorio.

El desfile triste

A cuatro mil kilómetros de distancia, Fred Warren se bajó del autobús en la estación de Columbus, Ohio. Sólo traía una maleta. Caminó hacia el capitolio y se sentó en una de las bancas del jardín, sin dejar de admirar los edificios, procurando no verse provinciano. Se enderezó y se ajustó el saco café con rayitas. Ya sólo faltaban tres horas. Paseó a lo largo del río Scioto, donde una vez había correteado con su papá, cruzó los puentes aliviado de ser sólo un viejo más entre la gente. Ya no era el gringo grandote de ojos verdes con pantalones anticuados que había hecho payasadas durante casi cuarenta años, las más de las veces por miedo a tener que llorar.

Otro Greyhound y 230 kilómetros después, el pueblo de Aurora lo saludó como una amiga solterona. Aunque había ensanchado, todavía tenía aquel encanto que recordaba: las casas con sus jardines frondosos, abrigadas por racimos de árboles, los buzones azules al pie del camino como manos en espera de una noticia. Dorothy, su amiga, estaba en la estación; intercambiaron saludos, se acariciaron, se hicieron caravanas y ella lo tomó del brazo para llevarlo con Ethel.

—¿Estás listo, Fred?

—A eso vine, Dottie. Ya sé el camino: Garfield Road, luego a la izquierda.

Dorothy agachó la cabeza sin tener que decir más. Era lo bueno de estar con alguien de su edad. El lenguaje común, los modales, las mismas cortesías, todo era claro porque venían de la misma época, y ambos compartían el afecto por Ethel.

Fred vio un árbol híbrido, una ensalada de hojas rojas y verdes que estaba junto a la entrada. Ramilletes de claveles salían por la reja. Ya desde ahí se veía el estilo de Ethel, la antigua vendedora de flores. Los amigos entraron del brazo, pero Dorothy titubeó. Fred la miró arqueando las cejas.

—¿Qué sucede?

—Esperaré aquí. Los dejaré solos.

El hombre que alguna vez había sido Jackwisp asintió y caminó. Debajo de otro árbol de hojas rojas, en forma de corazones, estaba la lápida. Fred la miró y se arrodilló.

—Lo siento mucho, Ettie —dijo al fin. De inmediato buscó la fecha: 1932. Su novia había muerto un año después de su partida—. No me asombra. Te apagaste —murmuró, y en seguida dejó que los envolviera el silencio—. ¿Qué pensaste de mí en el último momento, cuando diste el último suspiro? Esa duda no me dejó vivir.

Entonces alzó la cara y vio la respuesta. Primero no supo qué hacer. La sopesó varias veces y su nariz empezó a hacer ruidos. Estaba inscrito en la cantera, con letras romanas, pequeñas.

“La Tierra se ríe a través de las flores”.

La mano prudente de Dorothy se posó en el hombro de Fred.

—Es bonito —dijo Dottie. Fred no la había oído acercarse. Posiblemente habían pasado treinta minutos—. Nadie supo por qué eligió ese epitafio. Sus padres querían que fuera un salmo.

—Emerson —informó Fred sin dejar de acariciar la inscripción con los ojos—. Para mí es claro como la luz del día. Ethel siempre decía que hablar de la risa era algo tonto. ¿En verdad ella lo

eligió?

—Ciertamente —respondió Dorothy—. Murió en Cleveland, pero pidió que la trajeran aquí. Fred se tardó en preguntar lo que había cargado por años.

—Ella supo, ¿cierto?

—Todos supimos que no fuiste tú —dijo Dottie frunciendo el ceño—, menos la policía. Te buscaron por años. Respecto al hombre que lo hizo...

—Ryan.

—Ryan. Le fue bien. Murió hace años.

—Vámonos, Dottie. —Fred volteó por última vez al lecho de su novia—: Hasta pronto, Ethel. Gracias por despedirte, y perdona que haya dudado.

Se alejaron tomados del brazo. Dorothy se agachó, arrancó una flor y se la puso en la solapa. De vuelta a casa, Fred se tomó el mejor jugo de tomate que hubiera probado en su vida. Se fue a dormir y se soñó riéndose: en el baño de su casa en Aurora, salpicando en la tina. Persiguiendo a Ethel por el lago. Haciendo saltar perritos por un aro, en una carpa en México. Viendo cómo los poodles le hacían trizas los pantalones a Galván. Y cada vez que se reía, más y más flores aparecían y lo rodeaban, lo pintaban con colores no artificiales, le tejían un lecho para que se durmiera para siempre.

El martes, Orizaba se despertó con el traqueteo de un desfile. El circo entró por la Alameda y trotó hacia el centro. De las ventanas húmedas de rocío asomaron las caras de niños despeinados que regresaron inmediatamente tirados del pelo por sus madres. Era hora de arreglarse para ir a la escuela. Al final casi ninguno resistió y desafió la furia materna; todos acabaron en la banqueta con la camiseta de dormir y en calzoncillos. Iban a dar las siete y media. Los automovilistas también se jalaron los pelos. Pero el mal humor les duró poco cuando se dieron cuenta de algo extraño: no había música, no habíaregonero, los payasos no hacían chiflar sus espantasuegras. Toda la caravana iba en silencio. A los niños no les importó, estaban boquiabiertos con los caballos blancos con cascabeles y plumas en la cabeza, los camellos y las dos jirafas que se agachaban en sincronía cada vez que pasaban debajo de los tendedores.

—¿Por qué están tristes los payasos? —preguntó una niña con el pelo de casco. En seguida la madre la cargó aterrorizada y se persignó tres veces. El segundo carro iba lleno de alcatraces, en medio descansaba un ataúd de segunda mano y a los lados marchaban seis payasos con su atuendo completo, pero con lágrimas de tizne en los ojos.

—Qué triste —dijo una mujer al lado—, parece que se les murió alguien.

—Van al cementerio —añadió su vecina.

—Virgen Santísima —dijo una vieja con un rebozo del que nada más salía una nariz—, fue una criatura. Miren la caja de muerto.

En un Impala, Missy Bimbo iba en silencio con su rebozo de gancho. Era la única que vestía de luto. Cecilia había pensado también en ponerse un vestido negro, pero al final decidió ir como era ella. Se puso un leotardo, sus mallas, y el resto lo adornó con la pintura cara, para disgusto del señor Galván. Saulito, el Hombre Bestia, a quien le ofrecieron ir en coche, pidió que lo encerraran en su jaula como siempre. Pasó todo el desfile sentado en una esquina, recargado en dos barrotes y con la cara escondida, porque no sabía que con todo ese pelo nadie iba a darse cuenta de las lágrimas. Timoteo iba conduciendo una camioneta llena de chiquillos, todos desorientados, todos esperando a alguien, ávidos de aprender. Tal vez el Chiquilín podía quedarse en el mismo árbol y de todos modos sentirse satisfecho.

Casi al final pasaron tres elefantes en hilera, con las colas y las trompas agarradas. Cecilia iba en el primer animal, el más viejo de todos, que era una hembra y se llamaba Leonora. Todos los niños se acercaban a acariciarle el pelo.

—No deja de sorprenderme —le dijo Sigandrello a Galván, mirando la escena— que la gente tenga tal empatía y afecto por los elefantes, a pesar de ser animales tan raros. —Galván volteó alzando un ceja sin saber qué hacer con el comentario—. Son feos en cierto modo, y sin embargo tan humanos. Los más humanos de todo el circo. Es como si tuvieran un aura...

—No empieces.

Leopoldo Sigala se rio con la medida que requería la ocasión.

—Tranquilízate. Sólo digo que los elefantes se parecen mucho a nosotros. Su tiempo de vida, las clarísimas emociones que muestran. Puedo jurar que esa elefanta —dijo señalando hacia atrás con la cabeza— sonríe cada vez que Cecilia se sube en ella.

—Los elefantes no se ríen —dijo Galván.

—Y hasta donde sé —Leopoldo continuó sin hacerle caso—, son los únicos que hacen esto que estamos haciendo ahora.

—¿Hacer cuentas con un lápiz? —dijo el otro sin alzar los ojos.

—Rituales de muerte. Nosotros organizamos caravanas afligidas. Hacemos misas y velorios. Ellos lloran a sus muertos y los entierran. Mi papá decía que la manada monta guardia en la tumba de

un elefante durante días. Sus huesos son sagrados para ellos. ¿Tienes años viviendo en un circo y no te has dado cuenta de que son criaturas inteligentes y asombrosas?

—Vamos a llegar tarde a Córdoba —gruñó el dueño.

—A ti se te va a hacer de noche antes de que se te haga tarde —murmuró Sigandrello y se puso a ver a los niños.

El desfile llegó al panteón de Orizaba. El velador abrió la reja con los ojos saltados. Por los estrechos corredores saturados de ángeles, cristos y vírgenes de piedra, empezaron a meterse los payasos cabizbajos haciendo sonar los cascabeles de sus pantalones. El sacerdote se había rehusado a que entrara semejante gentío al templo de Santa Gertrudis, pero como era un hombre sentimental, Sigandrello lo había convencido de que ofreciera un rito en la tumba de Matilda. Sólo puso como condición que las mujeres se taparan durante la ceremonia.

Dos acróbatas y dos payasos alzaron el féretro en hombros.

—Yo soy el trigo de Dios —rezó el sacerdote— y soy sembrado a través de los colmillos de las bestias salvajes. —Alzó la vista de su libro y roció agua bendita sobre la caja con un hisopo—. Engatusa a los leones, para que sean una tumba para mí y no dejen ninguna parte de mi cuerpo, para que no sea una carga para nadie una vez que yo muera. Que se rieguen mis huesos, que mutilen mis miembros, que se mueva todo mi cuerpo para que yo obtenga a Jesucristo.

Cecilia abrazó a Antonia Reyna, que estaba muy pálida.

—Pienso en ella como una hermana —dijo alzando sus iris dispares. Missy Bimbo la miró con ojos de madre—. Mady me salvó; ella entró a una tumba para que yo saliera.

Agotada, Antonia Reyna se sentó en la banca que habían sacado al panteón, con el rosario en la mano. Volteó a ver a Cecilia y sonriendo por primera vez desde la noticia, dijo despacio:

—Ceci, mi Cecilia. Mira, mis últimas palabras son para ti. —La joven alzó las cejas. Quiso decir algo pero Missy Bimbo la hizo callar. —Déjame hablar porque es lo último que vas a escuchar de mí. Voy a ser muda a partir de este día.

—¿Pero por qué? —dijo Cecilia tomándola de la mano.

—Es mi forma de entrar al silencio de quienes ya no pueden hablar: mi hombre pájaro, Matilda, Judith.

—¿Quién?

—Judith, así se llamaba la nena que me dio Agus. Nació muerta. —La mujer gorda del circo, mucho más delgada que un par de días antes, sonrió suavemente y peinó a su acompañante con los dedos—. Ceci, ¿te dije que tienes los ojos más lindos del mundo?

—Doña Toña... —musitó Cecilia. Missy Bimbo sólo le echó el brazo a la espalda y enmudeció para siempre.

A lo lejos Cecilia vio la nieve en la punta del Citlaltépetl. A unos pasos se había reunido un grupo de campesinos que iban a despedir a la Virgen de Jalapilla. Sigandrello paseó la mirada y suspiró, seguro de que se hablaría durante años de aquel entierro. Entre tanta gente nadie se fijó en el hombre con boina recargado en el tronco de un pirul. Era Hans. El señor Galván, distraído con sus notas, caminó hacia el árbol. Hans metió la mano en la bolsa de su saco y sujetó el cuchillo. Cuando pasó frente a él, todo ocurrió en un instante. Galván se alejó y Hans le vio la espalda encorvada. El lanzador de cuchillos sonrió divertido: el gordinflón no tenía la menor idea de que estaba viviendo de favor.

Diez metros enfrente, el sacerdote roció por segunda vez el ataúd para despedir a Matilda. Los campesinos se hincaron. Los payasos se restregaron las manos en los ojos para nublarse la expresión. En seguida la gente de los pueblos se puso de pie y formó una hilera. Uno a uno se encomendaron por

última vez a la Virgen de Jalapilla. Sigandrello parpadeó sorprendido. La procesión de seres contrahechos, mancos, paralíticos, sordomudos, con labio leporino y hasta unos siameses que se agacharon en tándem, avanzó con rústica reverencia. A través de las lágrimas, los ojos de dos colores vieron a un hombre alto con boina depositar un cartón como ofrenda y alejarse con las manos en los bolsillos. Estaba escrito a mano. De la esquina colgaba una cruz de fierro negro.

Matilda Reyna, 1945-1963.

*¿Dónde están los reyes
que dominan a las fieras
y se divierten con las aves?*